

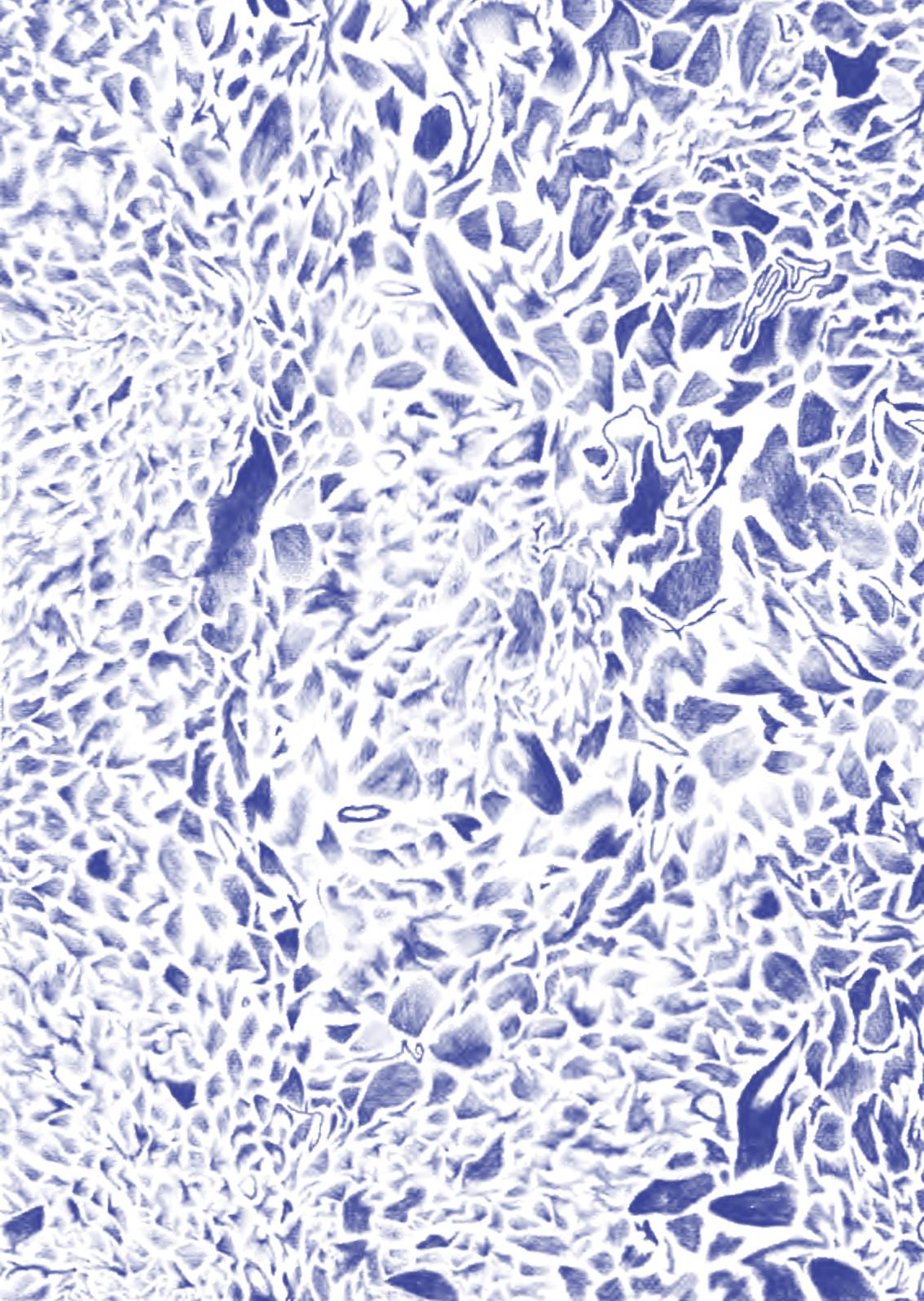
PCLEO

...
En Medellín
tenemos *la palabra*

LEO para la vida

Memorias del Seminario Abierto del
Observatorio de Lectura y Escritura
de Medellín 2018

©Municipio de Medellín
Secretaría de Cultura Ciudadana



ALCALDÍA DE MEDELLÍN

Federico Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Santiago Pérez Valencia
Secretario de Cultura Ciudadana

Leidy Johana Lezcano
*Subsecretaria de Bibliotecas, Lectura
y Patrimonio*

Herman Montoya Gil
*Líder de programa Secretaría
de Cultura Ciudadana*

Juliana Zuluaga
*Comunicadora Secretaría de Cultura
Ciudadana*

Anamaría Bedoya Builes
Relatora

Ana María Tobón Arango
Guillermo Cardona Marín
Coordinación editorial

Hilo de Plata Editores
*Corrección de estilo y apoyo
editorial*

Sebastián Bedoya Posada
Diseño y diagramación

Ana María López
Juan José Rodríguez Bianchi
Manuela Moreno Carvajal
Daniela Hoyos
Hugo Díez
Sebastián Bedoya Posada
Ilustraciones

Impreso en Panamericana
Formas e Impresos
ISBN 978-958-5530-11-9

Primera edición, octubre de 2019
Medellín, Colombia
Distribución gratuita.

Esta es una publicación oficial del Municipio de Medellín. Se realiza en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 10 de la Ley 1474 de 2011-Estatuto Anticorrupción, que dispone la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de los servidores públicos, partidos políticos o candidatos.

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

© Alcaldía de Medellín, 2019
Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2019

FICHA CATALOGRÁFICA

Seminario Abierto del Observatorio de Lectura (5 : 2018 : Medellín)

LEO para la vida: memorias / Seminario Abierto del Observatorio de Lectura ; Secretaría de Cultura Ciudadana ; ilustraciones Ana María López... [et al.] ; relatora Ana María Bedoya Builes -- Medellín: Alcaldía; Hilo Editores, 2019

224 p.; il. -- (Observatorio de lectura)

ISBN 9789585530119

1. Promoción de lectura -- Medellín (Antioquia, Colombia) 2. Bibliotecas y Comunidad 3. Libros y lectura 4. Bibliotecas Populares 5. Tradición oral

I. Medellín. Alcaldía. Secretaría de Cultura Ciudadana II. López, Ana María III. Bedoya Builes, Ana María III. Título. IV Serie

Dewey 028.9 S471L



**Encontremos en las
palabras muchas maneras
de vivir mejor**

Santiago Pérez Valencia

Secretario de Cultura Ciudadana

Municipio de Medellín

pág. **12**

*Mucho me costaría vivir en un mundo sin libros,
pero la realidad no está en ellos,
puesto que no cabe entera.*

Memorias de Adriano, Marguerite Yourcenar

En 2018 recibimos con alegría una noticia: Medellín es la ciudad más lectora de Colombia con un promedio de 6,8 libros leídos por año. Los resultados de la Encuesta Nacional de Lectura aplicada por el DANE, en asocio con los ministerios de TIC y Cultura y con las ciudades de Bogotá, Cartagena, Cali, Barranquilla y Medellín, sitúan a nuestra ciudad por encima de Bogotá (6,6), Tunja (6,5) e Ibagué (6,1).

Si bien estos resultados nos alientan, también nos invitan a seguir trabajando por el fortalecimiento del sector y por hacer que la lectura se vuelva parte de la vida cotidiana de las personas. Nos generan preguntas por lo que leemos y por la manera como lo hacemos. Nos retan a que las acciones que hagamos desde la institucionalidad y en articulación con otros actores para el fomento de LEO en el largo plazo, marquen la ruta para seguir haciendo de Medellín una ciudad lectora.

Desde la evaluación y reformulación del Plan Municipal de Lectura y Escritura, se dio un paso significativo: se incluyó la oralidad y, ahora, la política pública materializada a través del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad (PCLEO) reconoce la lectura, la escritura, el habla y la escucha como fuerzas transformadoras y potentes mediadoras de cambios sociales. De ahí que el PCLEO tenga un nombre: En Medellín tenemos la palabra; un espíritu: encontrar en las palabras muchas maneras de vivir mejor; un

mensaje: las palabras funcionan... Y funcionan para el encuentro, el desencuentro, el consenso y el disenso; funcionan a la hora de actuar sobre cada uno de nosotros mismos y sobre el mundo desde un ejercicio de libertad.

“Las palabras sanan. A veces la velocidad a la que vamos no nos deja ver ese poderoso sentido, esa misteriosa fuerza que repara, como un ensalmo capaz de alivianar la más pesada de las cargas. Cuando las palabras tienen la intención de curar, todo grillete es inútil”. Así dice la relatoría del Seminario Abierto realizado en el centro penitenciario Bellavista sobre el efecto que tienen las palabras para tramitar emociones. Esta es una de las lecturas que se encuentran en este libro que recoge la discusión, la reflexión, los aprendizajes y el ejercicio ciudadano de la conversación en las charlas del Seminario Abierto del Observatorio de Lectura y Escritura durante 2018.

Los corregimientos, las sedes de colectivos juveniles, el centro penitenciario Bellavista, los Eventos del Libro, las bibliotecas públicas y espacios no convencionales fueron los escenarios por los que viajaron las palabras para entablar conversaciones sobre las relaciones de los seres humanos con la tierra y la palabra; sobre las nuevas palabras que van surgiendo en las conversaciones de los jóvenes y se van instalando en la cotidianidad del lenguaje; sobre los *booktubers*, la literatura 2.0 y las nuevas formas de leer; sobre los creadores y creadoras con discapacidad que nos regalan obras para deleitarnos; sobre los procesos en bibliotecas populares y comunitarias, los talleres de escritura de cartas de amor, el empoderamiento femenino y la incidencia de la biblioteca pública en las desigualdades sociales.

Como lo dice el moderador, Guillermo Cardona, “ni la tierra ni la palabra dan sus frutos por sí mismas; necesitan cultivarse. Ambas requieren trabajo, dedicación, paciencia y mucho amor. Porque la tierra, como la palabra, no entrega sus favores de buenas a primeras y la distancia entre el cultivo y la cosecha nos exige además calma, previsión, planeación. Pero igual la tierra y la palabra son generosas, premian la constancia y nos otorgan alimentos para el cuerpo y para el alma”. Por eso, mezclando paciencia con trabajo constante y articulado, el PCLEO da la palabra a la ciudadanía y sigue poniendo todo de su parte para que mañana Medellín no solo sea la ciudad más lectora de Colombia, sino la ciudad donde las palabras funcionan para la vida y el encuentro con el otro; donde la realidad se lee en los libros, pero también en las calles, en las esquinas, en las canchas, en las huertas o en las bibliotecas.

Esperamos que la lectura de estas memorias abra nuevas discusiones, nos lleve por otras búsquedas y genere más preguntas. Queremos que las palabras sigan viajando y lleguen a mediadores, promotores de lectura, madres comunitarias, jóvenes y personas que, al igual que nosotros, están convencidas de que en las palabras se encuentran muchas maneras de vivir mejor.



A n a m a r í a
B e d o y a
B u i l e s / **RELATORA**

Medellín, 1988. Periodista de la Universidad de Antioquia. Ha participado en diferentes proyectos editoriales como asistente de investigación, coautora y coeditora. Autora del libro *De oro están hechos mis días* (Hombre Nuevo Editores, 2011), Beca de Creación 2011 en la categoría de Periodismo Narrativo. Actualmente trabaja como periodista independiente y hace parte del equipo del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad de Medellín.

G u i l l e r m o
C a r d o n a
M a r í n / **MODERADOR**

Escritor, comunicador social - periodista de la Universidad de Antioquia. Trabajó con la compañía de humor Frivolidad (la de Tola & Maruja) y fue editor periodístico y libretista del desaparecido programa de humor *La Zaranda* de RCN Radio. Dirigió la Fiesta del Libro y la Cultura entre los años 2007 y 2012. Actualmente es asesor de la Secretaría de Cultura Ciudadana, donde coordina proyectos como el Fondo Editorial y el área de literatura de las convocatorias para el arte y la cultura. En 2005 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura a Novela Inédita con *El Jardín de las Delicias*, publicada por Planeta ese mismo año. También con Planeta ha publicado las novelas *La bestia desatada* (2007), *Batallas de Champiñón* (2011) y *Las misas negras de san Pablo* (2015).



Cultivar la tierra y la palabra

23 de febrero de 2018

Biblioteca Santa Elena

Conversan:

Óscar Atehortúa y
María Cristina Álvarez

Modera:

Guillermo Cardona

pág. 20

Escuchó y vio, entre estupefacto y triste, la exposición a la que lo invitaron a principios del año 2000 en el Jardín Botánico de Medellín para contarle, a él y a otros campesinos, los efectos de los productos agroquímicos en la salud y el medioambiente. Confirmó lo que sospechaba desde que abandonó las formas tradicionales y limpias de cultivo: no era bueno echarle productos tóxicos a la tierra y comprar semillas empaquetadas en paqueticos coloridos que prometían la mejor cosecha, menos esfuerzo, más clientes, verduras y hortalizas grandes, simétricas y lustrosas; algo, pensaba él, no estaba nada bien.

Don Óscar Atehortúa es un campesino nativo del corregimiento de Santa Elena que, en contra del dicho popular —en contra de la tendencia mundial—, decidió echar pa atrás y rescatar las prácticas que le enseñaron sus padres Luis Elías y María de los Ángeles. Trabajaban la tierra de sol a sol abonándola con residuos orgánicos, una práctica ancestral a la que urge regresar. Hace 18 años don Óscar, un señor menudo, silencioso, más bien tímido, dejó de fumigar su huerta con agroquímicos. Está convencido de que no hay otro futuro posible para que la humanidad sobreviva como especie.

Compartiendo su quehacer invita a los demás a vivir en armonía con la naturaleza; por eso aceptó asistir al primer Seminario Abierto del Observatorio, en la biblioteca del corregimiento, la neblinosa y fría tarde del 16 de febrero; dejando en la finca a sus amigos silvestres. Don Óscar escucha atento la presentación de Guillermo Cardona, lo mira entornando sus ojos oscuros y brillantes protegidos bajo el ala corta de un sombrero de fieltro, que decora con una pluma de pavo real.

Memo, como conocemos a ese escritor mechudo de palabras precisas, amante de las sopas caseras, y auténtico ratón de biblioteca, está convencido de que el Plan de Lectura, Escritura y Oralidad de la ciudad puede ser abono para sembrar la idea de que las palabras funcionan. Explica, para empezar la charla, la razón por la que el Seminario Abierto del Observatorio decidió salir a los territorios. Dice que después de haber escuchado durante las versiones de los años anteriores a bibliotecarios, escritores, promotores de lectura y expertos en el tema, el camino dibuja lugares más cercanos a nuestra cotidianidad y a espacios fuera de serie.

“Queremos ver los territorios de frente y darles la voz a las comunidades. Este es un primer paso que damos en Santa Elena, y que ojalá, con estas iniciativas, logremos integrar más a la ciudadanía”, dice. A su lado también está María Cristina, la otra invitada, una mujer joven de cabello crespo color chocolate, ojos de gacela.

Ella vino de la zona norte de la ciudad, a unos 45 minutos de Santa Elena, para contar cómo en plena terraza del edificio de la Casa de la Música, enchapado con placas color arena que le dan al sitio un aspecto desértico —rodeado además de bulliciosas y transitadas calles—, un grupo de técnicos de la Fundación EPM empezó una huerta urbana. Con las primeras semillas que germinaron fueron llegando algunos vecinos del sector y hasta de barrios lejanos, cuales lepidópteros convocados por la imperiosa necesidad de libar el néctar de su origen campesino, para dispersarlo luego en forma de recuerdos y saberes populares.

Frente a los invitados hay un variopinto público en medio de anaqueles de libros, arropados con sacos,

guantes y bufandas. “Acá no se trajo a nadie de la oreja”, comenta Memo, contento de ver a más de 30 personas que llegaron a pesar de la lluvia. Mientras una dulce señora reparte galletas de soda y aromáticas que desprenden un olor a frutas ácidas, Memo cuenta lo que es el Plan de Lectura, Escritura y Oralidad. “Es una bitácora, una guía de trabajo. Es una invitación abierta para quienes libremente ejerzan su poder a leer, a escribir y a conversar”.

Entre mordisco y sorbo, como si se tratara de una tertulia entre amigos a la hora de la merienda, queda claro que leer es más que “pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados”, como define en primer orden la RAE. Leer, apunta Memo, es saber interpretar, descifrar, discernir lo que está bien de lo que está mal. “Leer es tener una mirada responsable del entorno”. En el fondo, el propósito del Plan supera las pretensiones académicas, “por eso su espíritu es el de encontrar en las palabras muchas maneras de vivir mejor”.

“Vivir mejor”, para el caso, significa ese acuerdo pacífico por nuestro destino como humanidad. Un acuerdo para proteger el aire que respiramos, por no ir muy lejos, el aliento mismo de la vida. Esa conversación imperiosa que ocupa un relegado espacio en las agendas mediáticas, y que tiene mucho que ver con *cultivar la tierra y la palabra*. Es por eso que el tópico de este seminario, propone Memo, podría darnos pistas de cómo resolver un tema crucial en nuestra ciudad: la crisis ambiental.

“Ayer se filtró la noticia de que en Medellín nuevamente se disparó la alerta naranja con el aire”, dice Memo. Han sido días grises, velados por el esmog. Sin

embargo, la noticia se ha regado como chisme más que como un asunto prioritario por resolver, mientras las salas de urgencias se saturan con las epidemias respiratorias.

“Somos los seres humanos los que estamos generando estos desastres. Si no hacemos algo, cada vez va a ser más y más complicado. Por eso vinimos aquí, donde todavía el aire es limpio; es una manera en la que el Plan también indaga cómo desde la palabra se puede encontrar la manera de responder a esta crisis”, dice Memo.



La goma verde llegó a la Casa de la Música de la Fundación EPM el día en el que tres artistas expusieron sus obras inspiradas en el medioambiente. A quienes asistieron les entregaron plántulas de aromáticas y hortalizas para motivarlos a hacer su propia huerta en casa. La gente hacía fila como niños que fueran a recibir dulces, recuerda María Cristina, y entre los entusiastas estaban los empleados de la misma Fundación. Pusieron los retoños en la terraza, y cada tanto les echaban agua. Los brotes crecieron a pesar del sol inclemente. Cada día, maravillados, comprobaban cómo las plantas crecían, brotaban las primeras flores y eclosionaban los frutos.

“Entonces dijimos, ¿qué tal si invitamos a la gente a subir a la terraza y empezamos a sembrar con la idea de que se vuelva una huerta comunitaria?”, cuenta María Cristina. La propuesta coincidió con la convocatoria de LEO del 2017, la cual buscaba incentivar aquellas iniciativas de promoción enfocadas en unos públicos específicos y en espacios de lectura no con-

vencionales. “Nos craneamos el proyecto *Sembrando historias* dirigido a adultos mayores. El propósito era que los vecinos de la comuna 4 llegaran a la huerta y empezaran a contar sus historias sobre la práctica de la siembra en casa. Más que enseñarles, empezamos a compartir los conocimientos que traían. Muchos de ellos tenían un origen campesino, o simplemente eran unos gomosos de la siembra”.

Se dieron cuenta, contarían días antes del seminario Luz María y Daniela, dos técnicas en servicio de la Fundación EPM que acompañan este proyecto, que cada miércoles llegaba gente de distintos lugares de la ciudad para reunirse en torno a la palabra y a las prácticas tradicionales de cultivo. Descubrieron que los señores y señoras no querían parar de contar sus saberes aprendidos durante generaciones. Las dos horas programadas se convertían en tres, especialmente cuando hablaban de remedios caseros, de deliciosas recetas con aroma de leña o de trucos para abonar la tierra sin químicos.



—Es importante saber que una huerta no tiene que ser de media cuadra, que puede ser una cosa mucho más sencilla y fácil de realizar —explica Memo.

—Nosotros no somos agrónomos, estamos intercambiando saberes y nos sumamos a otros proyectos de la ciudad como la Red de Huerteros y a otras bibliotecas que tienen experiencias con huertas comunitarias. Entre todos esos saberes venimos consolidando nuestra experiencia.

—Seguro don Óscar va a ser uno de los invitados de *Historias de la huerta*. Don Óscar, cuéntenos también de usted —dice Memo acomodándose en la silla para mirarlo bien.

—Disculpen que yo no hable bonito, pero yo no estudié. Yo soy campesino neto. No estudié sino hasta segundo de primaria. Dedicado al campo, soy un enamorado del campo...

—¿Por qué dejó a un lado esas prácticas de fumigar con químicos para volver a esas formas más saludables para el ser humano y más amigables con la naturaleza?

—Yo soy del 41, cuando eso no había químicos, no había venenos ni nada de esas cosas. Luego entré a estudiar al Sena, un día nos llevaron a una charla. Miré las consecuencias de los químicos y todo eso. Y dije, hombre, los abuelos cultivaban sin veneno y la verdura era buena, el aire era bueno, todo era bueno; entonces me reversé, abandoné los químicos totalmente.



La primera vez que se enteró de la existencia de esos funguicidas fue en las plazas de mercado. Le entregaron un volante con la información de un producto que prometía el fin de las plagas. “Yo entré a eso, no digo mentiras, porque parecía algo muy cómodo. Y mi padre comentaba: ‘Aaah..., pero si siempre hemos sembrado la tierra sin esos venenos’”, contó don Óscar días después del seminario, sentado frente a la pequeña mesa-comedor en la cocina al aire libre que él mismo construyó.

En el centro de la cocina está el fogón de leña; una especie de chimenea hecha de ladrillos cocidos con un largo tubo en acero inoxidable por donde sale el humo. La hizo en el intento de rescatar el diseño de la cocina de sus padres. La leña, aseguró don Óscar, hacía de los platos un manjar succulento; y con las cenizas que quedaban regaban la huerta. “Eran tiempos en los que no se perdía nada, ni había plástico ni nada que contaminara”.

A la cocina la delimita un cerco de madera que ataja las frondosas enredaderas y arbustos en derredor, parece que estuviera en medio del bosque, si no fuera por la voz que salía de un programa vespertino de Radio Bolivariana. Por las ramas, mientras don Óscar recordaba su pasado, reptaban mirlas patiamarillas y ardillas que se le acercaban para tomar de sus manos nudosas granos de maíz y trocitos de fruta. Le encanta alimentar a sus amigos silvestres; y por eso, dijo, no tiene gatos ni perros que puedan espantarlos.

Sus padres le enseñaron a sembrar “en revuelta”; sin ese orden geométrico de las parcelas modernas. Ellos, en cambio, juntaban cebollas con lechugas, zanahorias, espinacas, rábanos, aromáticas... todo en la misma era. Muchos años después se enteraría de que a esa técnica de cultivo se le conoce como alelopatía, en términos biológicos significa que los compuestos bioquímicos de las distintas vegetaciones sembradas juntas se influyen mutuamente tanto para el crecimiento como para mantener alejadas a ciertas plagas.

Don Óscar recuerda que desde los cinco años sus padres lo levantaban a él y a sus hermanos —el cielo todavía negro—, para arar, sembrar y cosechar. También le tocaba recoger leña, *arriar* animales y lo

que hubiera que hacer; en casa todos trabajaban hasta la tarde. A la hora de la merienda el padre sacaba el tiple. Alguien encendía una vela, porque no existía la electricidad, y a la luz del pabilo entonaba pasillos colombianos. De tanto verlo tocar las cuerdas, don Óscar grabó en sus dedos cada movimiento, fue así como además de campesino su padre le enseñó a ser músico.

“Nosotros trabajábamos de niños y eso no era maltrato. Éramos felices haciendo lo que ellos hacían. Antes a uno le daba tristeza cuando se enfermaba y uno no podía ir a la huerta, le tocaba quedarse sentado por ahí. Fui feliz con lo que aprendí y eso estoy haciendo ahora, recuperando lo que papá y mamá nos enseñaron”, dijo. En parte, esos recuerdos lo animaron a tomar la decisión de abandonar las “ventajas” de la fumigación y a retomar los saberes ancestrales de sus padres.

A pesar de su empeño, los siete hijos de don Óscar viven en la ciudad; a ninguno le interesó seguir sus pasos. Él tiene 74 años, la piel de su rostro acaramelada de tanto sol, pocas arrugas. Se alimenta de vegetales, frutas y tubérculos, raras veces un pedazo de carne. Vive solo. Se levanta cada día antes del sol, alimenta a los animales que lo esperan en las ramas de los árboles. Luego se toma una *aguapanela* y se va a trabajar a su huerta.

A las nueve de la mañana regresa para desayunar y limpiar la casa, luego de un breve reposo vuelve al cultivo hasta la tarde.

“Soy feliz, no le marco tarjeta a nadie, como lo que siembro y vendo lo que siembro. Vivo tranquilo”.



—Los químicos son mucho más caros, pero se dice que fumar es más práctico; es decir, ¿es lo orgánico más trabajoso? —le pregunta Memo.

—Está uno más tranquilo por lo menos. Hace mucho tiempo que no fumo con nada y cuando me toca hacerlo lo hago con los riegos de la misma huerta. No compro nada en las agropecuarias, nada.

—¿Y la cal agrícola?

—Esa sí la uso, pero eso es como echarle la salecita al sancocho, tampoco hay que ponerle demasiada. Mis padres usaban la ceniza del fogón.

—Y con el paso del tiempo, la gente cada vez busca más estos productos orgánicos.

—La gente conoce mis productos, yo los invito a mi casa porque hay que mirar con qué trabaja, con qué riega, con qué abona para poder decir que sí es orgánico. La mayoría de la gente va a mercados donde les dicen: “esto es orgánico”; pero eso no es tan sencillo, es de mucha paciencia y dedicación volver a ser orgánico. Quisiéramos que todo el mundo cocinara orgánico porque ahí está la salud, la salud entra por la comida, digo yo.

Y por la comida la sobrevivencia como especie, el motor. A través del alimento nos llega la energía vital que nos mantiene vivos y llenos. El tema le da pie a Memo para leer a Gregorio Gutiérrez González, poeta de principios del siglo xx, oriundo de La Ceja del Tambo, quien escribió la *Memoria sobre el cultivo del maíz*,

uno de sus poemas más conocidos. Cuenta Memo que en este relata el momento en el que un grupo de peones está comiendo y alguien se atreve a comparar el maíz con las papas. Entonces, Gregorio Gutiérrez González se enoja y dice:

[...] Oh, comparar con el maíz las papas,
 es una atrocidad, ¡una blasfemia!
 ¡Comparar con el rey que se levanta
 la ridícula chiza que se entierra!
 ¿Y qué dirían si frisoles verdes
 con el mote de chócolo comieran?,
 ¿Y con una tajada de aguacate
 blanda, amarilla, mantecosa, tierna...?
 ¿Si una postrera de espumosa leche
 con arepa de chócolo bebieran?,
 ¿una arepa dorada envuelta en hojas,
 que hay que soplar porque al partirla humea?
 ¡Y la natilla...! Oh, la más sabrosa
 de todas las comidas de la tierra,
 Con aquella dureza tentadora
 Con que sus flancos ruborosos tiemblan...
 Y tú también la fermentada en tarros,
 remedio del calor, chicha antioqueña
 y el mote, los tamales, los masatos,
 el guarrús, los buñuelos, la conserva.
 Y mil y mil manjares deliciosos

que da el maíz en variedad inmensa.

Empero con la papa, la vil papa

¿qué cosa puede hacerse? ¿no comerla?

—Espero que acá no haya fanáticos de la papa —dice Memo entre risas—, ¿don Óscar, se sigue cultivando el maíz?

—Poquito. Es que cultivar el maíz es algo que se demora mucho y no hay quién trabaje el campo. A mí me da tristeza decirlo, pero es la verdad. No hay quién trabaje el campo, no lo hay...

—¿Se están abandonando las prácticas agrícolas?

—Es que desde que sacaron esa ley que a los muchachos no se les puede decir nada hasta los 18 años —comenta y el público suelta una carcajada—. Esa es una de las razones por las que se acabó el campesinado joven.

Memo está de acuerdo en que definitivamente la agricultura debe volver a las prácticas limpias, como lo hacían los abuelos y los abuelos de los abuelos, tal como han contado don Óscar y María Cristina. Pero don Óscar advierte que para retroceder se necesita mucha voluntad y persistencia, la tierra requiere sus años de descanso para desintoxicarse antes de que se pueda sembrar sin agroquímicos. Hará falta paciencia, las primeras cosechas serán pequeñas, las formas “perfectas” de publicidad quedarán en el olvido.

En su primera cosecha orgánica luego de retomar los métodos naturales, cuenta don Óscar, todo era pequeño y torcido. “A mí hasta me daba pena salir al pueblo a ofrecerla; pero me dije, no voy a desistir”.

Nunca desistió, y ahora, en el mercado de los domingos que se hace en el parque de Santa Elena, sus hortalizas se venden en un santiamén porque la gente, dice, no quiere comer más veneno.

Memo saca un ejemplar del libro *Secretos de las plantas*, de la colección Secretos para contar y muestra algunas de las ilustraciones botánicas. Fue diseñado y escrito en un lenguaje claro y sencillo, que invita a hundir las manos en la tierra. Memo le cuenta al público que don Óscar aportó su testimonio para la redacción de esas memorias, las cuales recogen un conocimiento oral, empírico y científico, similar a la labor del programa *Historias de la huerta*, que se propone rescatar y recopilar el patrimonio oral de quienes conservan esos saberes tradicionales.

—Ustedes también tienen esa vocación por lo orgánico, así sea a pequeña escala, ustedes también van aprendiendo de esa posibilidad —comenta Memo para darle la palabra a María Cristina.

—Por eso venimos trabajando de la mano de la Red de Huerteros de la ciudad, quienes también tienen una labor muy fuerte en este tema. Nos estamos sumando, como dice don Óscar, pero es una tarea de paciencia. Y de saber que no vamos a tener de la noche a la mañana grandes cosechas.

—Además, se puede tener una huerta en una ventana.

—Exacto. Entonces en ese proceso estamos, en el de ir purificando la tierra y que los productos que lleguen a la mesa sean sanos. Además, en *Historias de la huerta* también se recogen unos saberes de prácticas tradicionales.

Esas memorias quedan registradas en videos cortos en los que narran trucos y recetas, y en unos afiches ilustrados por los mismos participantes del proyecto. En letra pegada y ladeada se leen recetas medicinales como la de la cura con higos para la amigdalitis; las brevas para los calores de la menopausia; la salvia para los dolores del cuerpo o la panela para cicatrizar heridas. Dice María Cristina que, en el fondo, “la invitación es a hacer una pausa, a ensuciarnos las manos para sembrar, pero también para pensar y conversar sobre lo que significa sembrar y hacer memoria”.

—Y que somos campesinos, somos patiamarillos, estamos con una pata en Medellín y con otra en el campo —comenta Memo.

—No podemos olvidar ese legado de los campesinos, si bien vivimos en la ciudad, con estos temas nos encontramos a la vuelta de la esquina —apunta María Cristina.

Basta esculcar en la memoria para encontrar esa herencia campesina en alguna rama del árbol genealógico. Medellín es una ciudad poblada por cientos de miles de personas que llegaron de distintas regiones rurales buscando un porvenir. Muchos lo hicieron porque se vieron obligados, desplazados por las distintas

épocas violentas; otros, motivados por la promesa de un trabajo en alguna fábrica. Todo indicaba que allí estaba “el progreso”. Aparte de sus bártulos, trajeron recuerdos, saberes, tradiciones y memorias que no quieren olvidar, que mantienen viva en forma de jardín, por ejemplo, en patios, aceras o hasta en las laderas de la misma montaña que llegaron a poblar.



El conocimiento de la humanidad se ha ido acumulando principalmente en libros que ahora ocupan bibliotecas como esta, que hoy es escenario para escuchar dos testimonios cuya sabiduría se dispersa en otros formatos; unos más modernos, como el audiovisual y las redes sociales; el otro, anacrónico, milenar: la oralidad. Memo explica que desde el Sistema de Bibliotecas se están promoviendo las bibliotecas humanas:

—Don Óscar o los asistentes a *Historias de la huerta* pueden ser perfectamente una fuente para que a través de ellos se llegue a esos saberes... ¿usted, me imagino, comparte ese conocimiento? —le pregunta.

—No tengo problema, la tarea es: no se quede con lo que aprendió, enséñelo. Con mucho gusto, a la gente que va a mi casa le doy la charla completa.

—Además, esas prácticas no solo son buenas para el consumo, pues un alimento preparado de manera orgánica es mucho más saludable. Con los químicos estamos afectando la tierra y las fuentes agua. Sobre eso ustedes también han tenido algunas lucecitas, ¿cómo trabajan el tema? —le pregunta Memo a María Cristina.

—Este año también empezamos un semillero con los niños para ver cómo desde lo cotidiano podemos aportar al cuidado del medioambiente. Los niños muchas veces no tienen ninguna experiencia con el campo, no saben nada sobre siembra.

—Niños que no conocen un pollo vivo —comenta Memo.

—Por ejemplo. La idea es acercarlos a la tierra, que por lo menos se pregunten cómo se siembra, para qué y qué pasa cuando interactúan con las plantas. Que desde pequeños entiendan que el cuidado no es solo responsabilidad de los adultos, que ellos como niños también pueden aportar.

—Interesante —comenta Memo—. Don Óscar se queja de que acá a los muchachos ya no les gusta el campo, y allá en la ciudad hay una cantidad de niños que están interesados...

—Es que se debe levantar ese mandato que dice que a los jóvenes hasta los 18 años no se les puede mandar a hacer nada —le responde don Óscar—. Nosotros desde los cinco años hacíamos de todo en la casa y no nos sentimos maltratados. Los muchachos no pueden hacer nada porque si uno los manda a trabajar es maltrato, entonces no, ellos deben estar relajados por ahí, dedicados solo al estudio, pero la agricultura no espera.

—Y el alimento es fundamental. La agricultura fue lo que hizo al ser humano asentarse en algún lugar. Es toda una mitología de los hombres nómadas. ¿Qué es lo más pesado en el trabajo de la agricultura? —le pregunta Memo.

—Yo no diría eso, lo que pasa es que con los químicos puede ser más fácil, pero hay que echar la mano al bolsillo y ensuciar la tierra, y con lo orgánico... tener voluntad es querer.

Memo lee otro fragmento de poesía, “Alheña y azúmbar”, de Jaime Jaramillo Escobar, el legendario poeta vivo, fundador, junto a Gonzalo Arango y otros poetas, del nadaísmo.

[...] La pepita de la granadilla si la tragas se te embucha. Para que no se te embuche, mejor que no comas mucha.

La pepita de la granada no es como la de la granadilla. La pepita de la guayaba no es como la de la granada. Y la pepita de la papaya no es como la de la guayaba. Es como la de la papayuela, pero más dulce.

Si es más dulce es más sabrosa, si es más sabrosa es más cara. Para que no sea más cara no compre papaya ni compre nada [...].



De una enredadera que crece adherida al muro del invernadero, agarró don Óscar un fruto maduro de granadilla, me lo entregó sonriendo y dijo, “recíbame este regalo, cómaselo y dígame qué tal”. Esperó a que la desgranara. La abrí con mis dedos, despacio, aunque tuve la tentación, no lo niego, de romperla en mi cabeza. Al sorber la pulpa, supe, sin lograr describir como merece su sabor dulzón y delicado, que nada tenía que ver con las granadillas compradas en el supermercado. Me miró satisfecho, sabía, sin que se lo dijera, lo que estaba pensando.

Caminamos al aire libre, por la huerta. Adonde miraba, veía ya no verduras, hortalizas, tubérculos, frutas que terminarían en una olla, sino plantas de exuberante belleza, seres de un reino vegetal en pleno esplendor que contra todo pronóstico abren sus hojas vivaces de tamaños y formas inagotables. Eran tantos matices de verde que al final pensé: debe ser la gama que contiene todos los colores de la vida.

Don Óscar dijo que no hay otro futuro posible sino el de volver al campo, a lo natural, su ceño se frunció al decirlo, entre pensativo y afligido. Comentó que el campo se está acabando. Lo dijo acá, en su casa, donde el campo no puede parecer más vivo. “Yo me aterro ahora como se están acabando las fincas de campesinos. Es que en esa época en toda casa había un espacio para sembrar la comida. Ya no, ya son casas muy bonitas, con carros muy bonitos y se acabó la comida. Los campesinos de aquí se acabaron. Ahora vive mucha gente de la ciudad y los mismos hijos de los campesinos vendieron la tierra para comprar un carro”.

“No hay otro futuro”, repitió el hombre que calzó sus primeros zapatos a los 16 años, los compró con el dinero que le pagó su abuelo por arriar animales y cargar aguamasa. “La tierra pa medio limpiarse necesita siquiera cinco años. Cuando dejé de echar químicos, las primeras papitas me salieron chiquiticas y dije: yo insisto porque los abuelos sacaban buena comida. Hoy día yo hago comida, pero para mí...”, dijo mirando una ardilla que devoraba un grano de maíz. Don Óscar se deleitaba, contemplativo, con todo lo que sucedía a su alrededor. Le pregunté si heredó esta tierra de sus padres, dijo que sí, pero luego se retractó:

—Acá soy el mayordomo.

—¿De quién?

—De Chuchito.

—¿De quién?

—De Dios.

Una soledad arribó con vuelo ondulado sobre el mesón de ladrillos cocidos, levantó la pechera azul verdosa tornasolada. Don Óscar se le acercó. El ave no movió una sola de las largas plumas de la cola. Vocalizó lo que pareció un manso llamado. Don Óscar tomó un cuchillo y cortó pedazos de banano que el pájaro engulló con la pasmosa tranquilidad de un animal doméstico. A cambio, los días venideros el ave haría un trabajo silencioso en la huerta comiendo larvas, insectos y toda clase de bichos, para luego regresar al nido, escondido en algún barranco, a la orilla del pequeño riachuelo que pasa cerca de la casa.



En el público algunos se incorporan, hasta sacan libretas para anotar las recomendaciones y pequeños secretos de las plantas que María Cristina y don Óscar les comparten: bejucos, chamizos y yerbas que pueden encontrarse fácilmente en el entorno, incluso en los antejardines del barrio. El romero, dicen, aparte de ser un gran aliado en la cocina, para darle sabor a sopas, carnes y ensaladas, es muy digestivo; la albahaca es una planta poderosa, solo tenerla en casa ayuda a alejar, para los supersticiosos, las malas energías, además de ser ensalmo para las emociones y también para sazo-

nar comidas. Que a la gripa la combate la flor del sauco y al dolor de estómago unas hojitas de prontoalivio.

“¿Y para qué es buena la yerbabuena?”, pregunta Memo. “Ah, esa es muy buena para los mojitos”, le responde María Cristina. Después de la carcajada del público, don Óscar se lamenta porque gran parte de esos conocimientos populares se fueron con sus padres. Entonces María Cristina, que desde *Historias de la huerta* ha conocido la importancia de rescatar y preservar la memoria oral aprovecha y le hace a don Óscar un comentario.

—A mí me regañaron en estos días que porque la huerta estaba muy desordenada, que porque no era parejita...

—No le pare bolas a eso.

—¿No le paro bolas?

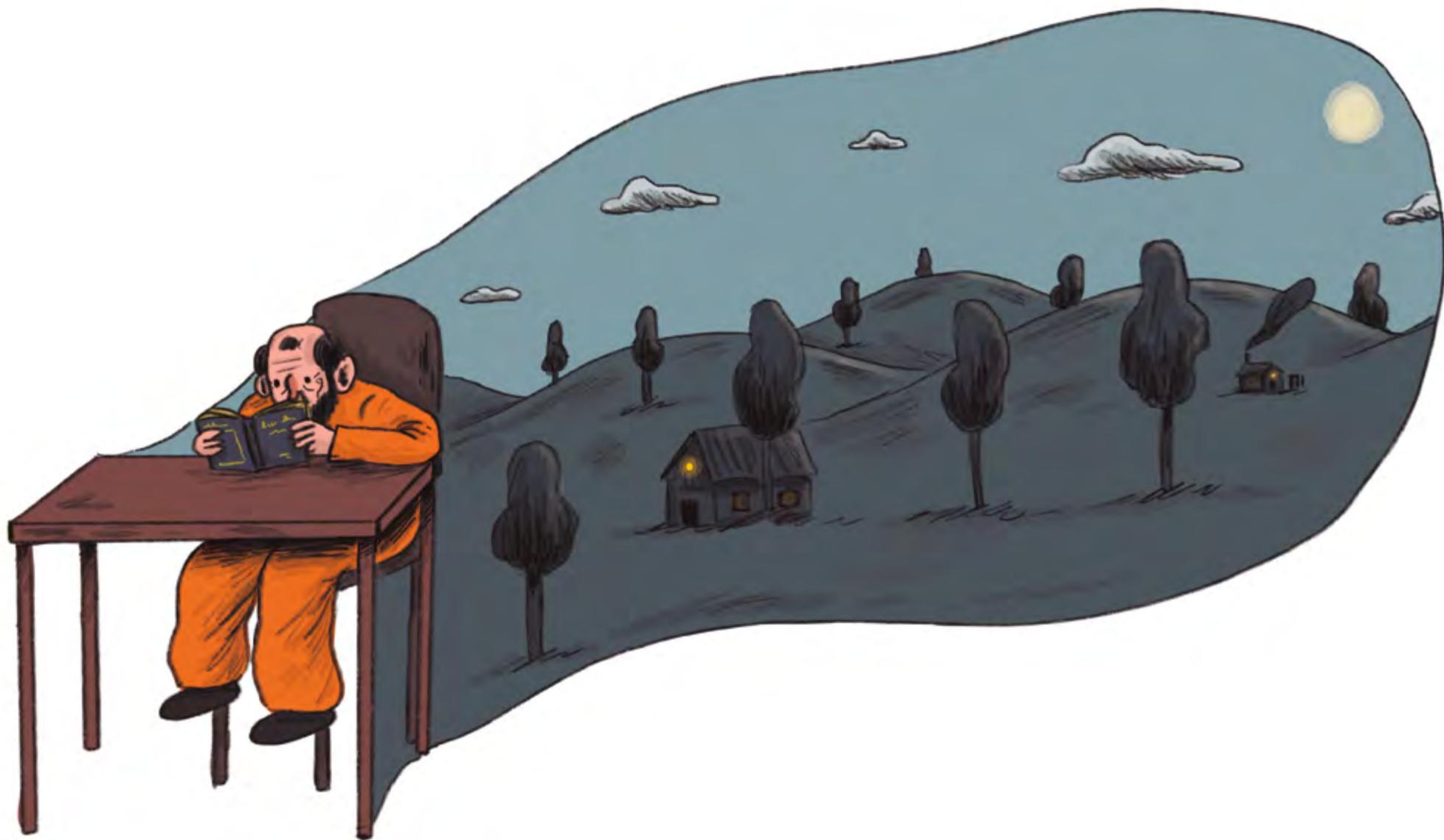
—Eso no es pa que se vea bonito, es para que lo que está ahí funcione.

La belleza es relativa, hay quienes la encuentran en el orden armonioso, en la perfecta simetría; para otros la belleza está en lo singular, en lo que rompe el molde de las cosas, en lo deforme y desproporcionado, en el caos. Los mismos científicos estudiosos del universo se sorprenden al ver que no hay un orden consensuado ni una lógica que explique lo que razonamiento humano intenta entender. El universo es entrópico; la naturaleza, por lo tanto, encuentra su equilibrio predisponiéndose al cambio y la transmutación.

Inspirado por el nombre de este seminario, cultivar la tierra y la palabra, y para concluir la charla, Memo escribió unas palabras que el público escucha en la voz apacible de Ana María Tobón:

Ni la tierra ni la palabra dan sus frutos por sí mismas; necesitan cultivarse. Ambas requieren trabajo, dedicación, paciencia y mucho amor. Porque la tierra, como la palabra, no entrega sus favores de buenas a primeras, y la distancia entre el cultivo y la cosecha nos exige además calma, previsión, planeación. Pero igual la tierra y la palabra son generosas, premian la constancia y nos otorgan alimentos para el cuerpo y para el alma. Ese fue el tema de nuestro primer Seminario Abierto de 2018. Una oportunidad para conocer más de cerca esa relación íntima, raizal, ancestral y si se quiere telúrica, de los seres humanos con la tierra y la palabra.





Palabras que sanan

22 de marzo de 2018

Centro Penitenciario Bellavista

Conversan:

Róbinson Úsuga y dos internos

Modera: Guillermo Cardona

pág.

44

En la Cárcel Bellavista un grupo de internos descubrió una vía de escape. Lo revelaron tres semanas atrás, antes del segundo Seminario Abierto en la biblioteca del Centro Educativo: los libros y las palabras les han devuelto la libertad. Uno de ellos, J., bajito, barrigón, ojos pensativos y voz ceremoniosa dijo que su manera de conciliarse con esos muros fue dándose cuenta de que apreciar cada momento lo hacía libre.

Todas las semanas esos internos preparan de manera voluntaria diferentes actividades pedagógicas como parte del programa de resocialización educativa por el que reciben una significativa rebaja de pena. *Voz y letras*, por ejemplo, es una tertulia literaria en la que se lee y se conversa sobre algún tema de interés colectivo, o *La pausa melódica*, momento cumbre entre los más adultos en el que se reúnen a escuchar música popular colombiana y a hablar sobre la vida y obra de sus compositores.

De esta manera, dicen, “estar acá cobra sentido”. Especialmente en este lugar con sus estantes de libros cuidadosamente clasificados por ellos mismos. Todo aquello tiene una intención: revelar ese secreto a los que recién llegan, abrumados por los meses o años que estarán tras las rejas. “Los muchachos se sienten encarcelados en sus mentes porque creen que no van a salir de aquí. Tienen un miedo: aunque yo cambie, mis enemigos de afuera no han cambiado”, dijo J.

En la cárcel el tiempo corre a un ritmo diferente, riguroso e inestable. Aunque aquí, como allí afuera, tras los muros que los aíslan, el sol siga su curso, indiferente a las separaciones que hacen los hombres. Esa mañana, en la reunión con el equipo del Plan de Lectura y Sistema de Bibliotecas, ese grupo de internos

habló de lo que sueñan: programas de lectura, espacios para reflexionar sobre la actualidad del mundo, posibilidades para explorar distintas manifestaciones culturales, un cineforo, y, sobre todo, más actividades que los conecten con la sociedad y les ayuden a no perder el contacto, a no sentirse olvidados.

Tres semanas después, un jueves de marzo, ese grupo de internos hizo un cartel largo en papel maché. Uno de ellos delineó las letras simétricas que otros pintaron con vinilo azul. Escribieron: *Seminario Abierto del Observatorio: Palabras que sanan*. Divulgaron la actividad voz a voz, invitaron al canal de televisión interno, gestionaron el templo cristiano para que hiciera las veces de auditorio y prepararon un pequeño discurso de bienvenida.

Ahora, el letrero de papel cuelga de las ventanas del auditorio, un salón largo y amplio lleno de sillas plásticas, ocupadas por más de 50 internos. Frente a ellos están los tres invitados y Memo, el moderador de la charla. Algunos internos apostados al muro de las ventanas atisban lo que pasa afuera mientras los organizadores del encuentro arreglan el sonido. Unos miran a la cancha, donde otros internos juegan fútbol metidos en la nube de arena que levanta viento; otros, a las montañas azules por encima de la cerca de seguridad.

J., una vez el micrófono está listo, lee desde el atril: “A todos los asistentes les damos la más cordial de las bienvenidas a este conversatorio cultural de la Alcaldía de Medellín, Cuenta con vos. Seminario Abierto del Plan de Lectura, Escritura y Oralidad, LEO. En Medellín tenemos la palabra, con el tema: Palabras que sanan. Para ello tengo el honor de presentar a la

comunicadora social Ana María Tobón, quien nos ampliará el programa a continuación”.

Ana María se levanta sonrojada al escuchar su nombre con tanta solemnidad. Unos minutos antes, tras dar una rápida mirada a los asistentes, había dicho que ojalá en este lugar sí funcionaran las palabras. Se sentía un poco indignada cuando comentó que a ningún candidato a la presidencia le había escuchado decir nada sobre el futuro de las cárceles, que no podía ser más la indiferencia, la mano dura, sino un cambio profundo y sensible desde la cultura.

Luego de agradecer la cálida bienvenida, Ana concluye: “Hoy queremos encontrarnos en este conversatorio con ustedes en la palabra. Es una invitación a conversar, a tomarnos el derecho a hablar, escuchar y ser escuchados”.

Memo no había estado antes en esta cárcel, mucho menos presentado un Seminario Abierto frente a un grupo de internos como el que ahora tienen la atención puesta en él, un observador discreto, con mirada discolorada y largas mechadas despeinadas. Para navegar en la conversación, empieza con un poema de Juan Carlos Restrepo, un amigo suyo, “que es un gran poeta y como muchos de los grandes poetas, un desconocido”. Memo entona con voz lírica:

Canahan con sus trompetas, / ¿o fue quizás Jericó? / Nueva York con sus lápidas enormes que crecen hasta el cielo y te sonríen / París, con Borges, profesando con todos los poetas/ Berlín, con juguetes Hitler de cecolla / Atenas con Pericles embadurnada de esculturas / o la coqueta Teotitlán, poblada de canales y acertijos / Ninguna, ninguna será como tú Medellín / que

dejas que suba hasta mi cuarto una presencia opiácea y serena y admites la salida de la luna sobre tus senos agridulces / ninguna, ninguna como tú / oh, Medellín.

Los poetas demuestran cómo las palabras funcionan, comenta Memo, pero estas son un instrumento cotidiano. Esencia de nuestra naturaleza. Y funcionan, dice:

“Las palabras funcionan porque el solo nombrar un problema es comenzar a solucionarlo. Las palabras funcionan cuando el paciente se acomoda en el sillón a echar carreta, a desahogarse, a franquear a partir de la palabra y con la guía del terapeuta los vericuetos de su alma; las palabras funcionan cuando el penitente le susurra al confesor los secretos más oscuros de su existencia; las palabras funcionan cuando escribimos los detalles de nuestros errores y tragedias, así después esas páginas las dejemos en el baúl de los malos recuerdos, les prendamos fuego o publiquemos un libro. Las palabras funcionan cuando reconocemos que no bastan las palabras y emprendemos acciones concretas para alcanzar la más elemental de las metas de todo ser humano: aprovechar al máximo la oportunidad de vivir y ser felices. ¿Cómo lograrlo? Cuando apenas tenía 16 años y todavía no tenía en mente *El capital* o *El manifiesto comunista*, Carlos Marx escribió: ‘La experiencia demuestra que solamente son felices los que han hecho felices a muchos hombres’”.

A su lado derecho está Róbinson Úsuga, un joven escritor que publicó *A un hermano bueno hay que vengarle la muerte*, su primera novela, proyecto ganador de las Becas de Creación de la Alcaldía de Medellín (2016) en la categoría Autor Revelación. Escribe desde que era adolescente, cuando leía sus historias a los

compañeros de clase; en esos tiempos pensaba que iba a ser dibujante, pero la vida lo condujo al periodismo y luego a la literatura. Las bibliotecas han sido su refugio, especialmente desde que en su barrio, ubicado en la comuna 13, se libró la Operación Orión, una de las más duras guerras urbanas en la historia de la ciudad entre grupos armados ilegales, policía y ejército.

Un tiempo después, este escritor y periodista independiente, movido por aquella experiencia, desarrolló una serie audiovisual para la pedagogía de la memoria del conflicto armado por medio de la Corporación Lluvia de Orión, de la que es director y cofundador. Úsuga, como la mayoría de los presentes, viene de una familia humilde y numerosa en la que cada uno ha tenido que buscar el camino para la supervivencia, él eligió las letras.

“Para mí este espacio es un pedacito de universidad, un espacio de civilidad donde nos encontramos como hermanos”, dice al presentarse. Desde hace un tiempo las cárceles son parte de la cotidianidad de Róbinson. En la Cárcel Municipal de Envigado dicta un curso de escritura que estuvo a punto de abandonar tras su primer día. Se sintió intimidado por la atmósfera ruda y hostil, estaba prevenido y creyó que a ninguno de los reclusos le interesaba contar historias. Luego de proponérselo como un reto, venció sus juicios, volvió y logró captar el interés de un grupo de internos que asiste cada semana al taller.

Entre los invitados al seminario también hay dos internos del penal Bellavista, uno de ellos es L., un señor circunspecto, tímido, ojos claros y escrutadores: “Yo sí creo que las palabras funcionan, por eso me he dedicado a la literatura”, dice al tomar el micrófono.

Habla bajito, despacio, casi como si susurrara. Dice que hay muchos detalles de la vida que pocas veces nos atrevemos a contar, especialmente de quienes están en la cárcel, pero al escribirlos, comenta, los recuerdos se hacen más livianos.

Lleva más de 10 años purgando su condena, durante ese tiempo se ha dedicado a devorar libros, un gusto que había aplazado por falta de tiempo, por ese trabajo que lo absorbió y en últimas lo condujo a este lugar. Estando interno, L. empezó a escribir con frecuencia. Desarrolló el oficio de escritor que cada día pule al releer y autoeditarse. Este año terminará su primer libro, una novela negra inspirada en su caso, una historia que tiene todo para ser una saga policiaca.

—Mi historia la protagoniza un personaje que narra su vida desde los años noventa hasta la actualidad. Una de las cosas que quiero mostrar es cómo en Medellín las formas de crimen no han cambiado. Desde los noventa ocurre lo mismo entre los mismos que financian la guerra y están tras de bambalinas. Es una guerra económica tremenda en la que mueren muchos jóvenes con ideales falsos, pues los jefes de cada grupo son socios, mientras los muchachos que integran sus ejércitos, sus combos, se matan como enemigos —cuenta.

El protagonista de su novela es un detective de la policía en plena época del capo Pablo Escobar. Después de tener problemas con un coronel, fue retirado de la institución y pasó a convertirse en escolta de personajes del mundo del crimen. Allí conoció los más oscuros secretos de la corrupción del sistema institucional.

J. no se inculpa, pero también se siente víctima; sin embargo, aunque sabe que podría usar lo que

sabe para destruir el prestigio de otros, ha decidido canalizar el rencor de otra manera. Está enfocado en recuperar lo que más le importa: la tranquilidad y la relación con su familia; para no turbarse de dolor se dedicó en el encierro a la lectura y a la escritura, un ejercicio constante que le permite vaciarse de sus emociones más primarias.

La historia de H. es un poco diferente, a él las palabras lo han penetrado desde el ámbito religioso. Convertirse al cristianismo, dice, fue lo único capaz de sacarlo de los grupos armados ilegales, con los que había conseguido poder y dinero, pero que lo alejaron de los seres que más amaba. Es un hombre fornido, alto; voz fuerte y enfática, con el matiz evangelizador de los predicadores:

“Yo también participé en esos combos a los que se estaba refiriendo el compañero ahora. Nunca crean que no se puede salir de eso, esos personajes te dicen que no tienes para dónde irte, y sí tienes mucho dónde, solo que ellos te cierran las puertas psicológicamente, si realmente quieres un cambio para tu vida, búscalo en Cristo, lejos de esas personas”. También dice que cuando la mujer de su vida, aun él teniendo el mundo en sus manos, se alejó, rechazó el lujo y lo que H. hacía para conseguirlo, supo qué era realmente lo que quería.

Memo cita al poeta caleño José Zuleta Ortiz, quien fundó el programa Libertad Bajo Palabra, una serie de talleres de escritura en más de 20 cárceles de Colombia. Con los textos escritos por los internos en estos talleres ha publicado 10 libros que integran la colección *Fugas de tinta*. En uno de estos, Zuleta escribió en el prólogo: “El programa Libertad Bajo Palabra nos ha permitido darle la palabra como herramienta

a quienes no la tenían. Muchas de las conductas humanas son respuestas, reacción a sucesos trágicos, a injusticias de todo tipo, a miedos insoportables. Producimos la palabra a cambio del acto, poder expresar la rabia con palabra y no con hechos, poder expresar la palabra serena, la propia historia, que al revelarla nos permite comprenderla”.

—Róbinson —dice Memo dirigiéndose al escritor—, ¿cómo surgió el libro?, ¿cómo logró, a través de ese texto, superar su propia historia?

—Esta novela cuenta la historia de Julio, uno de mis hermanos mayores. Éramos ocho hijos, pero él y yo fuimos los mejores amigos. Yo lo veía a él como mi héroe de la vida real. Mientras yo era muy tímido, Julio era locuaz, hábil. Pero lo asesinaron, él era taxista. En la década del noventa asesinaron a muchos taxistas. Era uno de los oficios más peligrosos de la ciudad. Incluso los taxistas crearon escuadrones de autodefensa, perseguían a los que habían matado taxistas. Ellos decían que los emaletaban.

En la novela, luego de que matan a Julio, algunos taxistas le proponen al hermano menor vengar su muerte. La novela, explica su autor, alude a la venganza, ese sentimiento universal que en el caso de su libro representa a las víctimas impulsadas a hacer justicia por su cuenta. Aquel adolescente que idolatraba a su hermano, nublado por el odio, aceptó la propuesta de los taxistas. Una propuesta que, dice el escritor, deseó en la vida real, “si en ese momento yo hubiera tenido la oportunidad, lo hubiera hecho”. Y ese sentimiento que lo quemaba por dentro, aplazado durante años y repintado en su imaginación, se empezó a sanar, al fin, el día que Róbinson consumó la venganza en la novela.

—¿El libro te ayudó a superar ese deseo de venganza? —le pregunta Memo.

—Sí, esa rabia que viví por la muerte de mi hermano la exorcizo a través de la escritura. En este momento, si me hacen esa misma propuesta, yo no lo haría porque ya me vengué a través de la ficción. Esta novela la protagoniza un joven de 17 años, pero en este momento de la vida, yo ya entendí que la venganza no es el camino.

—Me gustaría mucho que H. nos contara cuáles fueron esas palabras que lo llevaron a él a alejarse de los grupos armados —dice Memo inclinando su cuerpo para mirar a H.

—Había un hermano que iba los martes y jueves al patio a llevarnos la palabra de Dios, y yo era una persona que todo lo que él decía me entraba, era como si me lo estuviera diciendo a mí. Y más me entraba y más me entraba.

Los textos bíblicos fueron calándolo, como una llamada ineludible. H. atendió y se convirtió en un seguidor fervoroso. Librarse de su pasado no ha sido fácil, dice, por eso se aferra a la fe; aún sus antiguos patrones le ofrecen dinero para que siga con ellos. “Vos eras uno de nuestros mejores soldados, decime de qué modo te puedo colaborar”, cuenta que le dicen. Se seca el sudor de la frente. Luego comenta que él cree que si algo puede transformar al otro es el testimonio de vida.

—Nadie, por más encerrado que se vea, debe darse por vencido —comenta H.

L. toma el micrófono y agrega que su libro también es un testimonio. No pretende estar en una librería o convertirse en un *best seller*, quedará contento si la historia les permite a sus amigos y a su familia entender cómo fue que él terminó enredado. Cuando fue capturado nadie tenía idea de lo que estaba haciendo. Antes de ingresar al penal, miró a sus hijos y les dijo: “Este es el ejemplo de lo que ustedes no deben hacer”.

En la cárcel el tiempo es rígido, las rutinas inquebrantables. Este seminario dedicado a escuchar aquellos relatos, parece un pequeño bucle del tiempo, fugaz e intangible. No se permiten las fotos, apenas el registro en una grabadora de periodista guarda el matiz de sus voces, la singularidad de sus acentos, los silencios. Desde afuera se oye el llamado al *bongo*, como le dicen al comedor. Algunos internos, con los platos vacíos en la mano, esperando, escuchan apresurados las palabras finales de los invitados; otros se levantan para sumarse a la fila larga de hombres que aguardan la última comida del día. Pocos, poquísimos, se quedan, corriendo el riesgo de perderla.

—Róbinson tiene un taller de escritura en la Cárcel de Envigado, ¿a través de las palabras se logra contar los problemas y encontrar el camino para resolverlos?

—Lo que he hecho con los talleres es compartir lo que yo no quería hacer en la vida: tramitar los problemas a través de la violencia. Tengo una filosofía: la violencia termina en mí. ¿Cómo así? Si alguien te insulta o te agrede, en vez de responder, logres que esa violencia termine en ti, no responder a ese insulto o a ese golpe. Este país ya ha tenido demasiada violencia y lo que necesita son agentes de paz, ¿qué hago para que la violencia termine en mí? Escribir.

Al principio, Róbinson tenía muchas dudas de seguir con ese taller. Él mismo debía pasar por los patios invitando a los reclusos, se sintió incómodo y asustado. Además, el espacio de encuentro era un bullicioso y estrecho pasillo por el que pasaba todo el mundo mientras él intentaba dar su clase. Sin embargo, luego pensó que tenía una oportunidad única, un reto de vida, así que se prometió no desistir. Desde entonces ha logrado que los internos de la Cárcel de Envigado escriban, lean o simplemente hablen de lo que los sacude. Ha logrado que ellos sientan lo que él siente cuando escribe: “una comunión con los pensamientos propios”.

Uno de los internos levanta la mano y dice: “Para mí, todos somos escritores. Yo no escribo en el papel, escribo en la vida de los otros, mi historia de vida puede ayudar a otros. También vengo de una comuna en la que viví la violencia. También fui víctima y victimario, motivé a gente para hacer parte de la guerra y hoy mi forma de escribir es motivar al otro para que lleve una vida buena. Yo agradezco la presencia de todos ustedes”.

Ahí el quid: las palabras sanan. A veces la velocidad a la que vamos no nos deja ver ese poderoso sentido, esa misteriosa fuerza que repara, como un ensalmo capaz de alivianar la más pesada de las cargas. Cuando las palabras tienen la intención de curar, todo grillete es inútil. “Nosotros no hemos cambiado el mundo”, dice Memo para concluir, “pero gracias a las palabras que funcionan le hemos cambiado el mundo a muchas personas”.



La historia de cómo llegaron los libros a las comunas de Medellín

28 de abril de 2018

Parque Biblioteca Doce de
Octubre, Gabriel García
Márquez

Conversan:

Gladys Eugenia López y
Luis Bernardo Yepes Osorio

Modera: Guillermo Cardona

pág.

58

Al caminar por la calle 106 C, cruzando la empinada ladera en un sector noroccidental de Medellín, se respira un olor a parva recién horneada y a café de greca. Los andenes están en medio de antejardines y árboles altos y frondosos que en las tardes acaloradas dan una brisita grata. A pocos pasos de la panadería está la revueltería en plena acera, con coloridos canastos para que el comprador elija a su gusto frutas y hortalizas. Y al cruzar la calle, frente a la iglesia, hay una tienda de abarrotes, y encima de la tienda, que vende también confites y otras chucherías, el segundo piso de una casa ni larga ni pequeña con un balón pintado en colores vivos. En el muro se lee con grandes letras blancas: Biblioteca Popular del Barrio Tejelo.

Es la tercera biblioteca más antigua en la zona, fundada en 1973 por una generación de inquietos jóvenes y líderes comunitarios motivados por un movimiento social, político y cultural en una época en la que las comunidades de las nacientes barriadas, formadas en su mayoría por personas venidas del campo, decidieron organizarse en pro del desarrollo de sus barrios. Crecieron de manera espontánea, diversa, multiforme y variopinta. Al calor de un fogón de leña, autogestionaron, exigieron e incluso resolvieron necesidades apremiantes que no podían esperar a que el Estado les diera solución.

La gente fundó los barrios a punta de convites, en los que hubo comelona, reflexión y mucha conversa. A un ritmo solidario construyeron sus casas, acueductos, iglesias, caminos, escuelas, centros de salud y bibliotecas. Se tejieron a sí mismos y tiñeron los hilos de esa historia con el color de la música, del teatro, de las noches de tertulias y de las fiestas donde la pista de baile eran las calles, todavía amarillas y destapadas, recién abiertas.

Esa historia sobre el surgimiento de las bibliotecas populares como la de Tejelo, el movimiento de bibliotecarios voluntarios, autodidactas en muchos casos, y las iniciativas privadas y gubernamentales que hoy día las fortalecen, fueron los tópicos del Seminario Abierto del Observatorio de abril: *La historia de cómo llegaron los libros a los barrios de Medellín*.

Sucedió a pocas cuadras de Tejelo, en el Parque Biblioteca Gabriel García Márquez, barrio Doce de Octubre. A lo lejos, aquel lugar parece un cubo inmenso entre callejuelas serpenteantes y casitas de dos y tres pisos. Fue construido donde quedaban las famosas piscinas del Doce, cerca de la extinta biblioteca popular Titus Brandsma. Y, sin embargo, la nueva y moderna biblioteca preserva y difunde, en la Sala Mi Barrio, una selección del material bibliográfico de este desaparecido lugar.



“El tema de hoy son las bibliotecas y los bibliotecarios, quienes en los años más difíciles de la historia de la ciudad decidieron vencer las barreras de la promoción de la lectura como una estrategia para construir ciudadanía”, dijo Guillermo Cardona, Memo, al inicio de la charla. “¿Cómo fue que llegaron a las bibliotecas en las que trabajan actualmente?”, les preguntó sin más rodeos a los invitados Gladys López, coordinadora de la Biblioteca Popular Tejelo, y a Luis Bernardo Yepes, director del departamento de bibliotecas de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco.

Gladys es una señora de ojos vivaces y movimientos sutiles pero inquietos, cabello esponjado y figura delgada. Ella gesticula con sus manos como si tra-

tara, en realidad, de espantar la timidez que por años la mantuvo encerrada en el hogar, entregada al cuidado de su madre. “La historia de la biblioteca y del barrio siempre estuvo muy ligada. 10 años después de que el barrio se fundó, inició la biblioteca”, cuenta.

A pesar de que fue el lugar donde nacieron muchos proyectos para el barrio, hubo una época de mucha convulsión social, a finales de los noventa y principios del nuevo siglo, en la que expresarse era complicado. Los líderes comunitarios y los gestores culturales no se sentían tranquilos, muchos de ellos, incluso, tuvieron que irse del país. Cerraron la biblioteca por casi una década. “Un día me acerqué a preguntarle al señor de la Junta de Acción Comunal por qué la biblioteca estaba cerrada y lo que hizo fue entregarme las llaves. Esto es de corazón, me dijo”.

Gladys pudo haber dado media vuelta y hacerse la pendeja, pero de la mano llevaba a su hijo de seis años y estaba inmersa en un dilema que nunca dejará de perseguirla: ¿cómo educar a un hijo?, ¿cómo mostrarle el mundo?, ¿cómo elegir lo que ha de enseñársele? Sin tener idea de cómo se clasificaba un libro, ella, que prefería la lectura en la intimidad de su cuarto o bajo la sombra de un árbol, recibió las llaves y abrió. Una nube de polvo y un vaho de olores enmohecidos le dieron la bienvenida.



La tarde antes de aquel seminario, Gladys dispuso sobre las mesas de madera de la biblioteca, en medio de las estanterías adosadas contra las paredes —en las que también tenía exhibidos algunos impresionantes pavos reales hechos en origami—, las

fotografías a blanco y negro que colectó entre las familias fundadoras del barrio. Las mandó a escanear y a pasar a gran formato para una exposición sobre la historia de Tejelo. Tomó la que tenía más cerca: es un plano abierto de la ladera, en el que se ven unas poquitas casas de material y otras a medio hacer, el suelo destapado, removido, y al fondo un grupo de personas: niños, hombres y mujeres jóvenes y ancianos posan y sonríen.

“Esta biblioteca primero estaba allí al frente, junto a la iglesia. Para poder construir todo esto llegaba gente de otros barrios, hasta en garruchas, por el río. Eran tiempos de mucha amistad. Cuando eso, como las casas eran pegadas, por los patios hablaban y se prestaban lo que les hacía falta”, contó Gladys.

La nueva sede es una habitación de unos 40 metros cuadrados en los que hay al menos 2800 libros. Se construyó en los años ochenta gracias a la plata que ganó la comunidad en un concurso interbarrial de pesebes. Para entonces, contaban con alfabetizadores y muchos voluntarios apasionados por la labor social. “La gente estaba ávida por conocer más, investigar, tenían la necesidad de compartir. La biblioteca era un centro alrededor del cual se construían distintas expresiones y pensamientos. Ancízar López, uno de los fundadores, cuenta que los libros los traían de las casas los mismos estudiantes universitarios y las mamás donaban los textos escolares que ya no usaban sus hijos”.

Ese grupo de jóvenes buscaba mejorar las condiciones educativas de los habitantes de Tejelo y despertar el interés por la cultura en sus diversas expresiones: música, danza, teatro, artes plásticas... Desde ese entonces, la Biblioteca Pública Piloto estaba muy

vinculada con ese tipo de iniciativas que enlazaban la educación con lo social y cultural. Uno de los programas que gestionó esta institución fue el Bibliobús, una biblioteca ambulante metida dentro de un bus que rodaba por las calles de Medellín.



Como en Tejelo, en muchos otros barrios los jóvenes con vocación social se organizaron de manera espontánea; así lo vivió el mismo Luis Bernardo Yepes, jefe de bibliotecas de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco, que desde muy joven trabajó en procesos comunitarios barriales. Luis Bernardo es un tipo cálido, conversador agudo de apuntes sarcásticos, un lector juicioso, crítico. Su agenda es difícil. Él se mantiene ocupado en el hacer incansable. Tiene la quijada un poco hacia adelante, estirada en una sonrisa que le achina los ojos. “Estuvo en una de las zonas más complicadas de la ciudad, en la comuna 13, y pasó por diferentes bibliotecas populares”, menciona Memo al presentarlo.

—Yo iba camino a gánster, en el barrio 20 de Julio de la comuna 13, cuando un chico estupendo, universitario, me invitó a un grupo juvenil. Hacíamos cineforo y musiforo, pero con el tiempo nos fuimos quedando sin elementos. Al año abandoné el grupo y seguí solo, investigando más sobre esos temas. A los meses me buscaron, yo les dije que la única condición para volver era llevando libros porque sin libros nosotros no podíamos afinar criterios y las discusiones serían muy torpes.

Le hicieron caso. A él, que cuando se le ocurre una idea no descansa hasta realizarla, y que casi siem-

pre lo logra a punta de convencer a otros que se quieran sumar a su causa. Aquel grupo de chicos conformaron de nuevo el grupo juvenil, ahora con jóvenes de otros barrios aledaños. Fundaron en la pieza de la casa de una señora, que ofreció el espacio desinteresadamente, la biblioteca popular “A través de nuevos caminos”. Luis Bernardo, para entonces, ya no era solo un peladito inquieto, era un estudiante universitario y había elegido, cómo no, la bibliotecología.

—Un día mi profesor Luis Fernando Villegas fue a conocer la biblioteca y se conmovió cuando vio los libros en estantes de adobes y tablas. Él nos donó la primera estantería. Luego vi materias con una profe que nos enseñaba a clasificar los libros “de mentiritas”. Y yo le dije que por qué no nos íbamos con los estudiantes a la comuna y organizábamos los libros que la gente de verdad iba a necesitar. Así fue como hicimos allá mismo un proceso de catalogación.

En aquel tiempo aparecieron las milicias, células urbanas de las guerrillas. Y estos grupos subversivos pretendieron ser ley y orden en aquellas comunidades llenas de necesidades, muchas veces sumidas en la pobreza, abandonadas a su suerte por el gobierno. Las milicias ejercían un control minucioso e intimidante, especialmente en quienes se destacaban por ser influyentes. Un día le mandaron a Luis Bernardo el mensaje de no volver por esos lares hasta que lo investigaran a él y a su familia. Fueron dos meses de incertidumbre hasta que le dijeron que podía volver.

—Yo creo que fue que no lo investigaron bien —dice Memo, soltando una de sus perlas mordaces. El público suelta una carcajada.

—Y entonces —continúa Luis Bernardo— tuve la oportunidad de conocer a la gente de Rebipoa (Red de Bibliotecas Populares de Antioquia). Ahí sí que tuve que aprender mucho y formarme constantemente.



Después de abrir la biblioteca —caos, polvo y desorden, y cantidad de libros obsoletos luego de años a merced de los hongos— Gladys fue a Rebipoa. La escucharon y de inmediato empezaron a capacitarla. La inscribieron en cursos de Comfenalco para bibliotecarios escolares y comunitarios. Además de soltar el miedo para llevar la batuta de la biblioteca, fue dejando a un lado la timidez que se le pegó tras años de encierro en los que había abandonado la idea de ser actriz de teatro, diseñadora de moda, activista social. Adulta y madre de un hijo, la vida volvía a conducirla por el camino personal que casi había olvidado.

Rebipoa, se enteraría Gladys, era la voz autónoma de las bibliotecas populares dispersas en toda la ciudad. Su historia empieza en los años ochenta, después de que un grupo de bibliotecarios que representaban a estos movimientos autónomos se reuniera en la Biblioteca Niño Jesús de Praga, en el barrio Enciso. Luego, en otra biblioteca popular, en el barrio San Rafael de Itagüí, se constituyó en una asociación que primero se llamó Abipoa. Acompañados de instituciones como la Biblioteca Pública Piloto, (BPP), impulsaron la constitución y desarrollo de las bibliotecas populares para representarlas, defenderlas y formar a sus bibliotecarios.

“Yo era una persona muy solitaria, mis hermanos, en cambio, hicieron parte de todo ese movi-

miento comunitario y social. Yo los veía desde lejos. La apertura de la biblioteca fue como retomar lo que había dejado empezado hace años. Volví a recorrer mi barrio. Empecé a tener conciencia del territorio y de quién soy. Fui recuperando este espacio con los chicos alfabetizadores y a hacer origami con pedazos de papel que había de propagandas viejas. Sacamos los libros para reconocer qué había y mientras tanto contábamos cuentos. Era un pretexto para que me contaran su historia”.

Para desempolvar la memoria, Gladys convocó a los vecinos con la excusa de hacer origami y hasta una huerta urbana. Por cada doblez de papel, por cada planta cultivada, fueron brotando los recuerdos de aquella narración colectiva.



—¿En ningún momento se arrepintió de haber recibido las llaves? —le preguntó Memo a Gladys, y ella, mirando primero al suelo, como si al retraerse hurtara las emociones de los días difíciles, respondió:

—Hubo momentos en los que me sentía muy cansada, muy sola. Pero las mismas personas de Rebi-poa me animaron a seguir, me sacudieron, me impulsaron para que me conectara con la gente del barrio.

A su cargo tenía no un salón con libros por clasificar, se dijo, sino la tarea de renovar aquel espacio como el lugar de encuentro comunitario que fue alguna vez. Lentamente recuperó la confianza en sí misma y empezó a conversar con el que llegaba. Nuevas ideas brotaron y ella, que se iba despojando de sus miedos, se convirtió en un polo que atrajo nuevas generaciones.

—Les cuento que hace un tiempo yo casi no hablaba, pero con el origami comenzó a fluir esa comunicación, ese entusiasmo —un arte milenario que le enseñó su hermana para que Gladys no perdiera el aplomo debido a la intensa entrega en el cuidado de la madre.

—Y eso a veces pasa —comenta Memo—. A medida que se van quitando el polvo y las telarañas a la biblioteca, también van cayendo las telarañas de la timidez.

—Sí, a mí me pasaba que a medida que yo iba ordenando y limpiando, mi mente también se iba aclarando.

No todas las bibliotecas populares que abrieron en los últimos 50 años han permanecido en el tiempo. Según Rebipoa, “de las 36 bibliotecas que han sido abiertas en la zona noroccidental en un lapso de 57 años (al 2016), la mitad de ellas, 18, han sido cerradas por diversas motivaciones”. Hubo razones de orden público, crisis en las organizaciones comunitarias y falta de presupuesto. También las afectó la llegada de bibliotecas institucionales más grandes y equipadas, como los parques biblioteca. Sin embargo, una de las épocas más recordadas por el impulso que recibieron las bibliotecas populares fue al inicio de la década de los noventa, por parte de la Consejería Presidencial para Medellín, la cual llevó programas educativos y culturales a aquellos sectores marginales afectados por la influencia del narcotráfico.

—Recuerdo que cuando nos llevaron los libros lo primero que hacía la gente era olerlos —comenta Luis Bernardo—. Toda la vida recibimos libros viejos. En esa ocasión llegaron donaciones de libros actualizados... Los libros nuevos huelen maravilloso, recuer-

do que al *Álgebra de Baldor* la gente la miraba y la miraba. A partir de la ayuda de la Consejería, hicimos un vínculo con una asociación mutual que decidió pagar la bibliotecaria. Entonces, lo interesante es que uno ya pasa de ser un bibliotecario, un consultor, a ser gestor de recursos.

—Además, ser bibliotecario popular es también ir a buscar a los usuarios —agrega Memo—. Y ¿qué ha pasado ahora con la biblioteca?

—Infortunadamente desapareció —responde Luis—. Aparte de los inconvenientes legales y laborales, llegaron dos bibliotecas al barrio: el Parque Biblioteca San Javier y la Biblioteca de Comfenalco Centro-Occidental. Pero gracias a esa cultura previa de biblioteca las nuevas fueron muy bien acogidas.



Esa atmósfera sosegada y silenciosa de las bibliotecas ha motivado a muchos bibliotecarios a desarrollar su interés en la escritura. Y para ciertos escritores consagrados, ser bibliotecarios ha sido la profesión acertada que, además de la subsistencia, les ha permitido estimular y fortalecer su obra. Le sucedió a Borges, a Lewis Carroll, a Stephen Hawking, a Goethe, a los hermanos Grimm, a Rubén Darío y hasta a Marcel Proust.

—A Proust los papás le buscaron un trabajo que tuviera que ver con la literatura, y el hombre, nada. Lo lograron ubicar en la Biblioteca Mazarino, la más antigua de París. Esa fue la única actividad laboral que tuvo en toda su vida, aunque no se le podría llamar propiamente un trabajo, porque se le permitía pasar

gran parte del horario laboral trabajando en su propia obra. El horario de Marcel Proust era de cinco horas y aun así faltaba con tanta frecuencia que en una visita que hicieron unos agentes del Ministerio Público encontraron que esta joven promesa de la literatura universal no había vuelto a la biblioteca en los últimos tres años. Se había encerrado en su casa...

—A buscar el tiempo perdido —apunta Luis Bernardo, sacándole la segunda carcajada al público.

—Y el escritor Jorge Luis Borges, a la tierna edad de 39 años, tuvo su primer trabajo pago como bibliotecario. Fue muy tenaz porque ese primer día clasificó 400 libros. Y ahí mismo sus compañeros le dijeron: hermano, por favor, no vaya tan rápido, qué falta de solidaridad con el gremio.



A los bibliotecarios los tildan de tímidos e introvertidos, a veces de serios y hasta huraños; pero en realidad no hay cómo catalogarlos, son sorprendentemente diferentes. Unos son muy carismáticos, buscan pacientemente el libro ideal para el lector primerizo; otros son más intelectuales, pueden resolver consultas y ayudar a encontrar la bibliografía para una investigación; y hasta los hay dicharacheros, conversadores que le sacan gusto hasta a la más nimia de las tertulias.

Hay bibliotecarios extrovertidos, polifacéticos, que aman leer en alta voz y hacer las voces y poses de los personajes de los cuentos. Aunque la mayoría, eso sí, coinciden en ser lectores voraces y veneradores del silencio. “Pero ¿qué es lo que distingue a un bibliotecario popular?”, le pregunta Memo a Gladys y a Luis

Bernardo. Se ponen de acuerdo: la relación con las personas, el acercamiento a las actividades cotidianas del mismo barrio, la lucha.

—Lo que pasa con el bibliotecario comunitario es que él ve una deficiencia, porque muchas veces los barrios carecen de un laboratorio social y las bibliotecas se convierten también en espacios culturales. En últimas, el bibliotecario es la persona que trata de salvar un asunto ante la desidia de un Estado —dice Luis Bernardo.

—La misma biblioteca comunitaria se convierte en una apuesta social —agrega Gladys.

Las bibliotecas comunitarias que hay en Medellín, comentan los tres, han sido una respuesta a los distintos brotes de violencia de la ciudad. No es coincidencia que Rebipoa naciera en los años noventa, en uno de los momentos más difíciles y cruentos para la historia local. Esas redes de bibliotecarios voluntarios y populares fueron una base importante para distintas manifestaciones sociales como el surgimiento de comités barriales para discutir temas de educación, cultura y salud. De esas bibliotecas han salido grupos parroquiales, juntas de acción comunal, grupos de artes escénicas y hasta campañas de solidaridad por los presos políticos, los desplazados, los desconectados.

En el público alguien levanta la mano, se trata de Arley Orozco, quien lleva 20 años trabajando como voluntario en Rebipoa. “Esto es una responsabilidad con la ciudad. La Red agrupa a esos bibliotecarios que estaban aislados, como Gladys, es una onegé que permite la retroalimentación, el diálogo. Y hoy en día hemos logrado una cercanía con la Secretaría de Cultura Ciudadana.

na. Hace cinco años estamos con las becas de estímulos. Logramos insertar una línea para el fortalecimiento de bibliotecas populares. Y ahora tenemos la convocatoria de LEO. Lo celebramos profundamente. Uno de los puntos en los que nos hemos enfocado ha sido en capacitar a los bibliotecarios para presentar proyectos”, dice.

—Cuando Arley habla de esas capacitaciones, me siento muy identificada. Ese contacto con otras bibliotecas, ese compartir lo que hacen y pueden hacer me dejaba impresionada, y ese entusiasmo de los otros bibliotecarios fue lo que me impulsó a también pensar en proyectos, algo que jamás había hecho —dice Gladys.



Gladys devolvió la antigua fotografía a la mesa y hojeó el libro *Barrio y biblioteca* en los párrafos donde ella misma narra el único momento en el que casi abandona. Estaba agobiada por el desconocimiento de lo que un bibliotecario se supone debe saber y por el peso histórico de aquel espacio que ahora tendría que recuperar: “Los niños iban y me buscaban a la casa, y me hicieron regresar”.

Alguien llamó a la puerta, era una señora con su hijo, un niño de unos 10 años. “Hooooo, ¿cómo están?”, saludó subiendo su voz. María Isabel, una chica alta de pómulos redondos y ojos castaños, se adelantó para abrir. Los recibió y ubicó en la mesa del lado. Luego fue a otra mesa donde le entregó a una de tres señoras, absortas en una especie de tarea escolar, cuaderno y lápiz para hacer el ejercicio de las planas. Moviéndose silenciosa, pero enérgica, fue a los estantes frunciendo el ceño, eligió dos, tres libros, volvió a la mesa donde estaban los chicos.

“María Isabel llegó el año pasado a trabajar en la biblioteca como voluntaria. Desde entonces, le ha dado un aire más juvenil a la biblioteca”, comentó Gladys, mirándola con orgullo. “Este es un proceso muy emocionante porque es donde uno se construye como persona, la biblioteca es ese puente entre la comunidad y los procesos sociales, es esa elaboración tranquila del quehacer cotidiano, de la lectura, del compartir...”, dijo.

Dentro de poco, María Isabel cumplirá 15 años. Hace apenas 3 años odiaba la lectura. Evadía el asunto buscando las películas de los libros que le ponían a leer de tarea en el colegio. Hasta que un día le tocó uno del que no había película. Así que, resignada, le tocó leerlo. Quedó enganchada al punto que casi olvidaba comer. María Isabel, que desde entonces ama la lectura, entendió algo importante: cada quien encontrará su libro de iniciación, que no será, necesariamente, un clásico, como suelen pretender los colegios. “Hoy día siempre busco que las personas encuentren el libro que fue creado para ellas. Para mí fue creada la ficción, la fantasía, uno que otro de revolucionario y de realismo mágico; a otros les pueden gustar más los clásicos, la literatura griega, ¿entonces yo qué hago? Busco lo que le guste a la persona”, contó en el balcón de la biblioteca.

Había venido desde pequeña a los talleres de origami que hace Gladys. A los libros ni los miraba. Pero luego de aquel hallazgo literario, cuando pasaba por estos lados se fijaba a ver si estaba abierta. “En unas vacaciones de fin de año mi mamá me mandó a comprar natilla a la tienda; pasaba por acá y vi que la biblioteca estaba abierta. ¡Dio papaya! Yo me entré y adiós natilla para mi mamá. Vi todos los libros y dije, acá hay mate-

rial, hay buenos libros. Y yo le dije a doña Gladys, vea, esa biblioteca no se puede dejar morir. Entonces me vine todo diciembre a ayudarle a organizarla”.

Trajo a sus amigos y a sus compañeros de colegio. Buscó a un artista del barrio y lo invitó a hacer los coloridos murales que renovaron la fachada de la biblioteca. Imprimió afiches, que ella misma hacía y los pegó en los postes invitando a la gente a que visitara la biblioteca. Pasaron días en los que no entraba nadie, pasaron rápido porque al poco tiempo fueron llegando muchos jóvenes y niños que querían saber qué estaba pasando allá. “Y yo dije: ¡Síííí! Para mí esta es misión, hacer de este un espacio juvenil porque tenemos en mente el estereotipo de que la biblioteca es un lugar callado donde ni una mosca suena, y nosotros decimos: la biblioteca es un espacio calmado para mentes agitadas...”.

Dijo que quiere dedicarse a la sociología, viajar por el mundo creando bibliotecas donde ni siquiera se sabía que había libros, porque “¿yo para qué voy a hacer una biblioteca en pleno París?, pero en La Guajira o en rincones del mundo donde uno no sabía que había gente...”, comentó como si al hablar, tan elocuente, visualizara el mapa de su vida, en el que siguiera, desde aquel primer libro, un camino ineludible. “Y algún día quiero escribir una novela de suspenso o de realismo mágico”.



—Además la biblioteca ya no es ese concepto tradicional del mero depósito de libros —agrega Memo—. Es un lugar para la construcción colectiva del conocimiento, para compartir experiencias, memoria y otros

aspectos de la vida que no necesariamente tienen que ver con literatura. Muy interesante pensar en el territorio hace 30 años, cuando había muy pocas casas, las calles apenas se estaban haciendo y ya había una relación muy particular entre la biblioteca, la ciudad y el territorio. ¿Cómo es ese tema de la capacitación y de generar nuevas bibliotecas?

—Frente a la labor del bibliotecario popular, procuramos respetar su esencia. Nos parece que esta tiene que ver con la inclusión de toda la ciudadanía. Lo importante es que estos espacios sigan grandes líneas de la lectura y de la información local y comunitaria. En ese sentido, también buscamos apoyarlos en temas de capacitación como las tecnologías de la información, a veces también ayudamos en el tema de administración de recursos, pero siempre procuramos que se mantenga esa esencia de la biblioteca popular —responde Luis Bernardo.

—Hoy vivimos en un mundo donde tenemos enemil posibilidades, es una gran ventaja, y tal vez es ahí donde la biblioteca comunitaria encuentra su mayor dificultad; por ejemplo, las tecnologías están rompiendo el esquema, pues para las bibliotecas populares esto implica costos y la conectividad es compleja por la limitación económica que tienen —agrega Memo.

—Sí. Yo antes no tenía nada que ver con un computador, ya poco a poco estoy aprendiendo, pero me causa angustia —dice Gladys—. Comenzamos a hacer una gestión con Medellín Digital y pronto vamos a tener la conexión a internet, pero también esperamos tener computadores en la biblioteca. Es asunto de empezar a gestionar.

En ese sentido, ¿cómo pueden las bibliotecas populares adaptarse y explorar al máximo las enormes posibilidades que generan las herramientas digitales? En una era en la que los impresos están migrando a plataformas virtuales, es innegable que la humanidad está cambiando su forma de leer. Hoy predomina la pantalla, aunque el libro físico siga siendo indispensable, convirtiéndose en una experiencia casi sensorial.

Eso no debería significar, según Luis Bernardo, que las bibliotecas populares se queden atrás. Debería haber más compromiso por parte del Estado, las editoriales y las cajas de compensación como Comfenalco, explica. Entidades que sí tienen la capacidad monetaria para invertir en esos recursos y, por ejemplo, adoptar a estas pequeñas bibliotecas, como Tejelo, para darles las mismas oportunidades que tienen las más equipadas.

Pero, aunque las nuevas tecnologías sean muy importantes, “siempre hay recursos que apelan a lo viejo”, apunta Memo. Es el caso, por ejemplo, de Tejelo, donde la lectura también se conecta con la huerta urbana o con el origami. Al inicio de su trabajo como bibliotecaria, invitaba a la gente para enseñarles a hacer pájaros de papel. Gladys aprovechó para leerles a quienes participaban. En medio de la lectura había pausas, conversaciones, historias de vida, silencios, y a ese ritmo desacelerado empezaron a conocerse.

—Mirá, eso que hay detrás de las actividades es lo más bello —le dice Luis Bernardo a Gladys—. Eso es lo que uno siente que da el sentido a la labor, eso es un proyecto de comunicación, que es lo que necesita la gente.

—Eso también confirma que no todo en la biblioteca tiene que ver con el libro —dice Memo.

—En la biblioteca también se da eso de cómo nos leemos como seres —comenta Gladys.

—Las bibliotecas son lugares para generar conocimiento y eso no necesariamente tiene que estar mediado por la lectura —continúa Memo.

—La manera de darles alma a los libros es ponerlos en un proyecto de comunicación como el que ustedes están haciendo en Tejelo, por ejemplo. Y la biblioteca, en esencia, es un proyecto educativo —sigue Luis Bernardo.

—La biblioteca popular abre esas posibilidades de construir ciudadanía y de generar nuevas relaciones entre la municipalidad y el trabajo comunitario del bibliotecario —concluye Memo.

Las bibliotecas populares han servido, sirven y servirán para lo que uno se imagina que existen: consultar, leer, investigar; pero la labor de estos espacios supera la imagen de reposada atmósfera añejada por el olor a libro de viejo. La biblioteca popular también se trasmuta, dócil y abnegada a lo que el barrio exige. Dispuesta incluso a cambiar de aspecto, a que corran sus sillas y mesas para volverse salón comunal, de exhibición artística, de baile o de espacio para el deporte. Es, definitivamente, como bien lo describió María Isabel, “un espacio calmado para mente agitadas”.





eventos dulces
para niños hispanohablantes

SE RESFRIARON LOS CAROS
EACH OTHERS MEL

¿MI...
¿TAN EL MAR?

Los escritores tienen la palabra

19 de mayo de 2018

Carlos E. Restrepo

Conversan:

Marcela Velásquez
Guiral, Cristian Romero y
Juan David Pascuales

Modera: Guillermo Cardona

pág.

80

Todo escritor ha encontrado en la palabra un vuelo, que tendrá un destino a veces desconocido, a veces certero, y un aterrizaje que suele no estar bajo su control. Luego aparecerán nuevas palabras para el inicio de otro vuelo. “La mente es como un paracaídas que hay que abrir para que funcione”, dice Guillermo Cardona, Memo, antes de presentar a los invitados del quinto Seminario Abierto del Observatorio, celebrado en la carpa Aurita López durante la décimo segunda Feria Popular Días del Libro en el barrio Carlos E. Restrepo.

Es el segundo día de esta feria popular que se instala en un barrio apaciguado, lleno de árboles grandes y prolijos antejardines, un barrio que durante dos días se vuelve bullicioso y alborotado por los cientos de asistentes que vienen a participar de charlas, seminarios y talleres, o a ojear la variedad de libros que ofrecen los libreros y las editoriales independientes.

No es del todo pretencioso afirmar que se le hace honor al nombre del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad: En Medellín tenemos la palabra. Según la Encuesta Nacional de Lectura y Escritura del 2017, realizada por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), esta es la ciudad que más libros lee, con un promedio de 6.8 por año, mientras el nacional es de 5.4. Hace apenas 10 años, en Colombia se leía 1.8 libros por habitante, y por esa misma época, este encuentro de ciudad empezaba a tomar fuerza.

Medellín ha hecho algo importante: acercar a los autores a la gente. Los lleva a los barrios, los invita a las escuelas, los cita en parques públicos, los baja del podio imaginario y los muestra como lo que son: personas tan vulnerables como quienes los leen. Son, ade-

más, lectores con preguntas existenciales que a veces buscan responderse por medio de historias, poemas, crónicas, o cuando van al cine, escuchan música o se fijan intensamente en alguna obra de arte.



Los invitados del quinto Seminario Abierto del Observatorio son tres escritores jóvenes, menores de 40. Prefieren los tenis, las pintas descomplicadas, la TV por internet y el café sin azúcar. Hicieron de la palabra el accionar que abre el paracaídas de ese vuelo, a veces sereno, a veces agitado. Desplegarlo, agrega Memo para iniciar, “también es aceptar que estamos en una sociedad del conocimiento donde la información fluye de diferentes formas y a través de muchísimos formatos. Es abrir los ojos, ponerse las pilas y encontrar en las palabras muchas maneras de vivir mejor”.

Las becas les han permitido retirarse por un periodo de tiempo para dedicarse exclusivamente a la creación. Coinciden en decir que ojalá fueran de por vida. Sin embargo son realistas, y saben que llega el momento en el que deben equilibrar la consagrada y silenciosa vida de la escritura con las labores cotidianas. Los tres tienen otra cosa en común: no compiten entre sí. Memo lo sabe y es por eso que dice: “Los escritores, básicamente, competimos con nosotros mismos”.

Los tres han aprovechado diferentes certámenes para producir y dar a conocer su obra. Cristian Romero —rostro amplio y apacible, infaltable sombrero oscuro— fue ganador de la Beca de Creación en la categoría Cuento. En el 2017 fue elegido como uno de los mejores escritores menores de 39 años de Latinoamérica por Bogotá³⁹. Marcela —ojos grandes, oscuros

y brillantes, gestos suaves, el cabello largo y negro— fue ganadora de la Beca de Creación en Literatura y del premio El Barco de Vapor. Y Juan David Pascuales —histriónico y agudo, ojos pequeños, castaños— fue ganador en 2008 de la Beca de Creación en Dramaturgia y en el 2017 de la Beca de Creación en Cuento Autor con Trayectoria.

—Cuenten, rajen si es necesario —les dice Memo repasando en sus miradas, mostrándoles una sonrisa cómplice—. ¿Para qué les ha servido a ustedes esa experiencia de los concursos y los premios?

Antes de dedicarse de lleno a la escritura, Pascuales se dio a conocer en la escena artística local como un cuentero mordaz, crítico. Dice, a modo de saludo, que nadie conscientemente elige un camino si supiera que este está sembrado de fracasos.

—Gracias a esos concursos muchos artistas han sacado del pozo oscuro sus creaciones, dándoles el valor de exponerlas al mundo y de recibir un pago por ellas.

Se puede vivir dignamente de esa vocación, afirma. Los artistas no necesariamente mueren de hambre por el hecho de ser artistas, como creen muchos, especialmente los padres. Los premios son un apoyo crucial. Además de darle confianza al creador, dan la tranquilidad de dedicarse a aquello que los convoca en la vida sin tener que sufrir por la gran cuestión de la subsistencia. Y también significan credibilidad, empezando por los círculos más íntimos: la familia, la pareja, los amigos. Así le sucedió a Juan David Pascuales cuando terminó de escribir *Cuentos dulces para niñas hipoglucémicas*.

Antes de que ese libro ganara el Premio Nacional de Dramaturgia, Pascuales lo mandó a sus amigos diciéndoles: “Ey, parceros, miren qué felicidad, miren lo que escribí”. A cambio recibió silencio y una que otra palmadita en la espalda.

—¡Nadie lo leyó hasta que me dieron el puto premio! Ninguno de mis amigos. Y después del premio: Ay, sí, ya lo estoy leyendo. Y yo: ¿Ah, no? Gracias, maricón por la confianza, por creer en los amigos —cuenta y el público se desgaja en carcajadas—. Uno con tres becas encima y la mamá todavía: ¿Pero por qué no vuelve a Derecho? —más risas.

Ganarse premios y concursos los hace sospechosos, comenta Cristian Romero. Haber recibido ese reconocimiento de Bogotá39 con su primer libro levantó muchas suspicacias entre los críticos. Comentaron que en esa lista de escritores jóvenes no debería estar este o aquel. Dijeron muchas cosas que llegaron a abrumarlo e incluso a hacerle creer que ahí, de verdad, no cabía él.

A pesar de la polémica, Bogotá39 fue un feliz accidente. También les sucedió a otros escritores con su primer libro publicado: a Eduardo Plaza de Chile y a Luciana Souza de Argentina. Eso le dio tranquilidad. La crítica está bien, comenta, aunque no niega que le incomodó por una razón: suelen ser bastante subjetivas.

—No he leído al primer crítico que se siente a leer a los 39 autores y diga: “Estos son los 39. Este está hablando mierda, este está bueno, esta chica escribe bien, este chico no”. No he visto la primera crítica que haga eso.

Dice que de todo ese revuelo hubo un aprendizaje, la necesidad de alejarse de esas cosas, de no volver a pensar en qué está pasando con sus libros.

—Para mi salud mental y para poderme sentar a escribir tranquilo otras cosas.

A Marcela Velásquez, en cambio, le encantan los premios, especialmente aquellos que aseguren la publicación. Ella escribe para que la lean. Los premios, con sus fechas límites, la retan a terminar obras que guarda en archivos digitales y en cuadernos. La primera vez que se postuló a una beca no tenía expectativa, estaba convencida de que terminaban en manos de unos pocos privilegiados de los “favores políticos”. Ella ganó, a pesar de lo que pensaba, y entonces recuperó la confianza en las convocatorias públicas. Ahora tiene otros motivos para buscar estos premios: medirle el aceite a su obra.

—Por eso sigo presentándome a becas y a concursos, me gusta retarme y generarme disciplina. Yo tengo que estar escribiendo constantemente.

De esa fervorosa entrega a la escritura salió su primer libro como autora, *Mira lo que trajo el mar*, Beca de Creación en Literatura Infantil y Juvenil. El escritor y poeta Elkin Obregón le dedicó la columna Caído del zarzo, que escribe para el periódico *Univer-so Centro*. Memo se la lee al público.

—Para mí fue toda una sorpresa porque a él, hace años, no le gusta nada —agrega Memo.

[...] por todas esas páginas pasan la piedad, el sano humor, y una poesía servida a cuentagotas, para que

no se note demasiado. Un librito precioso, sabiamente escrito, sabiamente contado; y, además, bellamente ilustrado (por un tal Gusti, un chico catalán que, con seguridad, ha caminado más de una vez por pueblos caribeños. La edición, de Frailejón editores, es impecable). Es uno de esos libros que, una vez leídos, siguen creciendo dentro de uno; no pasa muchas veces; no pudo la autora haber elegido un mejor título.

Poco tiempo después, Marcela publicó *Se resfriaron los sapos*, libro con el que ganó el premio nacional El Barco de Vapor. “Triste, golpeador”, así lo define Memo y recomienda leerlo con una caja de pañuelos al lado. El libro está inspirado en Yolombó, pueblo donde nació y vivió Marcela hasta los 16 años, cuando llegó a vivir a Medellín junto con su familia, desplazada por la violencia.

—Decir que tus libros son literatura juvenil me parece que es coartarlos, porque es literatura y de la buena. De manera que qué es eso de literatura juvenil, eso con qué se come, cómo se distingue —le pregunta Memo.

—La literatura ha creado muchas discusiones. Incluso muchos amigos me preguntan: ¿cuándo vas a dejar de escribir para niños? Y yo me digo: ¿qué estoy haciendo mal?, si el reto es saber cómo contarlo. Creo que la literatura catalogada como infantil es más universal que todas, porque la leen los niños y la leemos los adultos.

No se ha librado de ese tipo de juicios ni de los mismos promotores de lectura, algunos le han dicho que lo que ella hace no puede ser literatura para niños, pues en sus historias hay dolor, hay tristeza.

—¿Cómo así?, ¿para niños solo hay historias dulces con finales felices? Es como si la gran mayoría de cuentos clásicos no hubieran salido de historias casi aterradoras.

Cuentos que solo el tiempo ha ido dulcificando en versiones ya lejanas a las originales por industrias como Disney. En *Se resfriaron los sapos*, su segundo libro, Marcela cuenta la historia de unos mineros que quedan sepultados en una mina. Una narración llena de angustia que luego de publicada ha generado conversaciones con padres de familia, profesores y colegas acerca de esas preguntas tan relativas que ella no deja de hacerse: ¿Qué es literatura para niños? ¿Es donde solamente hay protagonistas niños? ¿Donde solo hay historias para niños?

—Yo también creo, como Obregón, que *Mira lo que trajo el mar* es más una novela a partir de pequeños relatos. Lo interesante es que no sucede en la ciudad. Se cree que la literatura contemporánea está casi determinada por el ambiente ciudadano. En este caso no. ¿Por qué esa elección de Miratt, el pueblito imaginario de *Mira lo que trajo el mar*? —le pregunta Memo.

—*Mira lo que trajo el mar* son unos relatos enmarcados en un pueblo imaginario que construí a partir de varias visitas al mar, cuando empecé a visitar escuelas de barrios muy pobres. Me llamaban mucho la atención estos pueblos. Para uno en vacaciones estos pueblos son deliciosos, ir a un lugar con mucho calor, si no hay agua no importa, uno está de paseo, pero la situación para los que viven ahí es otra cosa. La mayoría de los pueblos costeros sufren mucho. Y el título incluso se lo escuché a unas señoras en un restaurante que estaban hablando de unos pescado-

res que habían naufragado y terminaron con la frase: “Mira lo que trajo el mar”. Para ellos el mar es Dios, les da y les quita todo, es el ser supremo. Y ahí empecé a crear esas historias dulces y amargas que los niños también viven.



“[...] A las ciudades derruidas y desoladas se suman viejas casonas góticas, vagones de metro, oscuros bosques cercanos, refugios psiquiátricos, esquinas perdidas, atmósferas y ambientes ambiguos en su indefinición, siniestros en su cercanía. Una irrealidad que invade y se toma los ámbitos de la vida familiar y personal, lo que allí existe de claro y cierto. Quizás de verdadero [...]”, escribió Elkin Restrepo para el prólogo de *Ahora solo queda la ciudad*. Restrepo, poeta y director de la *Revista Universidad de Antioquia*, es, como Obregón, un viejo zorro de la literatura, un personaje difícil de complacer.

Ese primer libro de Cristian, cuentos lóbregos y descarnados, son indudablemente bien logrados, comenta Memo. Luego de esa publicación, que va por la segunda edición con la editorial Hilo de Plata, Cristian escribió su primera novela, *Después de la ira*, sobre la que Edmundo Paz Soldán comentó: “[...] una novela sorprendente, que mezcla con naturalidad el clásico realismo de denuncia con la ficción especulativa, para mostrarnos que el futuro ya ha llegado y es más inquietante de lo que creíamos”.

Lo de este autor es la literatura sombría, por eso en su primera novela narra una no-ciudad y un pueblo atrapado en las fauces de la agroindustria multinacional.

—¿Cómo es eso de combinar ficción con algo tan cercano como patentes, semillas, cultivos genéticamente transformados, transgénicos? ¿Cómo es juntar literatura con estos temas y de paso meterles una buena dosis de ciencia ficción?

—Por eso yo creo que todavía soy más sospechoso, por meterme con esos géneros. El libro de cuentos, por ejemplo, si bien se mueve entre la ciencia ficción y la fantasía, y el escenario es la ciudad, realmente era la mirada de un pueblerino.

Nació en Valdivia, Antioquia, pero creció en Mariquita, Tolima. También vivió en Caldas y Chiquinquirá, hasta que se instaló en Medellín para estudiar Comunicación Audiovisual y Multimedial. Le vendieron la idea de la ciudad como futuro, pero lo que él encontró fueron sombras. El documental *9.70* detonó la historia de su primera novela, basada en el tema de la tenencia de semillas. Empezó a leer sobre los cultivos transgénicos, sumergiéndose en archivos históricos donde descubrió que en Colombia ese tema no era nuevo. La cuestión era más compleja.

—Yo quería hablar desde lo rural, pero preguntándome por el futuro presente o un futuro muy inmediato.

—Sí, es una versión desolada, pero a la vez cierta. Dicen por ahí que el pesimista es un optimista bien informado —comenta Memo—. ¿Cuál es la posibilidad de generar resistencia a través de la literatura?

—Pienso que un escritor sí tiene que tener un compromiso político. Pero no solo por ser escritor, sino como ciudadano. Eso se refleja en la obra. A mí

lo que realmente me interesa es que me sacuda y me permita asomarme al abismo. El arte debe generar esa inquietud. Que vos contaminés a los lectores con tus mismas preguntas me parece un logro grandísimo. Los artistas deben incomodar.

El arte para incomodar. Algo que Juan David Pascuales conoce muy bien, al menos lo ha logrado con sus títulos sugestivos: *Manual de zoofilia para el obrero troskista*, *Cuentos dulces para niñas hipoglicémicas* y *Versos autistas para pingüinos flautistas*. Juan David también hace *stand-up comedy*, le encanta impostar su voz y le cuesta quedarse quieto.

Ha escrito muchos cuentos pensando en la estructura del *stand-up comedy*, un género que surgió en Estados Unidos con un fuerte compromiso de libertad de expresión, parte del movimiento de la contracultura. Pascuales narra para romper, para incomodar. Sus palabras son dardos contra los discursos fofos.

—¿Y esos títulos de dónde salen? —le pregunta Memo.

—Gracias a la droga que he consumido desde hace muchos años —dice con desparpajo, sin ocultar algo de vanidad por decirlo en un escenario público—. Por allá en una honguiza tuve una revelación con un juego de palabras. Entonces estos títulos vienen mucho desde la psicodelia.

Una vez el psicotrópico hizo efecto empezó a escuchar un caudal de palabras que llegó a confundirlo hasta el punto de no entender su origen. Era la locura de su otro yo, comenta, de la que salieron fragmentos como:

“Es la maravilla que alcanzamos a mirar aún más maravillosa gracias a nuestra mirada, que si humilde se rinde a su encanto logrará descifrarla y de su código exacto traducirlo en poema”.

A leer *Versos autistas* Memo se sintió familiarizado con los personajes, viviendo con ellos situaciones incómodas y ponzoñosas. De ahí que escribiera: “[...] Todo un atrevimiento, una mirada cruda, que no deja de ser mordaz ni cuando se permite algo de optimismo. Un texto del que pueden desprenderse muchas lecturas: la del bufón o la del filósofo, la del maleable o el maleante, pero que toca asuntos muy sensibles en épocas de posverdades y *fake news*”.

—Es definitivamente una literatura incómoda —comenta Memo.

—El humor ayuda mucho —agrega Pascuales.

Su estrategia, confiesa, es hacerse el gracioso para ir tirando, como en el *stand-up*, unas verdades de peso.

—Es el arte como trinchera, ¿no? —puntúa Memo— Como hablamos con Cristian, es el arte como resistencia. Es decir, nunca se habla de felación o sexo oral, sino de una mamada. Todo está lleno de ese tipo de provocaciones, desde el lenguaje, desde lo político y lo humano. Uno en ese libro queda como descompensado, la verdad.

Es un torrente angustioso, provocador e irónico, la risa con las escenas más sórdidas son también su catarsis para burlar su origen marcial, su relación con la autoridad, los fantasmas de la guerra, las muertes que tanto le duelen, las injusticias que lo acoquinan.



¿Qué es eso de ser escritor? ¿Será, acaso, que ser escritor significa que a alguien le paguen por escribir o es escritor el que publica libros o el que todo el día, sin importar lo uno o lo otro, llena hojas y hojas con palabras?

—¿En qué consiste esa magia, esa desgracia o esa maravilla? —les pregunta Memo a los tres.

A Marcela la palabra la pone incómoda. Lo cierto es que, aunque no se ponga ese título, se la pasa escribiendo y buscando nuevas historias. En las clases con sus estudiantes, en el bus, en la fila de los supermercados, en el banco, en los restaurantes, en la cama. Ella se hace antena, escucha sigilosa lo que la gente dice, y de esos barullos saca inspiración para muchas historias que aguardan pacientemente el momento en el que las escriba. Marcela, empero, prefiere decir que es profesora cuando la gente le pregunta a qué se dedica.

Sí, es una palabra tremendamente intimidante, piensa Cristian. Constantemente se pregunta qué es ser escritor, por qué alguien decide dedicarse a la escritura y quién valida aquello. Para él la escritura es un apuro porque escribir significa arriesgar la estabilidad emocional.

—Querer escribir es estar dispuesto a hacer un montón de sacrificios, y en ese proceso en el que la escritura es un asunto de incomodar es también estar dispuesto a incomodarse a uno mismo —dice.

—El arte es como una cuerda floja tendida sobre el abismo del ridículo —comenta Memo.

Pascuales se respondió esa pregunta en el poemario que diseñó como una especie de *kamishibai*, ilustrado por él mismo, cuando pasaba por una dura situación económica y familiar. En uno de los poemas, “Liridelbli” (viviendo el sueño de ser escritor), escribió:

No quieres entretener al burgués ni dar esperanza al oprimido, pero tienes hambre y tus poemas no la sacian / En la sombra has sembrado y esto has recogido / versos marchitos te han marcado / el campesino te dará vino, arroz y tabaco a cambio de tus cantos sombríos / Él conoce los secretos de la sombra / A través de ellos cabalga de éxodo en éxodo amamantando huérfanos y velando ancestros masacrados / Poeta la tierra es sombra amasada con sangre / Allí germina tu alimento.

Algunos escritores parecen vivir más en el mundo de sus historias que en “la realidad”, pues en la creación encuentran el universo de lo siempre posible. De ahí que la vida real se torne todavía más relativa de lo que ya informó Einstein.

—¿Cómo es ese convivir con la historia mientras se trabaja, se pule, se llega al final? ¿Cómo se acercan a ella? ¿Cuáles son los rituales que tienen para permanecer en la historia? —pregunta Memo.

—Yo siempre escribo a mano. Siempre cargo en la mochila un cuaderno para tomar notas porque mientras estoy en el bus, en un receso en la universidad, se me vienen cosas a la cabeza: algo para un personaje, un diálogo —responde Marcela.

Ella suele meterse a fondo, al punto de vivir las emociones de los personajes que inventa. Se hace dueña del dolor que narra, escribir la sume en una introspección y ella se rompe en la risa o en las lágrimas. En ocasiones, incluso, le ha tocado hacer pausas, creyéndose incapaz de seguir narrando, para aplazar el momento en el que los personajes viven experiencias desgarradoras.

Algo similar vive Cristian en su obsesión por recrear el mundo verosímil. Él persiste en un solo proyecto literario por mucho tiempo. Cuando escribe, crea un universo y se instala en su atmósfera a tal punto que se dispersa de las reuniones de trabajo, se aísla de los encuentros con amigos, se le enfría la comida. Su mente está en sus historias, en ese universo ficcional que alimenta cada noche, cuando llega a su casa a escribir.

—Sí, me gusta eso, saturarme. Cuando me siento a escribir ya tengo muy madurada la idea, pero también me gusta que haya cierto margen de improvisación o de caos en la escritura, cuando ya empiezo a descubrir cosas, a veces eso termina cambiando completamente lo que ya tenía planeado o pensado.

—El tuyo sí debe ser un método bien anárquico —comenta Memo dirigiéndose a Juan David.

—Al contrario, soy muy metódico. Realmente en cada uno de los textos que he escrito, puedo detectar qué taller me motivó a escribirlo. En estos días tuve que escribir un repaso de todos mis maestros de escritura y dramaturgia, y cada uno de ellos aportó algo en los textos que tengo. ¿Qué hago yo? Estar en búsqueda, gracias al teatro, de nuevos procedimientos crea-

tivos. Es decir, no solo nuevas historias, sino nuevas formas de expresar esas historias.

Pascuales hace sus propias agendas. Les diseña carátulas a manera de collages con imágenes que recorta en las revistas. En ellas consigna lo que se le ocurra: fragmentos de historias, poemas, frases, ideas para futuras obras. Pero no tiene fórmulas. Cuando encuentra alguna, la usa y luego la desecha, especialmente desde que Ana María Vallejo, jurado del certamen de Becas a la Creación, le dijo: “No conviertas los hallazgos en fórmulas”.

Cada uno de los tres escritores invitados ha hecho de la literatura la forma tangible de expresar su mirada sobre el mundo. Sus historias develan cómo se ven a sí mismos, la palabra los hace susceptibles. Narrando concretan lo que en sus días cotidianos parece un caudal de pensamientos etéreos.

Al público Memo le recomienda los libros que los invitados han escrito. Hace frío y llueve, la noche se devora las últimas luces de la tarde. La carpa sigue llena y nadie parece tener intención de irse. Antes de que este seminario termine, Memo les pregunta lo que siempre quiere saber todo lector.

—¿Cuáles son sus autores preferidos y los libros que no dudarían en recomendar?

Aparte de libros, Pascuales es un consumidor de series y películas, como *Homeland*. Recomienda los escritores que han estudiado el teatro desde un punto de vista académico. *Teatro posdramático* de Lehmann, el teatro rapsódico de Sarrazac, y los libros sobre técnica de guion cinematográfico de Robert McKee. Le gustan,

además, esos autores desbordados que han roto los esquemas de los géneros narrativos.

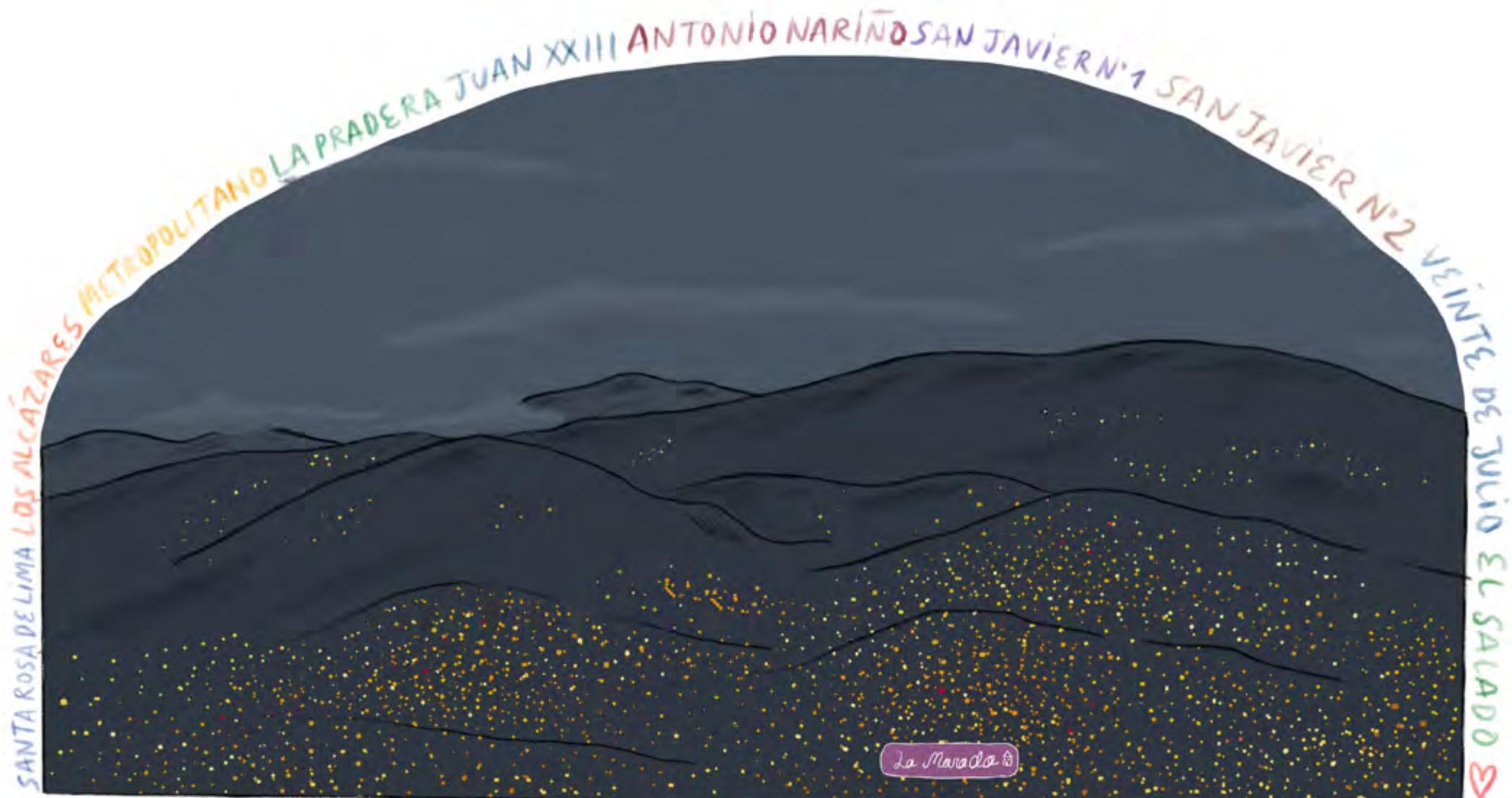
Cristian primero menciona a su autor de cabecera, Philip K. Dick. También pone en su lista de favoritos al inglés China Miéville. Series, le gusta *El cuento de la criada*, basada en la novela con el mismo nombre de la autora Margaret Atwood. También menciona a René Rebetez, un escritor colombiano más bien olvidado que hizo casi toda su carrera en México, cuya obra está permeada por el budismo zen. También la novela *Temporada de huracanes*, de la mexicana Fernanda Melchor.

Marcela, en cambio, cuenta que lo que ella lee y recomienda varía mucho de acuerdo con el proyecto literario en el que esté trabajando. Si es literatura infantil, lee a autores colombianos como Yolanda Reyes, Irene Vasco y Jairo Buitrago. Si está haciendo crónica, lee a Patricia Nieto, Juan Villoro, Alberto Salcedo Ramos. Este año, comenta, ha estudiado más la literatura colombiana, “porque casi siempre leemos otros autores, pero no reconocemos a los propios”. Menciona a Triunfo Arciniegas, a Evelio José Rosero y a Piedad Bonnett, pero también le encantan los autores argentinos, por el humor e ironía que suele encontrar en sus historias, como Silvia Schujer, Ricardo Mariño y María Elena Walsh.

Al final de este seminario, cuando bajen del pequeño escenario, algunas personas en el público irán tras cada autor, harán pacientemente una fila improvisada para preguntarles algo que quedó en el aire, para comentarles tal cosa o pedirles que firmen sus libros. Ellos los atenderán solícitos, mostrando esa otra parte que sucede detrás de las historias publica-

das, el diálogo continuo que abren los libros entre los autores y los lectores. Es ahí donde un escritor se hace cercano, más vulnerable, más susceptible. Es ahí, en ese encuentro fugaz, cuando se materializa el sentido de este tipo de espacios de ciudad: disolver la imagen de la lectura imposible, acartonada, pesada; desmitificar la reiterada figura del escritor huraño, lacónico y silencioso, del ser mitológico e inalcanzable metido en un aura infranqueable. Ahí, lector y escritor, frente a frente, urden las puntadas finas en las que, palabra a palabra, zurcimos nuestra memoria.





SANTA ROSA DE LIMA LOS ALCÁZARES METROPOLITANO LA PRADERA JUAN XXIII ANTONIO NARIÑO SAN JAVIER N°1 SAN JAVIER N°2 VEINTE DE JULIO EL SALVADO

La Maravilla

COMUNA 13 - SAN JAVIER / MEDELLÍN RESISTENCIA CIVIL ESPERANZA VIDA EL PESEBRE BLANQUIZAL
 NUEVOS CONQUISTADORES LAS INDEPENDENCIAS EL CORAZÓN BETANIA BELENCITO LA DIVISA EL SOCORRO
 EDUARDO SANTOS

Palabras que se pintan, se cantan y se escriben

14 de junio

Casa Morada

Conversan:

Julián Sánchez, Mike y
Jheison Ríos

Modera:
Valentina Bustamante

pág. **100**

En 0.44 segundos, escribir *comuna 13 medellín* arroja más de un millón de resultados en Google. Al quedarse un rato con el cursor en el buscador, aparecen abajo, en lista, otras palabras: violencia, historia, barrios, noticias, tour, mapa, cómo llegar. Y más abajo, las primeras páginas de medios de comunicación que registran las muertes de la larga y agotadora guerra, con más de tres décadas, que se libra entre bandas y grupos ilegales por el control del territorio.

Guerra que ha sido especialmente incisiva en estos barrios que a lo lejos parecen un tejido de crochet de distintos hilos de colores vibrantes, muchos nudos y reverses. Barrios que se formaron de manera espontánea y sin planeación desde mediados del siglo xx, con familias desplazadas por las distintas épocas de la violencia en el campo y en la ciudad. La comuna se extiende sobre empinadas y escarpadas laderas, atravesadas por decenas de quebradas, cuya madre, que cruza en medio de estas barriadas, es La Iguaná.

Cerca de esa cuenca, que desemboca en el río Medellín, pasa la línea B del Metro. La última estación es San Javier, el nombre de la comuna. De allí sale el Metrocable y las rutas de buses que transportan a los más de 150 mil habitantes de la zona. A menos de cinco minutos caminando, y en medio de un tranquilo barrio, hay una casa que sobresale del resto: la Casa Morada. En su fachada de dos pisos altos hay pintados, en un fondo de tonos morado y lila, siluetas de dibujos alegóricos a la naturaleza. En el antejardín hay plantas rozagantes y jóvenes arbustos de guadua y plátano. De las ventanas cuelga un jardín vertical, los materos son viejas botellas plásticas en las que sembraron anís, yerbabuena, albahaca, sahumerio.

Ese espacio es un proyecto de la Fundación Casa de la Estrategias, donde además convergen diferentes proyectos aliados de otras organizaciones (No copio, Generación Paz, Editores de Ciudad, Agro Arte, Spiral Creativa, Ciudad Frecuencia y la Biblioteca Comunitaria Sueños de Papel). Es una casa que atrae a jóvenes, forasteros, turistas, trabajadores sociales y periodistas a los que Lucas Jaramillo, líder del lugar, les explica que ese es un lugar para la creación: “Desde la libertad del hacer queremos sentar una posición crítica hacia una ciudad que despierta amores y odios”.

Esta casa *sui generis*, la Casa Morada o la Morada, así simplemente, es un espacio comfortable. En la sala hay dos estantes con libros, un piano de cola, un viejo mueble donde hay chicos recostados, un poco más de una docena de sillas donde otros chicos permanecen atentos a la charla. Atrás, cerca de los baños y de la cocina, está el cuarto donde funciona una emisora; arriba, oficinas, terraza, y en medio de todo aquello, pegado de la sala, un patio a cielo abierto con paredes pintadas de grafitis de colores encendidos.

De allí llega un olor a plantas aromáticas que sacude el viento frío de un jueves de junio. En esta casa siempre hay barullo de voces jóvenes, ecos de música urbana, aerosoles, agua caliente para el café, tierra fresca y fértil para sembrar plantas.

Si uno navega un rato más en internet, y pasa las primeras páginas de Google, descubre que, con las palabras *comuna 13 medellín* también hay otros resultados: resistencia civil, asociaciones de mujeres, organizaciones de víctimas, casas de la cultura, bibliotecas, arte urbano, hip hop, huertas caseras, baile, música, teatro, jóvenes, niños, madres cabeza de familia.

Luego de cruzar la entrada principal, encima del dintel está escrito: “El amor es la noción más clara y verdadera de la realidad del ser humano”, Julián Sánchez, morador. El autor de esa frase es un muchacho de 19 años, barba tupida, cejas espejas. Un poco serio, de hablar pausado. Está sentado en la sala, junto a los otros dos invitados del quinto Seminario Abierto del Observatorio, contándole al grupo de jóvenes que ha venido a escuchar la charla, que él estudia Historia y le gusta leer, escribir y montar bici. Acá en la Morada él participa y lidera Narrativas. Es un proyecto literario que nació de una búsqueda por compartir los saberes y los textos que los chicos escriben, “un espacio donde también se recomiendan autores y a veces se invitan a los escritores para que conversemos”.



El seminario de hoy, les cuenta Valentina Bustamante, comunicadora de la Biblioteca Pública Piloto, está dedicado a las palabras que se cantan, se bailan, se pintan y se escriben. De eso hablará con Julián Sánchez, Mike y Jheison Ríos. Tres moradores, como les dicen a los visitantes asiduos de esta casa, que integran el colectivo que día a día se piensa nuevas ideas para el hacer, en medio de un territorio con una historia compleja, como una respuesta amorosa hecha palabra, pintura, canto, danza.

Mike tiene 19 años. Ha vivido en la comuna 13 desde que nació. Es grafitero, estudia Diseño Gráfico y es guía del *grafitour*, un recorrido turístico, estético, histórico y político. Lleva el cabello corto, peinado con gomina, la piel suave y sin barba, la ropa holgada. Hace un tiempo participa en los procesos culturales de la Casa Kolacho, centro cultural de hip hop, cuyo nom-

bre es en honor a Héctor Pacheco “Kolacho”, un gestor comunitario que promovía la música como una opción para que los jóvenes expresaran sus emociones. Fue asesinado en 2009 en pleno conflicto armado urbano.

El último en presentarse es Jheison Ríos, un rapero de 20 años, ojos almendrados, que también hace parte de los procesos culturales de ambas casas. Señala los textos que están plasmados en las paredes, uno de ellos, el suyo, dice: “Uno es aquello que no puede dejar de ser”. En esas palabras está el manifiesto de lo que son ellos como moradores.

—Chicos, ¿qué hay en esta tierra que la hizo fértil para el hip hop? ¿Por qué empezó este movimiento en este lugar? —les pregunta Valentina.

—Alrededor de la violencia han surgido historias muy importantes en el mundo. Antes de la violencia no había tantos grupos de rap en la comuna. Creo que estaban Arcana, Kronos, José Arca, Atómicos, y después surgieron C15, Élite, Censura Maestra... De la violencia se desprenden las historias: ellos vivieron algo de primera mano, lo sintieron, les causó escozor, y eso fue muy importante para pasarlo a las letras. Yo creo que en el rap de acá son muy importantes las historias de los callejones, las historias de los ladrillos, detrás de los vidrios rotos —responde Jheison.

—De música no conozco mucho —confiesa Mike—, pero sí del grafiti que se daba en el momento en el que empieza la guerra. El grafiti llega más o menos en el 96, con Split y Julio, los primeros grafiteros que pintaron en la comuna. Ellos pintaban algo que era muy americano; como venían de estar en Estados Unidos, pintaban cosas con un estilo muy neoyorquino.

Muchos grafitis de los que abundan en las calles de estos barrios surgieron motivados por ese estilo, pero cada vez son más los que se distinguen por un estilo más personal. Casi a diario, luego de las clases en la universidad, Mike recorre las calles de la 13 para contarles a grupos de turistas las historias que hay detrás de esos murales. “Representan lo que somos y lo que vivimos”, les explica. Entre esos murales especiales hay uno que retrata el origen indígena latinoamericano. Ahí hacen pausas largas para tomarse *selfies*.

—Julián, ¿y cómo has visto vos el proceso de la 13? —pregunta Valentina mirándolo, muy atenta.

—En mi caso ha sido acercarme a la escritura como una retroalimentación de lo que se vive acá. El entorno es lo que más lo marca a uno para mostrar lo que se está viviendo, lo que ha sufrido y lo que le ha tocado ver. Yo creo que eso es lo que nos ha inspirado a muchos. Siento que esta generación de pelados que viene con nosotros, a los que les ha gustado escribir poesía, cuento...

—Los aburridos... —sugiere alguien del público entre dientes, pero Julián, que alcanza a escuchar, le responde:

—Sí, los más aburridos del paseo, los de la última silla. Los que nos hemos preocupado más por tomar conciencia y sentido de pertenencia por la comuna. Y eso se ha enmarcado en un renacer cultural que se ve en muchos pelados que quieren escribir, que quieren meterse en el mundo del rap, del grafiti...

—¿Cómo empezaste vos a cantar? —le pregunta ahora a Jheison.

Cuando era muy niño, a Jheison su tío le regaló un casete de Nach, una legendaria banda estadounidense de ese género. Esa música, que escuchaba a diario, lo motivó a crear sus propias letras. Las tardes después del colegio olvidaba un poco las tareas para intentar rimar. Lo hizo por mucho rato hasta que se atrevió a escribirlas. La primera canción se la compuso a su mamá como regalo del día de la madre. La mamá lloró y esas lágrimas fueron la señal del intenso efecto que podía provocar en los otros con su música.

—El resto ha sido práctica y un trabajo de *friquis*, de nerd, de sentarse a escribir y de ver las letras. También fue una necesidad de contar lo que veía. Porque yo era el menor de mis amigos, al que no dejaban salir, y ellos me contaban las historias de las fiestas. Yo era como el periodista que recogía esas historias y las llevaba al papel.

—Mike, ¿y vos? ¿Por qué empezaste a contar a través de colores y de pintura?

—Desde que tenía siete años quise pintar cosas similares a las que veía en los muros de la comuna. Fue la época en la que empezó la escuela de hip hop. Un amigo me dijo que fuéramos. A mí me gustaba ver los rayones en las calles, había intentado hacer algo similar pero no se me daba. Entonces, en esas clases entendí que había una filosofía: no era solo pintar, sino que también había un pensamiento crítico, un por qué hacerlo que requería disciplina.

—Y ahí, para añadirle a Mike —comenta Jheison—, creo que eso es lo más importante del hip hop. Roberto Bolaño en 2666 decía que escribir era

como un callejón sin salida, y creo que es eso. Uno llega y lo atrapa. Aprende y ya no hay salvación, te perdiste, amigo.

Te perdiste, dice con ironía, como quien en realidad está enganchado en la aventura de encontrarse en el arte, hallarse a sí mismo pintando, ahondar en los propios pensamientos bailando break dance, expresando, en palabras de Mike, “lo que le oprime o lo que le alegra”. De esa manera también el artista expresa su entorno, la vida cotidiana del barrio. El hip hop para estos chicos es un matrimonio entre distintas expresiones artísticas urbanas que encuentran su escenario en las calles.



—Mike, ¿qué es lo que estamos contando a través de las paredes? —pregunta Valentina.

—El grafiti en todas partes se vive de forma muy diferente. Hace mucho tiempo nos decían que calláramos, que las paredes tenían oídos. Pero hoy en día tenemos que escuchar a las paredes, porque tienen muchas cosas para decirnos.

Hay un grafiti que lo conmociona. Se titula: *Mariscal nunca más*. Está justo al subir las escaleras eléctricas del barrio Las Independencias. Este mural relata la historia de lo que pasó el 21 de mayo de 2003, fecha en la que la comunidad, cansada de los enfrentamientos entre grupos armados, policía y ejército, empezó a sacar los trapitos blancos por las ventanas clamando el cese al fuego, la tranquilidad.

—Yo lo titulo como *El antes y el ahora*. Ese grafiti, además de dejar claro un mensaje, demuestra que no se trata solo de unas letras.

—Julián, para empezar a escribir uno primero tiene que leer, y en el grupo en el que ustedes están hay producciones de textos muy interesantes... ¿Qué están leyendo en la 13? —pregunta Valentina.

—Eso depende, en Narrativas se busca diversidad en los autores, que las lecturas lleven al debate, a las ideas plurales, a las conversaciones bacanas. Esa es la esencia del grupo: que sea un parche. Hemos leído cosas de Mejía Vallejo y Gonzalo Arango, hace poquito trabajamos en un texto de Fernando González sobre las masturba... no, ese es otro [risas], el del porno y el erotismo. Buscamos también temáticas según lo que estemos viviendo en la casa; por ejemplo, que pasó un problema con este chico en la casa, buscamos un texto que pueda traer alguna reflexión. Wendy también nos podría contar de esos textos...

Y Wendy, una chica menuda, el cabello oscuro, los hombros recogidos como si en ellos acogiera su timidez momentánea, dice que la lectura es una apuesta difícil, y por eso debe ser amena. “La lectura debe ser un parche”. Tiene 23 años, es psicóloga, vive al otro lado de la ciudad, en el nororiente, y sin falta, está acá cada semana, liderando junto a Julián el grupo Narrativas, una especie de club de lectura, tertuliadero, semillero de chicos aparentemente tranquilos, pero de mentes agitadas.

—Que no sea una obligación, sino algo con lo que pueda divertirme, que pueda compartir con el otro. Muchas veces no necesitamos ni siquiera un li-

bro, sino una pregunta: eso también es leer. Una pregunta como: ¿el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe? Y lo chévere es el debate, pero el que comprende que todos pensamos diferente.

—Ahora, ¿de qué estamos escribiendo acá? —vuelve a preguntar Valentina.

Simón, uno de los chicos que está en el público, responde contundente: “Narrativas es la respuesta a la pregunta que nadie se hizo, pero es una respuesta fuerte y consistente para llegarle tanto a estos jóvenes como al mundo”. Respuesta que está en los blogs que ellos gestionan o en cuadernos que cargan a donde van. Contenidos que, aunque no llegan a un público masivo, calan en los lectores que los encuentran.

—Los jóvenes no tienen la cabeza llena de arena, son los que más notan el entorno, aunque se hagan los callados o se piensen que son los despistados. Y que son sentimiento puro. Si ustedes leen los blogs de los “moradores”, se darán cuenta de que además de la crítica están los anhelos propios y las locuras del ser —dice Simón.

—Detrás de todo lo que nos están contando, hay unos nombres muy fuertes: Morada, Casa Kolacho. Cuéntennos de esos proyectos que han logrado apalancar todas estas vertientes, las cuales son referentes de nuestra ciudad —comenta Valentina.

—La Escuela de hip hop inspirada en Héctor Pacheco, Kolacho, es muy importante. Él tenía esa habilidad de enseñar además de rimar. Fue vital para la construcción de las bases de las escuelas porque nadie había pensado en ese término. Entonces, sur-

gieron esos espacios en la comuna: en las canchas de basquetbol de los colegios, los pelados se encontraban con otros más experimentados que les enseñaban sus técnicas. Yo llegué a liderar ese proceso en Casa Kola-cho hace seis meses y ha sido muy gratificante eso de sentarse con un niño que no sabe nada de rimas ni de ritmo y hacerle sentir en el cuerpo eso que él quiere ser: rapero.

Es además la experiencia de hacer nuevos amigos, dice, como lo ha hecho con esos pelados y peladas que lo buscan para que él les enseñe. Y él enseña como lo hizo JE, el rapero que fue su maestro. El que se sentó a su lado durante varias tardes y le mostró lo que era un verso alterno, un salteado, un estribillo.

—Después le llevé una letra y me dijo: esto no es rap, esto es una mierda. Me hizo correcciones, me volvió a explicar. Y volví a la otra semana con otra letra y me dijo: esto sí es rap.

—Hay que destacar algo de la escuela —agrega Mike—. A uno no solo le enseñan a hacer música. Le enseñan a vivir de cierta manera, porque estás conociendo y entendiendo vivencias de otras personas y también estás entendiendo tu realidad. De ahí esa frase cliché, que yo también digo: “Que el hip hop me salvó la vida”, porque nos enseña realidades, pero también nos demuestra que podemos construir cosas diferentes.

Es así como el *grafitour*, otra escuela, se ha convertido en una oportunidad laboral para que los jóvenes de la 13 trabajen haciendo lo que les gusta y para que muchas personas, que no tienen mucha idea de la realidad que vive la comuna, conozcan de primera fuente lo que pasa en sus calles. No desde el punto

de vista de los medios de comunicación, acostumbrados a narrar los amarillos matices de la tragedia, sino desde la capacidad resiliente de quienes la habitan.

—Y cuando la gente viene y conoce esta realidad, ven que hay reconstrucción, perdón, memoria, y así es como también conocen la ciudad. Es una forma de decirle tanto al de afuera como al local que esto es lo que somos y lo que construimos como ciudad —dice Julián.

La literatura encontró su lugar en la comuna. Narrativas también tuvo su mentor. Lucas Jaramillo, miembro líder de la Fundación La Casa de las Estrategias, es un apasionado por la escritura, la literatura y la poesía. Fue él, según Julián, quien motivó a ciertos pelados a profundizar en esa búsqueda especial sobre el sentido de la existencia, a ellos, “que andaban como en ese *viaje a pie*”, les habló de Fernando González.

—Y yo creo que esos maestros uno no los encuentra en una institución, sino en la tienda, a la vuelta de la esquina, en un concierto tomando cerveza. Para mí, Morada fue como ese colectivo que me ayudó a buscarme a mí mismo. La idea no es encontrar como un punto de superación, sino ir dirigiendo esa búsqueda.



En esta casa donde el tiempo no sigue las agujas del reloj y la música es un eco permanente, hay por todas partes definiciones. Pero no son, en absoluto, la última palabra. Sin embargo, Valentina tiene algunas preguntas que no dejará escapar antes de cerrar el seminario, preguntas siempre abiertas, que se arman y se desarman como esa oleada de jóvenes que van y

vienen llenando las habitaciones de esta casa, forjándola con el fuego creador de las palabras.

—¿Una canción que defina la comuna 13? —pregunta Valentina.

—Hay una de C15, se llama *Aquí sí hay amor* —le responde Jheison.

A mí me marcó mucho la parte que dice:

Amores que vienen y van / Esperanzas que no morirán... / ¿Fluyen los textos? / Chequea los sueños / Es otra realidad / Siente en mi ambiente / otro ambiente latente / Te invito a que visites esta tierra de Occidente / Puro amor / pura pasión / Camina por mis calles ven conoce mi versión / Un muro con otros colores olores sabores amores soñadores autores / De la felicidad gestores somos nosotros los hacedores de propuestas contra el dolor / Propuestas que te retumban y dicen que aquí sí hay amor... (Para escuchar la canción completa: <https://www.youtube.com/watch?v=tSEcG3iqkAQ>)

—¿Y otros grafitis?

—En el cementerio hay una pintura muy especial que hizo una chica alemana —comenta Julián—. Yo estaba presente cuando ella la estaba terminando. Ella dibujó a un pelado de por la casa que mataron hace cuatro años. Tuve la oportunidad de conectarla con el papá del pelado, un señor que hoy en día está muy solo. Yo traje al señor a que viera el grafiti de ella, a que se sentaran los dos, a que él le contara la historia porque ella la sabía por otra gente, por los parceros; pero sentarla con el papá fue una experiencia muy bonita.

—¿Y un cuento o un fragmento?

—*Medellín a solas contigo*, de Gonzalo Arango —dice Julián.

—A mí el que más me gusta, siendo cliché, es *El Principito* —dice Mike.

—*Salomé* de Fernando González —responde Jheison.

Alguien en el público se levanta, un chico que también es un morador, que los conoce a los tres, un amigo. Los mira y les pregunta:

—¿Y cuál es la historia que no han contado? ¿Cuál es la deuda que tienen con ustedes y con la comuna?

Para Julián las deudas son muchas y aumentan a medida que expande su conocimiento. Se siente responsable de contar historias, pero le pasa que no cree estar en el momento de poder hacerlo porque “Esa historia merece un yo o un alguien de otro momento más definido”, contesta. En el caso de Jheison, él cree que siempre ha escrito para hacerle un homenaje a alguien, por eso siente que su deuda con la comuna es contar la historia de los pelados que no pudieron ser, “que no pudieron lograrse”. Para Mike, su deuda es con esas personas que hicieron que él llegara a Casa Kolacho, que lo motivaron a ser grafitero. Sabe, eso sí, cómo compensarla: “Haciendo por los otros lo que hicieron por uno”.

Cuando este seminario termine, habrá un corto rap improvisado con palabras difíciles que el público le lanzó a Jheison. Los pelados, animados y burleteros,

le celebrarán cada rima, reirán hilarantes y aplaudirán su ingenio. Nadie evaluará si fue bueno o si no tanto. Luego se dispersarán y formarán pequeños parches, al fondo sonarán compases de guitarra acústica, el *beat* de otras rimas. Alguien llegará de la calle con un paquete de empanadas, le recibirán con alegría, y el paquete de papel engrasado rotará entre los grupitos formados en el antejardín de la casa. Compartirán el crujiente mecato de a mordiscos, mientras cuentan historias de lo que hicieron en el día.

Pero antes de todo esto, Francelly Ortega, una chica trigueña, rolliza, el cabello de rulos rojos encendidos, promotora de lectura y gestora cultural, se levantará y les dirá: “Yo quiero darles las gracias. Me siento muy feliz de verlos, creo que les hablo como una tía. Mi familia llegó a la 13 en el 95, yo llegué en el 2001. Yo estudiaba en Barbosa, pero mi familia vivía acá. Entonces era constante llegar y salir, uno no sabía si había balacera. Yo viví muchos años así. Ustedes son como un sueño. A mí me tocaron esos momentos donde sabíamos que era muy difícil salir de casa para participar de procesos como los que suceden acá en Morada, pero sabíamos que era la única manera de seguir y de que hubiera una esperanza. Verlos a ustedes es sentir que valió la pena, cambió la vida de otras personas y de nosotros mismos. Los felicito. Gracias”.

Habrá un silencio asertivo, una mínima pausa, será como el hondo respiro, el paneo al paisaje, la retrospectiva del recorrido. Será la señal que recuerda que solo se hace camino al andar. Que los caminos son ciclos y todo ciclo termina para que otro vuelva a caminar.





Palabras menores de edad

15 de julio de 2018

Unidad Deportiva María
Luisa Calle

Conversan:

Harold Salinas y
Nicolás Chalavazis

Modera:
Guillermo Cardona

pág. **118**

Falta poco para el amanecer, en la cancha de la Unidad Deportiva María Luisa Calle, bajo el geométrico techo del domo, siguen reunidos más de 50 pelados entre los 15 y los 28 años. Ante la mirada sorprendida de los dos profesores de la Universidad Pontificia Bolivariana, los chicos hacen un diccionario en pliegos de papel periódico con palabras y sus definiciones. En la curiosa lista incluyen flamantes vocablos salidos de la era digital, pero hay otros, viejos conocidos, que provienen del léxico común y del parlache, redefinidos por las nuevas generaciones y por el versado lastre de la calle.

El taller fue idea de los dos académicos para concluir el sexto Seminario Abierto del Observatorio: Palabras menores de edad. Se apartaron un rato dejando que los chicos se concentraran en la actividad y no se sintieran presionados visualmente. Pero, desde donde estaban, podían leer algunos de esos términos: nimierdismo, soyado, rayado, paila, stalkear, azaroso, melo, pifiar, ronaldo, güiro, buque, influencer, trabagar, gadejo, plenorragia, chapirotazo, torta, ñoco, churria, filo, chipiar, pack, nospi, nini, farya, visajoso, chambear, bambi...

Los dos académicos no salían del asombro. En vez de estar en sus casas, durmiendo plácidamente, se trasnochaban, completamente sobrios, acompañados de un grupo de muchachos y muchachas tan jóvenes como sus estudiantes universitarios. Les maravillaba saber que a las cuatro de la mañana esos pelados seguían muy despiertos, ojos de búho, interesados y hasta contentos, disfrutando de una reflexión entre ilustrada e informal alrededor del origen y la evolución de las palabras.

Era la primera vez que ambos asistían a una parada juvenil, les contaron que se trataba de la décima versión, una intensa jornada de 16 horas de programación cultural, desde la dos de la tarde del sábado hasta el amanecer del domingo. Harold y Nicolás, que ya rondan por los 40, miraban a su alrededor las otras carpas, donde se desarrollaban más talleres, conversatorios y encuentros creativos; también estaban llenas de jóvenes sin amague de bostezo, cuya única ebriedad bajo ese cielo abierto era la de narrar y narrarse desde la literatura, la moda, la danza, el lenguaje, la escritura y el universo digital.

Los profes de la UPB llegaron a la media noche a la unidad deportiva, bien arropados con saco y chaqueta, los dos de tenis y de jean, nada qué ver con el lugar común del profesor acartonado por la sociedad científica y literaria de la que hacen parte. Para llegar al domo, primero debieron atravesar la marejada de juventud que circulaba de aquí para allá, que se agolpaba en los distintos escenarios: en el ring de boxeo, en la tarima musical, en las carpas del Jardín Lectura Viva, en la feria de editoriales independientes.

Se detuvieron para observar todo aquello, parados en la pista que rodea el escenario deportivo, justo cuando en la pantalla gigante, frente a la zona de camping, empezaron a rodar las primeras escenas de *Rodrigo D.*, esa clásica película ochentera, hito del cine local, que se convirtió en una especie de manifiesto juvenil para una época en la que ellos, Harold y Nicolás, tenían más o menos la edad de esos chicos. Esos que ahora, mientras sonaba el inolvidable tema de punk del principio, salían corriendo de las carpas, las gradas y la pista para plantarse frente a la gran pantalla.

Harold y Nicolás intentaban espantar el desvelo con tinto, pero lo que les quitó el sueño fue ver tanto adolescente alelado con las primeras escenas de esa película de actores naturales, muchachos y muchachas que encantaron a toda una generación, y por lo visto a las venideras, por hablar sin seguir al pie de la letra un libreto, por usar las palabras que usaban siempre, ese lenguaje agreste, natural y callejero.



El sexto Seminario Abierto empezó con una palabra bastante conocida, parece muy contemporánea: informática. Pero este vocablo tiene un origen remoto, cuenta Memo. Viene del latín *informare*. “Una palabra que en el español podría ser sinónimo de computación, también proveniente del latín, *computare*, es decir, del prefijo *cum* que denota intensidad, y *putare* que es contar. Hasta esas palabras, en apariencia tan nuevas, tienen toda una tradición”, dice y agrega, mientras repasa la mirada espabilada de los chicos y chicas que rodean el escenario, que muchas de las palabras que nombran las nuevas tecnologías tienen, quién lo imaginara, una raíz muy antigua.

No es nada fácil dilucidar cómo se forma un idioma. Ni fijar la fecha exacta de su nacimiento. En el caso del español, el tercer idioma más hablado en el mundo después del mandarín y el inglés, se piensa que nació entre los siglos VI y VII. “Es el resultado de un latín mal hablado”, comenta Memo, de un latín vulgar que surgió en el Imperio romano. Tras su caída, paulatinamente se fue escuchando un latín mezclado con lenguas romances hispánicas, entre ellas el castellano antiguo. El castellano es de la península ibérica, nació en Castilla, un condado medieval de la antigua España,

luego, a medida que avanzó la reconquista de unos reyes empeñados en crear una nación dominante, el castellano se fue extendiendo por el sur de la península.

Para hacerse una idea de cómo era el castellano en sus inicios, Memo lee un poema del siglo x, escrito por el poeta Fernán González, miembro del movimiento de los mesteres de clerecía, creadores de los cantos de gesta de la época.

Elogio a España [fragmento]

Por esso vos lo digo que bien lo entendades:
 mejor es que otras tierras en la que vos morades,
 de todo es bien conplida en la que vos estades,
 dezir vos e agora quantas ha de bondades.
 Tierra es muy tenprada, sin grandes calenturas,
 non fazen en ivierno destrenpradas friuras;
 non es tierra en el mundo que aya tales pasturas,
 arboles pora fruta siquier de mil naturas
 Sobre todas las tierras mejor es la montaña,
 de vacas e de ovejas non ha tierra tamaña,
 tantos ha y de puercos que es fiera fazaña,
 sirven se muchas tierras de las cosas d'España.
 Es de lino e de lana tierra mucho abastada,
 de çera sobre todas buena tierra provada,
 non seria d'azeite en mundo tal fallada,
 Inglatierra nin Françia d'esto es abondada.
 Buena tierra de caça e buena de venados,
 de rio e de mar muchos buenos pescados,

quien los quiere rezientes, quien los quiere salados,
 son d'estas cosas tales pueblos muy abastados.

De panes e de vinos tierra muy comunal,
 non fallarien en mundo otra mejor nin tal,
 muchas de buenas fuentes, mucho rio cabdal,
 otras muchas mineras de que fazen la sal.

[...]

En ese poema, concebido con palabras conocidas y familiares, y con otras bastante raras, está, según Memo, planteado el español. En las estrofas hay declinativos de los que tanto abundan en el latín. Por ejemplo, *dominus*, que en español significa señor. “No hay adverbios, no hay preposiciones, no hay casi artículos, en fin, ahí el español empezó a formarse”, comenta para darle la palabra a los dos invitados.

—Harold Salinas y Nicolás Chalavazis: ¿qué son, pues, las palabras menores de edad?

—Lo primero, ¿por qué aceptamos nosotros esta invitación? Porque Nico y yo somos una pareja estable —dice Harold sacándole las primeras risas al público. Es alto, trigueño, el rostro largo y anguloso—, llevamos más o menos tres años trabajando un tema en su grupo de estudio en la universidad: *Retórica y comunicación*. Nos contactaron y nos cae como anillo al dedo, porque hace parte de nuestras reflexiones.

Harold es comunicador social-periodista, pero los medios de comunicación nunca fueron lo suyo, prefirió las aulas universitarias, la enseñanza y la investigación, y aunque es magíster en Estudios humanísticos de la Universidad Eafit, no le gusta, en absoluto, que le

llamen maestro, él mismo se define y se presenta como profesor. Un lector acucioso enfocado en la hermenéutica literaria, en el lenguaje hablado y escrito.

Antes de adentrarse en lo que pueden ser o no ser las palabras menores de edad, es crucial, dice, que el público tenga claras una serie de ideas, y se adelanta a explicarlas. La primera es que el lenguaje tiene una dimensión creativa. Nosotros creamos el mundo con el lenguaje y eso no niega la realidad, lo que sí sucede es que esa realidad existe en la medida que pasa por el lenguaje y es nombrada. Esto convierte a esa dimensión creativa en algo performativo. Lo que quiere decir que constantemente *actuamos* en el mundo a través del lenguaje. En ese sentido, Harold expone los cuatro tipos de palabras que crean el mundo:

- Sustantivos, es decir, nombres. La primera cosa que hacemos en el mundo es nombrar el mundo.
- Actuamos en el mundo. ¿Cómo? Con verbos. Sustantivos y verbos, eso es lo básico de una oración, eso nos lo enseñaron en primaria.
- Además, calificamos esos nombres, es decir, adjetivos.
- Y calificamos las acciones que hacemos: adverbios.

—Con esos cuatro tipos de palabras, creamos el mundo —continúa Harold—. Todos nosotros armamos el mundo con el lenguaje. Creamos al otro, creamos nuestras relaciones con el lenguaje. Unos crean procesos de paz con el lenguaje, y otros intentan destruir esos procesos. Pero no estoy hablando de Colom-

bia ni de centros democráticos ni nada, estoy hablando de Macondo.

Macondo es una definición que parte de la dimensión creativa o poética del lenguaje, es allí donde las palabras se arrojan a la función estética. Nicolás Chalavazis, negros y pequeños ojos escrutadores, cabello de rulos brillantes escondidos bajo una gorra deportiva, dice que el lenguaje es nuestro estrago, pero que también nuestra redención. Es comunicador social-periodista, se ha dedicado a la investigación académica, especialmente a la que tiene que ver con la teoría de la comunicación, la semiología, el griego antiguo y la literatura grecorromana. Es autor del libro *De un klefté*, escrito en griego y publicado en el 2010, que el autor mismo tradujo al castellano. Es magíster en Investigación psicoanalítica de la Universidad de Antioquia y doctor en Filosofía en UPB.

—En griego, una lengua que a mí me parece muy hermosa, *mundo* se dice *cosmos*. Cosmos significa algo que se rige bajo una ley ordenada en donde las partes están correlacionadas unas con otras siguiendo esa ley. Para los griegos, el que la ley interrelacionara el mundo y correlacionara a las partes las hacía bellas —dice Nicolás.

Y esa definición del cosmos es la que le da la dimensión *cosmética* al lenguaje. La *cosmética*, palabra con la que solemos referirnos al maquillaje, es la noción de un mundo que se maquilla con la nominación, que usa los nombres para, entre otras cosas, embellecer. Pero detrás de esa apremiante necesidad humana de nombrar está el sentido, la significación, el efecto.

—Nosotros no nos afectamos por los sentidos simplemente porque tengamos sentidos —dice Nicolás—. No, nuestro mundo no se reduce solo a que el sonido hiera los tímpanos, a que la luz hiera las pupilas, a que la presión hiera la piel, sino que por alguna razón a nosotros nos hiere la significación que le damos a la existencia. Y esa herida que nos estraga o nos redime (el desahogo después de un despecho, el intento de encontrarse uno mismo con un analista, la inclinación ante una deidad supuesta pero sólida para quien cree en ella), nos afecta y nos hiere como significación.

Vivir cosméticamente, según expresa Nicolás, es el apuro de conferirle al mundo una significación que quizá no tiene en sí mismo. Es decir: tan hundidos estamos en el sentido, que vivimos condenados a darle significado a algo que quizá no lo tiene.

—Eso es la estética de la existencia —apunta Nicolás—: tener que sentir las consecuencias de la significación que habitamos.

De ahí que calificar algo de lindo, feo o pulcro denota cómo sentimos esa significación cual si fuera lo más real. Esto, en palabras de Nicolás, significa que “nuestro cosmos que es una construcción delirante es nuestra morada real”.

Desde que la humanidad empezó a nombrar el mundo, surge esa dimensión creativa y estética. Por eso, ambos se han preguntado qué hay detrás de la metáfora de la minoría de edad, ¿qué lleva a nombrar de esa manera esta charla?

—Y nos respondíamos —dice Harold retomando la palabra—: la metáfora que hay detrás de esas pala-

bras, que eso ya lo sabía Ferdinand de Saussure, el padre de la lingüística contemporánea, es que la lengua, en primer lugar, es tan viva como los hablantes. Las palabras son como los seres humanos: nacen, crecen, se reproducen y mueren. Una pregunta interesante sería, ¿qué le confiere mayoría de edad a una palabra?



Antes de estar en medio de ese círculo de chicos y chicas, diciendo todo aquello que han desmenuzado hasta ahora, tratando de ser lo más diáfanos posibles, Nicolás le había comentado a Harold, que no hay, según se sepa, reencarnación para los hombres, en cambio sí para las palabras. Él se declara abiertamente ateo. Mientras Harold prefiere decir que no es creyente. Lo importante de eso que dice Nicolás es que hay muchas palabras que en algún momento de la historia dejaron de usarse, y por alguna razón, cultural, sociolingüística, aparecen otra vez. Palabras que nos parecen una novedad, pero que, si uno hurga bien en la historia descubre su origen antiquísimo.

—Por eso, otro punto que queremos tratar es precisamente sobre la vitalidad del lenguaje —dice Harold—. Una lengua que es tan viva como sus hablantes y unos hablantes que necesitan decir su mundo. Y en ese decir su mundo, asuntos como la tecnología, la música, los medios de comunicación, van influenciando la manera en que cambia el lenguaje.

Al fondo todavía se escucha algo de la música estridente de *Rodrigo D.*, Harold lo hace notar, aguzando sus oídos para mencionar que históricamente la música se ha encargado de irrigar una cantidad de términos hasta hacerlos comunes, instalándose, sin que nos

demos cuenta, en el lenguaje cotidiano. Dice que, en Medellín, muchos de esos términos surgieron a partir del contacto con el tango. A su vez, a finales del siglo XIX en Argentina, el tango se nutrió de su acercamiento con el italiano y el francés.

Entonces, esas palabras que se nos hacen tan recientes, tienen, en realidad, un recorrido de mucho rato. Así como la música ha estimulado el uso de palabras antes desconocidas, también los medios de comunicación, especialmente la televisión, han puesto su generosa cuota.

Si hay algo que ponga en boca de la gente un vocablo pegajoso son las telenovelas, asegura Harold. Su trabajo de grado de maestría lo hizo sobre la serie de televisión *El man es Germán*. No es un chiste, aclara apenas oye las risitas. Al hacer su investigación pudo corroborar que mucha gente incorporó a su vida cotidiana expresiones como: “Oe, llave”. Y que, si pensamos en *Los Reyes*, otra telenovela colombiana muy recordada, locuciones como: “Hágale cosquillas a la tortuga” se volvieron muy populares.

Inconscientemente incorporamos una cantidad de términos que vienen de nuestros consumos mediáticos, eso es lo que hace que el lenguaje, como un ser humano, esté naciendo, creciendo, multiplicándose, muriendo. El lenguaje es volátil. Es una llama alimentada por la manera como conferimos el sentido del mundo, y nombrarlo sería como un suave soplo que mantiene vivo ese fuego palpitante.

Sobre esas palabras que vienen y se van, como vocablos que parecen intrépidos trashumantes que van dejando un poco de su estela en los lugares por

los que pasan, Memo piensa en la palabra *casete*. ¿A quiénes les tocó el casete?, pregunta. Ya nadie utiliza casetes para escuchar ni grabar música. Al casete lo desplazó el cd, y al cd lo están desplazando la memoria USB, los discos digitales. Pero, a pesar de ese inminente cambio en los formatos, que parece arrastrar consigo las palabras que los nombran, como si ese avance tecnológico las condenara al desuso, hay otras palabras que han vuelto.

—Como el LP. El *long play* supuestamente había muerto con la llegada del cd, pero gracias al gusto musical de muchas personas ha vuelto y está apoderándose otra vez del mercado —dice Memo.

Memo saca otro de los poemas que eligió para leer esta madrugada. Es uno de Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*, un poema escrito más o menos en 1492. En sus estrofas se dilucida un español más claro, más cercano al de nuestro tiempo, con algunos arcaísmos todavía, pero con una estructura evidente. Ese poema del siglo XV fue muy significativo para España pues en la década de 1470 se escribió la primera gramática del español, y el año en el que Manrique escribió esas coplas fue el descubrimiento de América y la expulsión de los árabes de la península.

—Por primera vez España fue España. El español ya está vivo en este poema que está escrito hace casi 600 años.

Coplas a la muerte de su padre (fragmento)

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
qu'es el morir;

allí van los señoríos
 derechos a se acabar
 e consumir;
 allí los ríos caudales,
 allí los otros medianos
 e más chicos,
 allegados, son iguales
 los que viven por sus manos
 e los ricos.

[...]

Ved de cuán poco valor
 son las cosas tras que andamos
 y corremos,
 que, en este mundo traidor,
 aun primero que muramos
 las perdemos.

Dellas deshaze la edad,
 dellas casos desastrados
 que acaeçen,
 dellas, por su calidad,
 en los más altos estados
 desfallescén.

Dezidme: La fermosura,
 la gentil frescura y tez
 de la cara,
 la color e la blancura,

cuando viene la vejez,
 ¿cuál se para?
 Las mañas e ligereza
 e la fuerça corporal
 de juventud,
 todo se torna graveza
 cuando llega el arrabal
 de senectud.
 [...]



A las tres de la mañana, el amainado frío da sus coletazos; el público permanece aterido pero atento, especialmente cuando un boquete de calor se filtra en cuanto los dos invitados manifiestan su inconformismo con el nombre de esta charla. Nicolás es el primero en mencionarlo, dice que, si el concepto se basa en la definición jurídica de lo que por minoría de edad se entiende, este no podría aplicársele a las palabras.

—Cómo vamos a hablar de una palabra menor de edad, si por menor de edad entendemos el que no puede hablar, al que le falta llegar a ser, le falta instrucción. Yo creo que no existe la minoría de la edad en las palabras, y que es un error hacerlas depender de una fecha para llamarlas menores o mayores. Yo creo que toda palabra es, en principio y retomando el término, una encarnación en varios sentidos. Primero, si es una palabra que llevaba siglos de no usarse, y por alguna razón reaparece, incluso teniendo otro significado, se reencarna. Segundo, cuando la recibimos de otro, y la aprendemos, se encarna en quien la habla. Las palabras siempre serán mayores de edad por-

que se encarnan y sirven para darnos un lugar histórico en el mundo. Hablar es tener que responder por la significación que hemos legitimado e, incluso, por un efecto que hemos producido en los demás. ¿Cuántas veces no hemos tenido que arrepentirnos de por vida después de haberle dicho una palabra a alguien? Porque se nos salió un insulto, una ironía, un sarcasmo, y no nos perdonan más. Qué más mayoría de edad que tener que asumir un significado. Por otro lado, decir que palabras mayores de edad son las nacidas hasta los ochenta me parece algo ingenuo.

No se trata de cuán nuevas o viejas sean las palabras desde las dataciones, concluye Nicolás. Para este experto, las palabras son útiles, significativas y, sobre todo, poéticas. No importa si se usan en latín, en inglés o en español, las palabras siempre serán mayores de edad, dice él.

Pero, para Memo, es evidente que de ese cúmulo del universo conceptual también han emergido términos como googlear, tuitear, interfaz, selfie, stalkear, entre otros, relacionados con la tecnología y que a su vez han generado ciertos códigos en el lenguaje cotidiano que no se podrían entender 20 o más años atrás, tales como: “marcame una perdida”, tan popular en nuestros tiempos.

—Para que le demos una mirada a las maneras en que podemos jugar con las palabras, quiero leer un texto de León de Greiff, “Balada del disparatorio báquico”, donde él hace un juego con términos antiguos, y termina generando otras palabras.

Balada del disparatorio báquico, impregnada de múltiples romanticismos

Dícela “El Ebrio”

Aquesto dixo “El Ebrio”, una vegada.

Aquesto dixo con su voz cansada.

Aquesto dixo por la madrugada.

Yo dello non sé nada.

Bebamos en las cráteras de oro
que laboró el cincel benvenutino,
champagne, bulbente y bullicioso vino.

Bebamos en las ánforas de barro
doria hidromiel; en el panzudo jarro
blonda cerveza, y en las cristalinas
frágiles copas el anís sonoro
así como las finas
mixturas sibilinas.

“Porque es dulce olvidar”.

Bebamos en las cráteras de oro
el líquido tesoro
que enloquece las mentes
y elide los deseos,
y que sume los sueños impotentes
en helados Leteos!

Porque es dulce olvidar. ¿Algo esculpido
quedar merece en el cerebro? Nada!

Porque es dulce olvidar...

Harold se sacude un poco de la poesía para adentrarse en el léxico cotidiano; le interesan, en especial, las metáforas callejeras, alejadas de la retórica del escritor como estatuto. Para él, la vida está cargada de esa belleza que ponen en el idioma las exageraciones, las metáforas. Algo que la RAE (Real Academia de la Lengua Española) ha ido aceptando, introduciendo en su diccionario pulcro y detallado, que hace respirar hondo a los puristas. Pero todavía hace falta más reconocimiento de este lenguaje ordinario y pintoresco, todavía debe, comenta Harold, recabar en aquello que se dice en la calle, porque el lenguaje es lenguaje porque pasa por allí. Está un poco cansado de tanta pleitesía a la academia, comenta, a riesgo de quemarse en la novena paila del infierno.

—Entonces me llama la atención cuando la gente dice: “Ve, ¿viste que la palabra chunchurria ya está en el diccionario de colombianismos?”. “Sí”. La palabra chunchurria, con la excepción vulgar, es decir, común de cuando le decimos a alguien: “Ve, pero este sí es mucha chunchurria” para calificar a alguien que hizo algo que no nos gustaba. Entonces sale la gente a decir: “¿Qué está pasando con el lenguaje que chunchurria está en el diccionario?”. Pues tiene que estar ahí porque la RAE no puede decir qué palabras se dicen y cuáles no. Y no lo puede decir, explicar, porque en los estudios de gramática ya no se habla de palabras bien dichas o mal dichas, correctas o incorrectas, sino de palabras oportunas. Es decir, en qué contexto estoy, cuál es la eficacia comunicativa.

Harold tampoco cree que a las palabras se les pueda clasificar de mayores o menores de edad. Mucho menos que esto lo determine la RAE. Las palabras definitivamente no pueden tener edad alguna, concluye, porque cada generación necesita inventarse la significación de las propias.

—Yo tengo 42 años —dice Harold—, y en mi época de juventud *chévere* era muy *chévere*. Para los pelados de hoy de pronto *chévere* ya no es tan *chévere*. Desde la sociolingüística se puede demostrar que cada generación va ampliando su corpus discursivo. Y una de esas razones es porque cumple dos funciones: primero, cohesionar a esa generación, es decir, inventamos una serie de palabras para identificarnos como generación. Y en ese proceso, distanciarnos de la generación anterior. Es como si le dijéramos a la anterior generación que esas fueron sus palabras, y que nosotros queremos tener las propias.

¿Por qué para nosotros había *arrocitos en bajo*, y para los *pela'os* de hoy hay *fletes*? La primera vez que yo escuché la palabra *flete*, traté de hacer un análisis: “A ver, eso viene del sistema de impuestos, el flete que se paga”, pero los *pela'os* hoy en día la utilizan para referirse a otra cosa. Otra cosa que cuando yo les pido que me la expliquen tampoco me la saben explicar muy bien.

En ese momento, una chica del público, no tendrá más de 20 años, habla con voz atenorada, precisa y directa. Harold, un poco desorientado, la ubica frente a sí, y escucha turulato la explicación irrebatible e inesperada:

—Viene del transporte. Si te fijas, culturalmente, la palabra viene de personas que trabajan en el transporte público. También se utiliza en los carritos que van al margen de la ley, pero que transportan gente. ¿Por qué *flete*? Porque es ocasional y fortuito, vos lo mantenés en la medida en que se mantiene el negocio. El *flete* es un viaje corto, que viene de un trayecto a otro y que nunca sabés cuándo llega. Es lo mismo que el *arrocito en bajo*: vos nunca sabés cuándo se te va a avinagrar el arrocito en bajo por lo mismo, porque está en bajo. Y el *flete* tiene esa misma usanza, vos sabés que el *flete* está en la medida en que vos mantenés el precio y la garantía del producto; en la medida en que el precio crece, el flete desaparece.

—Nunca me habían dado una definición de *flete* tan clara. ¿Cómo llegaste a eso? —le pregunta Harold, estupefacto.

—Mi tía trabaja en un transporte. Esa es mi interpretación. El flete no es la parada oficial... el flete es una cuestión transitoria en la medida en la que vos hacés una transacción: vos cambiás una cuestión por otra. Vos cambiás una idea por otra, un plan, y el *flete* es lo que te queda. Es como los camioneros, que en vez de gastarse lo que les dan para los viáticos y quedarse una noche en un hotel, se lo farrean y se quedan con el *flete*.

—Miren que cada generación busca sus palabras —concluye Harold—. Las palabras son en el momento en que se usan y son para lo que necesitamos usarlas.

Eso le recuerda un reportaje de Ricardo Aricapa que se llama *La Real Academia del Parlache*; en este artículo, cuenta Harold, hay un subtítulo que le parece

muy interesante para ir concluyendo este tema: “Los jóvenes, esas máquinas de hacer lenguaje”. Él lo ampliaría y diría: “Esos seres humanos, esas máquinas de hacer lenguaje”.

Memo saca su último poema, que, a diferencia de los otros, es bastante cercano a los jóvenes que siguen ahí, insomnes, enterándose de que su fortín de palabras diarias ha recorrido muchos parajes, a cuál más lejano, y que cada una guarda un sentido tácito, presto para ser develado y reinventado. No hay, siguiendo el juego de lo que se ha dicho, una última palabra sobre la edad de las palabras. E incluso para las que parecen ya olvidadas no puede asegurarse su desuso, encontrarán la manera de alcanzar una lengua ociosa, la de algún intrépido parlante que la rescate del olvido e, incluso, aunque se desgarran las vestiduras los más puristas de la academia, darles un nuevo sentido.

Con el albor aproximándose, antes de que termine la charla, y de que las muchachas y los muchachos se junten en grupos para hacer un diccionario con esas palabras que hacen parte de su léxico habitual, Memo recita el último poema. Su voz acompañada, amplificada en el enconchado domo blanco, se oye como esa música maitinada (un nombre femenino poco usado en nuestro tiempo, según la RAE), que antiguamente se oía en los monasterios mientras despunta el nuevo día. Es de Jacobo Cardona Echeverri, ganador en 2017 de la Beca de Creación en Poesía, su libro se llama *Medellín city punk*.

Un soplo

Le hizo el quite a las balas perdidas

A las liebres y culebras

Se hizo el bobo con los nachos
 Se patració
 En los cruces repetía: Todo bien
 Y restregaba su sonrisa a quien lo frentiaba
 Quería hacer las cosas por las buenas
 Madrugar, pegar adobe, vender bananos
 Escuchar a Plasmatics y a La Polla
 En las horas libres
 No meterse con nadie
 A los gallinazos los vio en tecnicolor
 Ni el salario mínimo pudo matarlo
 Con sigilo quitó el adhesivo de los días futuros
 Y los pegó como calcomanías en el respaldar de la cama
 Dormía tranquilo y disfrutaba ver a las ardillas con el pelo pintado de rojo
 Un día, un carro lo elevó en plena Oriental

Diccionario de palabras menores de edad

El siguiente es un compendio de las palabras que expusieron los participantes del taller realizado al final del sexto Seminario Abierto del Observatorio: Palabras menores de edad. Para este ejercicio se les indicó hacer un diccionario basado en sus propios términos y explicado con sus propias palabras.

Azaroso. 1. Que genera miedo 2. Que es prometedor, potencial.

Bambi. Abreviación de la expresión ¿va a invitar?

Chimbiar. Molestar o fastidiar a alguien.

Chinga. Apelativo para referirse a un niño.

Chipiar. Sugerir como opinión la unión, como pareja, de dos personas sin intervención alguna.

Chisplú. Beso simple.

Churria. Sinónimo de diarrea.

Churretiar. Acción de quitarse en último momento de un compromiso.

Fandom. Grupo de fans.

Farya. Persona que explica lo obvio.

Filo. Sinónimo de hambre.

Gadejo. Con ganas de joder, molestar, chimbiar.

Gato. Ansioso.

Gonorrea. Dícese de lo que se dice cuando no se sabe qué decir.

Gol. acción de dar en el punto.

Güiro. 1. Problema, mentira 2. Instrumento musical.

Guaricha. Dama con pretensiones lascivas y mundanas.

Guisa. Mujer de mal gusto, mañé.

GG (se pronuncia yiyí). 1. Cuando ya no se puede hacer nada, viene del inglés *good game* 2. Paila.

Haragán. Persona que seduce con facilidad y logra el cometido.

Influencer. Persona con una cantidad significativa de seguidores en redes sociales (y reconocida expresamente por ello) que ejerce influencia con sus opiniones y referencias.

Marranazo. Golpe incómodo en la parte posterior del cuello.

Malviajar. Indisposición, malestar.

Melo/a. 1. Estado de balance. Ej., ¿estamos melos? 2. Dícese de algo que está en perfecto estado o nuevo.

Nimierdismo. Actitud y estado de ánimo caracterizado por la malparidés existencial.

Ñe. Carente de gracia.

Ñoco. Que sobra.

Oe. Saludo para llamar la atención.

Pack. Palabra que denomina fotos de unas personas sin ropa.

Parchar. 1. Tiempo de esparcimiento 2. Besar.

Paila. Estado fatal y negativo en el que ya no hay oportunidad ni esperanza.

Pifiar. Acción de quedar mal o de algo que se daña.

Pichurria. Persona desagradable o indeseable.

Plenorragia. Insulto infame, dantesco.

Ronaldo. Trago de ron.

Torta. Persona con carácter entre torpe y necio.

Trabagar. Hacer ocio en el lugar de trabajo.

Tostado. Que padece agotamiento.

Roncar. Demorarse para actuar.

Stalkear. Búsqueda de información sobre una persona en internet.

Soyado. Derivado del hedonismo griego donde se afirma la conciencia de la placidez.

Rayado. Antónimo de cuadrado, propenso a crear mundos circulares cerrados y peligrosos.

Nospi. Palabra usada para indicar que se encontrarán luego.

Nini. Se refiere a una persona que ni estudia ni trabaja.

Repoio. Contenido que ya había sido publicado en redes sociales.

Visajoso. Persona poco cautelosa para actuar.



UNICORNIO

EL HOMBRE QUE AMABA LOS CERROS

LEONARDO LAFRANCIA

E BEN UNA HISTORIA PERSONAL
TODO VA A ESTAR BIEN | POWER P.
MAMBA

ESAS PERSONAS QUE SE IGNORAN

QUINO Mafalda

LA PERRA
POR R. QUINTANA

SIMON HANSE

Literatura 2.0

30 de agosto de 2018

Cerro Nutibara

Conversan:

Lucas Vargas y
Alejandra Restrepo

Modera:
Guillermo Cardona

pág. **144**

En este cerro, al occidente de la ciudad, rodeado de barrios residenciales y de largas calles y avenidas; en esta colina fresca y profusa sembrada de cipreses, eucaliptos, urapanes, búcaros, tulipanes, acacias, leucaenas, mangos y veleros; en este monte que se erige silencioso al pie del río, habitado la mayor parte del tiempo por lepidópteros, aves, roedores, turistas y comerciantes, se celebró del 18 de agosto al 1.º de septiembre, la Semana de la Juventud.

Acá donde hace cinco siglos caminaban los indios aburráes antes de ser eliminados por los españoles, andan ligeros y radiantes, esta mañana de agosto, cientos de muchachos y muchachas que van por los senderos ecológicos visitando las distintas actividades culturales pensadas como *un viaje a las raíces*.

Los pelados recorren con asombro el pueblito paisa, esa especie de parque didáctico que corona el cerro. Entran y salen de esa emulación de poblado antioqueño con sus casitas de tapia enjalbegadas, que parecen de juguete, repitiendo la rutina de los turistas, quienes van hasta allí como peregrinos a probar los dulces típicos, a almorzar bandeja paisa o a elevar cometa en la amplísima terraza, adonde también van a mirar cada uno de los pliegues, hondonadas, planicies y flancos de esa ciudad que se extiende sobre el valle, altiva, camelladora y agitada.

En uno de los costados del cerro, dentro de un domo dispuesto para charlas, hay más de 30 jóvenes que permanecen sentados en el suelo. Llegaron a participar del séptimo Seminario Abierto del Observatorio. Frente a ellos, vestido de jean y camisa lila estampada con una imagen de Mafalda, Guillermo Cardona les cuenta por qué las palabras funcionan:

“Funcionan, por ejemplo, cuando alguien tiene una tusa muy brava y habla con una amiga o un amigo, y eso alivia...”. Y agrega: “Ahora funcionan más que nunca, pues las palabras vienen en múltiples formatos. Dicen que un niño hoy, a los 12 años, ha recibido tanta información como la que tenía el más sabio de los hombres ilustrados en el siglo XVIII. Es una manera también de entender que debemos encontrar en nuestra identidad el placer de habitar el mundo a través de una cantidad enorme de posibilidades que nos ofrece la vida”.

Antes de que existieran las redes sociales, las cuales surgieron a principios del siglo XXI, ya se podía investigar sobre cualquier tema en internet, pero no había un espacio para compartir con otras personas esos contenidos o generar opiniones sobre dichos temas. A mediados de la primera década del 2000 surgieron sitios como Facebook y Twitter, los cuales se basan en la posibilidad de comunicación entre un grupo de personas, y a eso, desde entonces, se le ha llamado redes sociales. Con estas herramientas, el internet empezó a masificarse.

En estos sitios los usuarios pueden expresar lo que piensan y compartir distintos contenidos en múltiples formatos, desde una simple frase hasta videos, audios y *podcast*. Como respuesta, estos generan una cadena de más contenidos, reacciones y opiniones que resultan de la interactividad con los receptores del círculo al que ha sido dirigida la información. Y la literatura es uno de esos temas que ha entrado en ese enrevesado tejido de redes, transformando la manera como nos relacionamos con los libros y con las historias.



Los dos jóvenes invitados de este seminario, un escritor y una *bookstagrammer*, son hijos de una generación que nació en una veloz y difusa transición de lo análogo a lo digital. Cuando ellos eran niños no existían las redes sociales. El internet y las nuevas tecnologías eran lujos accesibles para unos pocos. Cuando Lucas y Alejandra llegaron a la adolescencia, en el mundo ya se hablaba de internet 2.0, aunque seguía sonando a algo muy futurista, pero aquello que parecía que se tardaría décadas en llegar se fue instalando en la cotidianidad mucho más rápido de lo que podíamos digerirlo.

A principios del nuevo siglo, cuando todavía se imprimían directorios telefónicos y se mandaban razones en papelitos, cayeron de sopetón esas nuevas formas de comunicarnos. Las redes sociales nos atraparon, fue ineludible, se transformaron en vitrina, en fuente de trabajo, en instrumento de investigación, en un canal para diluir fronteras y acercarnos a culturas antes lejanas. Las redes sociales y las nuevas tecnologías nos pusieron de frente a lo desconocido, expandiendo como nunca la posibilidad de amplificar el conocimiento a través de distintos formatos. Y fue así, más rápido que un pestañeo, como nos cambió la manera de leer el mundo.

Alejandra, de voz suave y pómulos redondos que estrechan su aguda mirada, es coordinadora de los clubes de lectura del Sistema de Bibliotecas. Se presentó aclarando que no es ninguna experta en libros. Es publicista, pero el destino la condujo a la promoción de lectura luego de convertirse, también sin haberse signado ese propósito, en una *influencer* gracias a su cuenta de Instagram: @queleoyo. “Tengo una cuenta en Instagram en la que solo hablo de libros y de mi amor por la lectura”, dice.

Desde que era niña empezó a preguntarse por el sentido de la vida, pero cada que se lo comentaba a alguno de sus amigos, la miraban de arriba abajo y le decían: “Parce, busque un psicólogo”. En la biblioteca de su casa, Alejandra se encontró con libros que contaban historias de personajes que tenían la misma duda que ella. Todavía no sabía que aquello era literatura existencialista. Se dio cuenta de que no estaba sola. Desde entonces acudió a los libros con más frecuencia y estos terminaron por convertirse en su brújula.

Aquella mañana, antes de venir al seminario, Alejandra subió una foto a su cuenta en Instagram: una imagen cenital en la que solo se ve el cuerpo de una mujer, sentada, del ombligo a los pies, que tiene medias azul cielo, estampadas con la cara de un felino bigotudo, un jean azul hielo y una camisa con la silueta negra de muchos pequeños gatos. En la mano izquierda sostiene una taza blanca con un té espeso y rojizo, y en la derecha, un libro, *El curioso incidente del perro a media noche*. Al pie de la imagen, hay una nota:

Ya no recuerdo quién me recomendó este libro, pero a quien haya sido, ¡GRACIAS!, lo he disfrutado de principio a fin. Christopher, el protagonista, me ha robado el corazón desde las primeras páginas, él es el encargado de contarnos esta historia y lo hace de una manera muy inteligente y divertida, porque así es él, aunque él piense que no es divertido y que no sabe hacer chistes. Es encantador conocer su mundo, lo simple y lo complejo que es a la vez, su manera de ver las cosas, de racionalizarlas y la lógica con la que vive... que es muy... lógica, por cierto.

La nota continúa como una pequeña y sucinta reseña que da cuenta de las impresiones que le causó

el libro, narradas en el tono grácil de una conversación espontánea, como si se tratara de una carta dirigida a algún amigo con quien comparte ese irrefutable amor por los libros. En el último párrafo habla de sí misma, es apenas una pincelada, como quien se esboza para estar más cerca del otro, pero sin perder el centro de la charla.

Si conocen a alguien que le encanten las matemáticas, este libro sería un buen regalo, aunque en realidad es una buena lectura para cualquiera (créanme a mí que estudié publicidad porque no tenía que ver matemáticas), no solo para entender el autismo, sino porque durante todo el libro uno siente que ve a través de los ojos de un niño, un ejercicio muy útil y educativo para todos.

La publicación tiene 454 corazones. Es decir que casi 500 personas se detuvieron a ver esa imagen, y 29 de estas dejaron sus comentarios, @soycaroline06 dice: “Escribes tan cool tus reseñas que haces que todo se me antoje y ahora no puedo decidirme cuál será mi próxima lectura”. Alejandra tiene más de 16 mil seguidores, eso son más personas de las que le caben a toda la plaza de toros La Macarena con el aforo completo.

“Borges decía que un libro es un simple volumen. Tiene tanto de ancho, tanto de alto, tanto de grueso —comenta Memo—, pero que bastaba abrir sus páginas para que se convirtiera en una especie de nave, que nos lleva a través del tiempo y la distancia, de diferentes culturas, de diferentes momentos de la historia. Es bien interesante este artefacto. Entonces, hablemos con Lucas Vargas, el autor del libro *Esas personas que se ignoran*, ¿quién es Lucas?”.

Cuando Lucas, ese muchacho flaco de barba rala y gafas redondas, le habla al público, las palabras se convierten en la nave misma. Las desgaja enérgicamente, como órdenes capaces de despertar hasta la imaginación más aletargada.

“Yo voy a prender este video beam. Y voy a tirar una pantalla por allá, otra por acá y una en el centro. Muy bien, ¿todos la ven?”, mueve sus manos en el aire, como si en efecto tuviese un control remoto. “Ahora vamos a configurarlas. Primera imagen: un pulpo haciendo malabares. ¿Todos lo ven? Segunda imagen: un pony haciendo equilibrio en una pelota [risas]. Tercera imagen, esta díganme que no la ven, Guillermo bailando una danza hawaiana”, los chicos, y hasta Memo, sueltan una carcajada.

“Primera diapositiva de verdad”, comenta y su voz adquiere un tono más sereno. “Estoy aquí porque hace tres mil años alguien hizo esto. ¿Lo ven? Parece una vaca. Es un bisonte. Es una manchita con dos cuernos y cuatro rayitas para las patas. Alguien hizo esto, y por eso estoy acá, porque alguien hace miles de años dijo: ‘Ey, la palabra es mágica’, y a esa persona que va a salir de casa, que va a estar completamente arriesgada porque los bisontes aplastan cráneos, vamos a cuidarla haciendo este gesto en un muro. Y después dijo, ¡ta! —levanta su mano abierta y hace el gesto de estamparla contra el aire—, pegó la mano”, dice finalizando la descripción del rupestre pictograma.

“Segunda imagen”, continúa Lucas. “Esto es en el 2006, mi sentido de la moda es absolutamente despampanante: camisilla amarilla y pantaloneta roja”, comenta con ironía, al fondo emergen unas risitas crudas. “Estoy a la salida de una obra de teatro. Son

las doce de la noche. Yo no creo en nadie. Acabo de salir de la función de medianoche, vimos *O Marinheiro* en el Teatro Matacandelas. Fenomenal. Tengo 17 años. Es el segundo motivo por el que estoy acá, alguna vez el arte me dijo algo importante: ‘Ey, hay un mundo absolutamente gigantesco donde los video beams pueden surgir del aire’”.

Y el tercer momento por el cual está acá se refleja en la tercera pantalla imaginaria. En la imagen, Lucas está triste, aunque casi no se le nota. Decidí retirarse de medicina y a nadie de su familia le sonó la idea. Está desperdiciando el futuro y todas las posibilidades de triunfar, piensan sus padres. Todos entran en crisis. Lo único que le queda es esa compañía chiquita que está puesta sobre la mesa, bajo sus codos. El cuaderno abierto. “Estoy aquí porque escribir me sostiene. Alguna vez escribí un libro, el libro se ganó una beca, se publicó y todo eso es accidental. Entendí que en la literatura hay misterio, y que mientras ese misterio exista, uno es capaz de mantenerse a flote, porque alguien alguna vez nos contó que el arte salva”.

Salva, porque como lo dijo antes Alejandra, en los libros uno encuentra respuestas o más preguntas que llevan a una reflexión honda, a una mirada crítica sobre la vida, a adelantarse a conocer situaciones desconocidas, a saber cómo es un beso cuando no se ha dado nunca, a mirar a través de ventanas ajenas, a sentir el dolor de una madre que no es la propia, a viajar a un país que no se conoce, a comprender el pasado que ya no existe. “La lectura —también dijo alguna vez la escritora argentina Leila Guerriero— nos enseña cómo vivir”.

También es la forma para aprender a escribir, dice Memo y comenta que ser escritor es más divertido ahora que hace 20 años. Antes, por ejemplo, no existían géneros como la *twiteratura*, un tipo de escritura creativa que nació en Twitter, y que consiste en escribir historias hilando trinos. En 2011, cuando este género empezaba a conocerse y en esa red solo se podían escribir oraciones de 140 caracteres, Memo escribió su propia serie a la que llamó *Cuentos de miedo que dan risa*. En la pantalla de su celular, lee uno que publicó el 13 de octubre del 2011:

A media luz por el pasillo vio una sombra que se acercaba amenazante. Sacó el revólver y la sombra hizo lo mismo. El tiro quebró un espejo.

También hay libros impresos que han sido escritos en un móvil, como *La perra*, una historia con la que su autora, Pilar Quintana, ganó el Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana. También es el caso de Manuela Espinal Solano, una joven narradora que escribió su primer libro en el celular: *Quisiera que oyeran la canción que escucho cuando escribo esto*, lo que dejó perplejos a los editores de Angosta. Estos libros, muy recomendados por Memo, ilustran la interactividad e interconexión que plantea el concepto 2.0.

“¿Cuáles lecturas nos pueden recomendar para habitar y reconocer ese mundo interesantísimo que plantea el modelo 2.0?”, les pregunta Memo a Lucas y Alejandra.

Eso es justo lo que Alejandra hace constantemente en su cuenta de Instagram, recomendar. En sus *posts*, dice, “no me van a ver ni siquiera la cara. Lo prometo. Ahí solo hablo de si me gustó o no, cómo me

parecieron los personajes... Mi objetivo con esa cuenta es desmitificar esa figura de que un lector es un viejito barbado que escucha música clásica y habla con palabras raras. Mi intención es demostrar que la lectura es un parche, uno se puede entretener y aprender muchísimo”.

Es verdad, la cara de Alejandra no sale en ninguna foto, excepto en la del perfil, el resto son imágenes tomadas por ella. Cada foto es una encantadora invitación y una revelación de su buen gusto, de su mirada sagaz para la composición estética que hace ver natural lo selectamente elaborado, de su sensibilidad y del sincero deseo de una publicista que prefirió usar su conocimiento para antojar a la gente a consumir historias.

Los libros chispean como objetos preciados, con carreteras destapadas de fondo, dentro de canastas de bicicletas, al pie de viejos teléfonos rojos, junto a jarrones con plantas ornamentales, abrazados por mecánicos de madera, sobre pupitres, en puestos de bus público, sobre el teclado del computador o encima de una mullida colcha color nata.

A pesar de ser recomendaciones en un medio digital, todos son libros tangibles. Alejandra prefiere el papel a lo táctil, aunque también lee mucho en internet, pero otros contenidos. Solo en sus tiempos de universitaria llegó a leer libros en PDF. Cada que bajaba un volumen, le ardía la conciencia y pensaba: “Qué tristeza, la gente haciendo estos libros tan buenos y yo apoyando la piratería”. Cree que aún le falta explorar más el tema la lectura transmedia, especialmente por ser una *influencer*. “Yo me encierro quizás más de lo que debería en el libro papel, especialmente a partir de mi experiencia en los clubes de lectura”.

Hace algunos años le regalaron un libro con un diseño precioso, pero lo que más llamó su atención fue que cuando llegó a la mitad del volumen se encontró con un código QR. Debajo de este había un mensaje que pedía escanear el código para ver más contenido. “Escaneé el código con el celular y me apareció una foto de la pareja besándose y una canción que el autor había pensado para el libro”. Alejandra quedó felizmente sorprendida, era un regalo inesperado, y una clara experiencia con lo ilimitada y juguetona que la lectura 2.0 podía ser.



Las nuevas formas de leer, mediadas por la influencia digital, también nos acercan a los otros formatos en los que ha sido narrada una misma historia. Como si fuera un ser del reino vegetal capaz de ramificarse, los relatos trasmutan y de su forma impresa pasan al cine, al podcast y hasta a los videojuegos. Esa transmedialidad también sucede cuando las historias nos motivan a investigar ciertos temas importantes para ponernos en contexto, tal como lo explica Alejandra: “Cuando estoy leyendo es inevitable tener el celular al lado. Por ejemplo, empecé a leer *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura, y hablaban de la Revolución rusa, entonces me tocó leerlo con el celular al lado, y parar constantemente para leer sobre ese tema”.

Por su parte, a medida que indagaba en internet sobre sus escritores predilectos, Lucas se encontró con autores que leían en voz alta sus propias historias en canales como YouTube. “Ahora que lleguen a casa, busquen *El móvil de Hansel y Gretel*. Es un texto de un escritor argentino que se llama Hernán Casciari. Casciari llena auditorios para leer cuentos. En este ha-

bla de cómo los celulares habrían arruinado toda la literatura clásica. El drama de Romeo y Julieta depende de que ellos no puedan comunicarse. Imagínense: Mensajito de texto: ‘me estoy haciendo la muerta. No es verdad, besos, bebé’. Y se arruina Shakespeare”.

Lucas también recomienda la twiteratura del historietista y diseñador gráfico Manuel Bartual. En agosto del 2017, el español publicó un misterioso tuit que desencadenaría en una historia de un hombre que lo perseguía mientras él estaba de vacaciones en las playas de Murcia. El relato se volvió viral, de un día para otro Bartual tenía miles de seguidores, entre ellos varios famosos. La historia empezó con este trino:

“Ando de vacaciones desde hace un par de días en un hotel cerca de la playa. Iba todo bien hasta que han empezado a suceder cosas raras”.

Fue retuiteado más 58 mil veces. Fue tal su impacto en los seguidores que pensaban que todo era cierto, tal como lo contó el diario español *La Opinión de Murcia*: “La historia se ha hecho viral de tal forma que muchos han manifestado la tensión y la intriga de los acontecimientos, así como su apoyo a Bartual, al que han animado a ‘ponerse a salvo’. Hay usuarios que han confesado a través de sus mensajes haber devorado esta historia con más interés que muchas de las que han leído en algunos libros”.

Para continuar, Memo lee otro de sus cuentos cortos publicados en Twitter:

El duende corrió a casa de la bruja, le habló del encuentro, la vieja rio y le dijo: los humanos sí existen, pero no hay que creer en ellos.

Las tecnologías digitales modernas y las redes sociales han multiplicado y facilitado el acceso a la información desde nuestras casas, escuelas u oficinas, algo que hasta hace un par de décadas parecía muy complicado. Para el caso, explica Memo, hay una novela antioqueña: *La fiera*, del autor Wenceslao Montoya, una obra escasísima, ignorada durante casi un siglo. Ese libro delicioso que difícilmente se encuentra impreso, ahora se puede descargar de la biblioteca digital de la Universidad de Antioquia.

Fue publicado por primera vez en 1927. Es todo un descubrimiento para quienes lo rescataron del olvido, un hallazgo que hila la memoria de la literatura local, pues es relativamente reciente si tenemos en cuenta que *Frutos de mi tierra*, la primera novela que se escribió en este terruño, es de 1896. “Realmente nuestra literatura está en pañales. Y creo que las posibilidades que se abren para ustedes, los que ya recibieron la antorcha del arte y la cultura, son enormes”, comenta Memo.

La fiera ha rotado por las redes sociales como un tesoro que debe ser descargado, un libro ahora infaltable en el archivo digital para quienes aprecian la literatura antioqueña. Por cosas como estas, las redes sociales, entre todos sus matices, adquieren un valor importantísimo en el tema de la divulgación, no son únicamente canales para la autoexhibición, como suelen pensar quienes se resisten a ellas; también funcionan, y cada vez más, como un medio efectivo de comunicación colectiva para acceder y disfrutar de información que rota gracias a la selectividad misma de los usuarios. Por ejemplo, conocer más herramientas pedagógicas para leer y para disfrutar de los libros.

“A mí me parece que las redes sociales cumplen un papel muy importante en cuanto a la difusión. Hay muy buenos lectores que se dedican a reseñar, a recomendar. Entonces estas personas, cuando tienen una buena cantidad de seguidores, logran, con ese poder, estimular a otros a leer y les ayudan, sobre todo, a elegir qué leer, o al menos se convierten en una guía para saber por dónde empezar”, dice Alejandra. Para ella, un problema es que las personas suelen no decidirse a leer porque creen que es un asunto muy complicado, que debe haber un orden para empezar, que primero toca devorarse a los clásicos.

Pero para eso están los lectores *influencer* como ella, que confiesa abiertamente en sus redes sociales no ser una lectora rígida, que cuenta, sin vergüenza, que si un libro la aburre hasta la muerte ella lo abandona, aunque el autor sea una eminencia. “Uno puede arrancar con libros aparentemente frívolos, y luego el hábito hace que uno pueda pasar a otros autores más exigentes. En las redes sociales se puede encontrar guía para acercarse a los libros cuando uno no sabe, definitivamente, qué leer”, agrega.

“Elegir es renunciar”, comenta Memo apoyando lo que ha explicado Alejandra. Hay que ser más instintivo a la hora de leer. La lectura es, finalmente, parte de eso que dijo al principio Lucas, la infinita posibilidad de crear lo inimaginable, así que leer no puede sujetarse a unas normas estrictas; debe, en cambio, estimular el libre pensamiento, revolver las neuronas, conectarnos con nosotros mismos, elevarnos en una nave capaz de llevarnos a otros mundos. Somos seres imaginativos, capaces de inventar lo que hace unos años parecía un delirio futurista, la creatividad

humana se puede hallar hasta en la más simple de las memorias que han recorrido este planeta.

Aun así, aquello que elegimos con perseverancia es lo que finalmente germinará. “Si uno decide estudiar medicina, entonces no va a estudiar ni sistemas ni periodismo”, insiste Memo, pero eso no debería abrumarnos sino reivindicar la búsqueda personal, esa en la que los libros aparecen como llaves. Estas nos dan acceso a habitáculos que nos acogen para ser construidas y deconstruidas, allí donde desmenuzaremos en soledad las preguntas existenciales, como las que se ha hecho Alejandra desde niña, esas que nos empujan a pensamientos que emergerán por cualquier callejuela en la que decidamos internarnos.

“Entonces —apunta Memo como un consejo para los chicos y chicas— es importante, a la hora de elegir, dejarse llevar por el gusto, por el instinto y hasta por la portada, pero hay que entender que si uno está leyendo un libro está renunciando a leer muchos más. Eso no debe afligirnos, sino llevarnos a entender el mundo que habitamos, y así hacernos conscientes de las innumerables posibilidades que existen. Y que eso es mucho más interesante que no tener nada para elegir”.



Leer es desconectarse del afuera para conectarse con sí mismo. Parece algo sencillo, pero es, en realidad, un ejercicio contra la dispersión en medio de tanto estímulo visual, que abunda a donde miremos. “Leer —agrega Lucas— es cerrar un momentico el mundo para abrir otro mundo. Y hay literatura que así lo exige, es difícil acceder a ciertos mundos si afuera sigue abierto, pero lo bacano que permite el 2.0 es

que después de desconectarse uno puede conectarse habiendo encontrado algo”.

Eso le recuerda un libro del escritor alemán Ernst Jünger, *La emboscadura*. Según Jünger, leer es irse al bosque. “Es decir, cada libro es un bosquecito. Y cerrar el libro es salir del bosque con algo, un hongo extraño, semillas de una enredadera que conducirá a reinos de gigantes... Y cuando uno sale de allí, uno quiere compartir esa historia con otras personas, que en tiempos de la desconexión eran más complicadas de encontrar. En el colegio donde estudié, por ejemplo, éramos solo dos los que leíamos. Hoy día yo termino de leer un libro y me conecto a una red como Goodreads, una comunidad donde me encuentro con otras 100 personas que han comentado ese libro. Leer es una actividad solitaria, sí, pero definitivamente cuando uno lee va creando enlaces”.

Otra experiencia de lectura 2.0 son los *bookstagrammer* y los blogueros, “pero también está la vida real, las bibliotecas y los clubes de lectura, que ahora están muy dinamizados por todas estas plataformas y experiencias. Hoy en día, uno, en un club de lectura, también puede usar la conexión a internet para profundizar en los temas que abordan los libros”, comenta Alejandra. También recomienda la aplicación *24simbol*, para descargar libros online, “muy útil para cuando uno va al médico y la asistente sale y dice: ‘Ay, el doctor se demora una hora para atenderla’. Y uno: ¡Ay, juemadre! A leer”.

Sí, definitivamente la lectura es una gran compañía para esos momentos muertos, lo mejor que uno puede hacer cuando le toca ir la EPS es llevarse un libro. “Y si es grande, mejor, puede llevarse *El Quijote*

y le da tiempo de leérselo completo”, comenta Memo y los chicos y chicas se ríen. Aparte de encontrar formatos para leer al estilo 2.0, también está la posibilidad de escribir inspirados por ese enfoque. Memo, pensando en los nativos digitales, que en su repertorio cotidiano usan esas palabras nacidas después del 2000, escribió este cuento:

Clic y off

Cuando se quedó sin Firewall, el mouse se le deslizó entre los dedos como un troyano y la pantalla del compu se pixeló hasta esfumarse en un centelleo binario. El community manager se dio cuenta con horror de que las páginas, los perfiles, los historiales, las biografías, las listas de amigos y hasta los datos de contacto de sus muchos abonados, habían quedado en manos de algún hacker y que su equipo completo y sus documentos y sus presentaciones en PowerPoint y Prezi, y sus render para atraer más usuarios, todo, se había ido a una papelería de la que nunca podría recuperar ni un byte. El encriptado mensaje lo prevenía contra un ataque masivo de virus a través del correo electrónico, las redes sociales y las aplicaciones de su android. Le solicitaban una cibertransferencia en bitcoins a una cuenta en la deepweb; solo eso; de no hacerlo, lo perdería todo y le ablandarían a golpes hasta el disco duro. Él simplemente se hizo el friki. Entonces sintió cuando forzaron la puerta de su cuarto de hotel reservado a través de Trivago. Sus enemigos estaban a un clic de darle delete. Un simple transfer de guardar como, para convertirlo en un PDF inmodificable, envió un e-mail del que nadie sabe la contraseña, extraviado para siempre en la nube.

Memo, el nativo análogo que apenas hace poco empezó a usar emoticones en sus conversaciones de WhatsApp, termina de leer el cuento y deviene de inmediato una ola de aplausos.

Antes de que el seminario termine, Lucas hace aparecer una última pantalla imaginaria. Lo vemos llegar a su casa, exhausto después de una reunión de trabajo larguísima. Luego de comer, y sin fuerzas para nada, se sienta un rato a escribir antes de irse a dormir. “Escribir en la 2.0 es tener acceso a una cantidad de herramientas, ustedes no necesitan lapicero. Si se le acabó la tinta, entonces escriben en el celular, pero en el fondo la actividad es exactamente la misma. Hay un psicoanalista francés que decía: ‘Amar es dar lo que no se tiene’. Eso es superteso, yo pienso, además, que uno es lo que hace con las fuerzas que no tiene”. Por ejemplo: “Usted llegó absolutamente cansado del colegio, y lo invitan a jugar fútbol, usted sabe que no tiene fuerza, pero aun así usted sale y juega fútbol, usted es futbolista. Usted llega del trabajo mamado, cansado, y se sienta con su hijo a colorear, usted es padre. Yo llevo a la casa, muerto de cansancio, a leer y a escribir... Yo no soy escritor porque haya publicado un libro, lo soy porque lo hago con las fuerzas que no tengo. Del 2.0 hasta el cuaderno y la crayola, escribir es escribir, sacando fuerzas de donde no las hay”, concluye.





Muchas formas de leer, escribir y conversar

13 de septiembre

Jardín Botánico Joaquín
Antonio Uribe

Conversan:

Mary Luna, Mónica
Giraldo, Wilson Valdés y
Nelson Pérez

Modera:

Guillermo Cardona

pág. 164

Cuando pensamos en leer, escribir y conversar, la mayoría de nosotros creamos imágenes mentales al tiempo que reproducimos sus fonemas con nuestra voz interior: lápiz, cuaderno, libro, teclado, pantalla, teléfono, radio, conversación, periódicos... Nuestros sentidos e imaginación alimentan la visualización espontánea de estos elementos. En cambio, cuando escuchamos: lengua de señas, regleta, braille..., solemos sentirnos un poco enajenados y fuera de nuestra zona de confort.

Ver a un ciego pasando la punta de sus dedos por un papel sin tinta o a un grupo de personas que se comunican con gestos puede impresionarnos y sacudirnos por el choque de esa “diferencia”. Entre la curiosidad y el asombro, elevamos los muros invisibles de la mente, en el intento por comprender lo que el otro está diciendo, leyendo o expresando. Nos apabulla esa suerte de ignorancia que a veces se transforma en solidaridad, curiosidad, interés, pero que también puede producir reacciones de rechazo, indiferencia y discriminación.

En la Fiesta del Libro y la Cultura se viene desarrollando una serie de programas pensados para la inclusión y el enfoque diferencial para las personas con discapacidad. Y ese proceso, que ha sido un largo aprendizaje, transformó esa semana de septiembre en un evento accesible que incluye conversatorios, conciertos, obras de teatro y actividades de promoción de lectura para población sorda, ciega, con movilidad reducida, algún tipo de discapacidad cognitiva o condición especial. Desde el 2014 se ha mejorado la señalética en lengua de señas y se viene publicando el cuentico amarillo en braille; y ahora el Jardín Lectura Viva cuenta con intérpretes y programación en la que las mismas personas con algún tipo de discapacidad hacen promoción de lectura.

Esta tarde de jueves de septiembre, durante el quinto día de la 12.^a Fiesta del Libro y la Cultura, se celebra el Seminario Abierto del Observatorio dedicado a las *muchas formas posibles de leer, escribir y conversar*. Los invitados —Wilson y Mary Luz, con movilidad reducida, y Mónica, invidente— contarán por qué escribir, leer y conversar se han convertido en ejercicios imprescindibles para mantenerse en equilibrio con un mundo al que le queda un largo trecho para comprender aquello que Guillermo Cardona, Memo, dice para introducir la charla:

“Lo que realmente nos hace iguales a los seres humanos, lo que nos convierte en semejantes, es que somos todos muy diferentes. Todos tenemos cualidades y defectos, aptitudes y limitaciones. El que nadie pueda considerarse perfecto es lo que nos hace perfectamente humanos. De ahí el respeto y la consideración por las diferencias, por la diversidad, por la otredad, por ese mundo del otro que debemos valorar y respetar. Y sin duda el arte es una de las expresiones humanas que mejor se las arregla para zanjar las diferencias”.

“El arte —continúa Memo— es una fuente de equidad, una actividad donde lo creado es más importante que su creador. Y para el creador, que es mortal como todo ser humano, su obra es justamente lo que perdura más allá de la inevitable e inexorable pelona... De ahí que nuestros invitados de este seminario, Mary Luz Zapata (Mary Luna), Mónica Giraldo y Wilson Valdés Granada, han sido invitados porque son escritores, y como escritores queremos compartir con ustedes sus conocimientos y experiencias en este seminario, dedicado a las muchas maneras que tenemos de leer, escribir y conversar alrededor del arte y la literatura”.

A los tres invitados los acompaña Nelson Pérez, promotor de lectura de Comfenalco en la Casa de la Lectura Infantil, maestro en arte dramático e historiador. Fue actor y profesor durante muchos años, pero por esos giros que da la vida, se volvió promotor de lectura de personas con discapacidad. Todo este tiempo ha sido un constante desaprender, quebrar paradigmas para aprender junto a ellos. Nelson fue una de las personas que más impulsó para que la Fiesta del Libro y la Cultura empezara a desarrollar actividades accesibles.

“Cuando empecé a trabajar con personas con discapacidad, no sabía cómo abordarlas, empecé a equivocarme y me costó mucho trabajo, mucho llanto. Pero bueno, he ido aprendiendo. Pensaba que esta población era diferente. Es el primer error porque con ellos hay que hacer las cosas como con los demás. No los compadezco, no tengo ninguna conmiseración con ellos, sino que están a la par de todo el mundo”, comenta.

Dice, además, que durante estos años ha descubierto que ellos son los mejores lectores de la biblioteca. Al año, asegura, pueden leerse entre 46 y 50 libros. “Como decía Borges, que otros se ufanen de los libros que han escrito, yo me enorgullezco de los que he leído”.

Mónica

Mónica siempre ha amado la música, desde niña aprendió a tocar el piano. Pero cuando llegó a la adolescencia sintió que para expresarse le hacían falta, más que nunca, las palabras. Empezó a escribir poemas. Al principio fue un ejercicio para la clase de artística, como alternativa a la pintura. Tomaba la pi-

zarra y el punzón y escribía de izquierda a derecha, siguiendo el alfabeto braille, pensamientos, emociones, metáforas. Sintió, sin embargo, que debía mejorar la habilidad para narrar, que tenía mala ortografía, que le hacía falta ampliar su vocabulario.

Buscó a Francisco, aquel profesor dulce y sarcástico que, a los seis años, poco después de que ella hubiera quedado ciega, le enseñó a leer usando las yemas de los dedos. Reforzaron juntos la enseñanza del braille, ella le pasaba sus poemas y él los corregía. Un día Francisco le entregó un libro en el que compiló su poesía. Mónica recibió el ejemplar y pasó suavemente las puntas de los dedos por la portada para descifrar aquellos sutiles puntos en relieve: *MOTAGICA*. Eran las primeras sílabas de sus nombres y apellidos: Mónica Tatiana Giraldo Cardona.

Desde entonces, se le despertó un hambre voraz por leer. Esa apetencia la llevó a conocer distintos clubes de lectura. Estar en esos espacios incrementó su ansia de escribir, de mantener consigo la regleta y el punzón, pero, sobre todo, una necesidad de leer por cuenta propia, en la soledad de su cuarto. Leer para reír, llorar o soltar un hondo suspiro cuando nadie la mira.

“Mónica —interpela Guillermo—, hay escritores que describen muy bien el color, el aire, la atmósfera. Uno leyendo, por ejemplo, *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda, siente los colores, los olores y los sabores de *los volcanes, junto a los ventisqueros, entre los grandes lagos, donde habita y reside el fragante, el silencioso, el enmarañado bosque chileno*. ¿Cuáles fueron esos primeros libros que leíste?”.

“Desde que perdí mi visión mi hermana mayor me leía muchos cuentos, muchas cosas de Walt Disney, y yo creo que eso fue lo que más me animó a escribir. Por ejemplo, a mí siempre me leían *Alicia en el país de las maravillas, Peter Pan*, todos los cuentos típicos de Disney, y uno se ponía a imaginar todo lo que iba sugiriendo el cuento. Yo me los sabía de memoria. Y creo que la buena memoria que tengo ahora es de tanto escuchar lo mismo”, cuenta.

A medida que fue afinando su gusto literario, Mónica exigía cuentos diferentes a los de Walt Disney. La hermana le leyó a Tomás Carrasquilla, a Gabriel García Márquez y al mismo Pablo Neruda, el escritor que citó Memo. “Yo soy muy de la poesía porque a mí Neruda también me gusta mucho. Yo soy así también, nostálgica”, dice.

Y sí, le gusta releer, leer nuevamente libros que le gustaron mucho, le responde a Memo. Recuerda que cuando las historias estaban en la voz de su hermana, a cada rato, y con un poco de pudor, Mónica le pedía que repitiera ciertas frases y párrafos. “A veces me ponía a pensar mucho, a tratar de imaginar lo que decía, porque ella hablaba muy enredado”.

Ahí radica el problema de que muchos textos no estén traducidos al braille y que conocerlos dependa de la voz de otros. Algo que la entristece pues lo que más desea es leerlos escuchando su propia voz. “Nos estamos perdiendo de muchas cosas pues no es lo mismo que nos lean a leer por cuenta propia. No podemos dejar de lado que hay audiolibros y todo eso, pero sinceramente el braille no tiene por qué ser desplazado”.

Y es que, en Medellín, cuenta, hay pocas impresoras para imprimir en braille. El acceso, además, es muy restringido, pues son equipos delicados y costosos. Pero, lo que más complica las cosas es el tema de los derechos de autor; son escasas las editoriales que piensan en publicar libros en este sistema. Aparte de los costos de la impresión, no es posible imprimirlos en braille si no cumplen, como los de tinta, una lista de exigencias y requisitos para su publicación. Aunque imprimir más libros en braille ayudaría mucho al propiciar el acceso a la lectura para los ciegos, Mónica apunta algo importante: “No basta solo con rescatar el braille, es necesario estimular y propiciar su aprendizaje”.

Muchas personas invidentes no conocen el braille, o lo han olvidado. Entre los universitarios, por ejemplo, Mónica cuenta que la mayoría han decidido conformarse con el software y las tecnologías diseñadas para personas con discapacidad visual. Algunos de ellos no toman notas, sino que graban. “Lo más importante mientras rescatamos el braille es que las personas no lo dejen a un lado, porque si se desmotiva a la población que lo necesita, qué podemos esperar del que no lo necesita. El sistema braille es como la tinta, y si tú estás en la universidad y no tomas nota de nada, pues no hiciste nada, porque una grabación no lo va a hacer todo. Es muy triste que personas universitarias, profesionales, desechen su herramienta...”.

Este año, con el objetivo de dar a conocer y enseñar más braille, Mónica se presentó a la Convocatoria Pública de Estímulos para el Arte y la Cultura de la Alcaldía de Medellín, con un proyecto dirigido a personas con diferencias auditivas y visuales, enfocado en actividades de promoción de lectura, escritura y oralidad. “Fue muy enriquecedor conocer a otras per-

sonas interesadas en el tema, y lograr que entiendan que el braille es sencillo. Romper ese hielo que se forma siempre al hablar de las personas con discapacidad visual, que la gente sepa que podemos trabajar porque la idea no es hablar solo del braille, sino que se aprenda...”.

A propósito, comenta Memo, el Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad (PCLEO), la Fiesta del Libro y la Cultura, las unidades de información del Sistema de Bibliotecas Públicas, las becas y premios a la creación representan espacios y estrategias en los cuales se desarrolla una política pública. “Pero, ¿qué crees que le hace falta para ser una política más incluyente, más participativa, más equitativa?”.

“Lo más importante, en lugar de crear más y más programas, que siguen siendo necesarios, es que a las personas que tenemos algún tipo de discapacidad se nos trate igual que a cualquier persona. Pasa que muchas veces, por tenernos compasión, no nos permiten exigirnos más a nosotros mismos y demostrar que somos capaces de avanzar a niveles que no imaginábamos. Por ejemplo, en mi caso, está la urgencia por mejorar y pulirme en ortografía. Yo me pongo a pensar, un escritor con mala ortografía... ¡Uy eso no!”.

Cuenta que además de los clubes de lectura a los que asiste, está participando en un taller de escritura en la Universidad de Antioquia. Un día, antes de leer uno de sus textos, Mónica le pidió al tallerista que la disculpara por su mala ortografía. “Él me dijo: no, Moni, pero lo importante es tu forma de escribir, no tu ortografía. Y yo le dije: profe, pues no. Necesito que me exija igual que a cualquier persona. Y se quedó callado”.

“Dicen por ahí que cuando llegue la inspiración, lo mejor es que lo coja a uno trabajando. El arte es un 1% de inspiración y un 99% de transpiración. ¿Qué te motiva a escribir, a dedicarte a esa profesión tan difícil e ingrata?”, le pregunta Memo. “Me apasiona escribir, en primer lugar, porque es mi herramienta. Siento que el afán mío en este momento es redactar, aprender a hacerlo bien. Todos los días escribo y le dedico un rato al piano, porque algún día quiero que mi escritura esté acompañada con música”.

Escribe, canta, toca el piano, enseña braille, va a clubes de lectura, a talleres de escritura y es masoterapeuta. La masoterapia aumentó la sensibilidad de sus manos, le enseñó a leer, en cuerpos ajenos, los dolores, las ausencias, los miedos. Siempre, entre esto y lo otro, ha escrito poesía.

Saca su libro de poemas. Su postura es recta, pero relajada, como una esfinge, sus manos son largas, blancas, muy finas, con las uñas pintadas de colores brillantes. Su cabeza permanece inmóvil, mientras con los dedos roza la superficie del papel y lee en voz alta:

Hoy los pensamientos / como torrentes de agua /
arrastran lo encontrado a su paso.

Palabras llegan a tu interior / buscando espacio en tu
corazón.

Amor sincero va de tu mano / y el abrazo fuerte de
estar a tu lado.

El frío de mis dudas es desplazado por el resultado de
tus obras / el beso de tus palabras alegra mis horas.

El viento fuerte de lo que siento / invita a vivir lo in-
olvidable.

Cielo azul es el amor / profundo como el mar / lluvia /
tarde gris / al no hallar lugar dónde quedarse.

Mary Luz

A Mary Luz le da la pensadera tipo dos o tres de la mañana. Cuando se despierta y ya no logra dormir más. El silencio doméstico se vuelve suave y placentero, envolviendo su voz mental mientras desgaja pensamientos sobre la vida, el amor y la muerte. Al fin, cuando el día clarea, se sienta en la silla de ruedas y se pone a hacer desayuno para ella y sus hermanas. Generalmente, luego de que ellas y su madre se van a trabajar, se queda sola. Entonces, termina los oficios de la casa, escucha música, y se instala frente al computador. Navega un rato por internet, escribe correos, lee y mira tutoriales en YouTube que le enseñan a perfeccionar el dibujo. Luego se pone a escribir sus propios textos.

Es una buena rutina, dice. Lo que más la conforta cuando la soledad se va haciendo densa, es leer. “Leer lo hace a uno viajar a lugares desconocidos”. A Mary Luz le gusta dar abrazos largos y apretados, pero es mujer de pocos amigos. Aprecia mucho la amistad, le gusta escribir cartas en las que se extiende traduciendo sus emociones y pensamientos. De sus amigos exige detalles, no materiales, no, detalles de las historias con las que le arman el relato de su día a día.

Los quiere como los hermanos de sangre, pero confiesa que desde hace unos 20 años hizo del cuaderno su más íntimo compañero. Empezó a escribir de

manera espontánea para descargar en la hoja lo que sentía, lo que no se atrevía a decir, lo que la perseguía, lo que deseaba, lo que dejaba y abandonaba, para contar su historia y aclarar que dentro de sí hierve una vida exquisitamente móvil, pletórica en pensamientos volátiles como llamas.

Mary Luz o Mary Luna, como firma sus creaciones, lee:

Bella

Digna de ser exhibida

Es la belleza

De aquella persona

Que ha salido avante

Fortalecida

Y sana de sus heridas

En su batalla

Contra la adversidad.

La belleza

No es solo de la perfección

De nuestros cuerpos

Sino de llevar con orgullo

Aquellas cicatrices

Que nuestras victorias

Nos habrán de recordar.

Empezó a leer desde que era niña, le cuenta a Memo. Los primeros libros que la acercaron a la literatura fueron los más populares de la época: las car-

tillas *Nacho lee y Coquito*, pero después, cuando descubrió novelas como *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira* y *de su abuela desalmada* de Gabriel García Márquez, o *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* de Robert Louis Stevenson, quedó prendada de la literatura. Una vez terminó el colegio, ante la imposibilidad de poder seguir estudiando, Mary Luz llenó el hueco en que se le habían convertido las horas espasmódicas con más y más libros.

“¿Cuáles son esos escritores que más admira y aprecia?”, le pregunta Memo. “Allan Poe es el que más me gusta. Lo tomo como maestro para seguir aprendiendo. Me gusta mucho la literatura gótica”. Y le gustan los gatos, las noches oscuras y sin nubes, la luna menguante, las sombras de los árboles.

Cuenta Memo que cuando García Márquez leyó la primera línea de *La metamorfosis*, en la que Gregorio Samsa se había convertido en un monstruoso insecto, pensó: ¿¡Caramba!, esto se puede hacer? Fue un libro que lo impresionó y estimuló para ser más recursivo y libre a la hora de escribir. “¿Qué la motiva a escribir, a dedicarse a esa profesión tan difícil?”, le pregunta.

“Me motiva lo que siento, lo que observo, por ejemplo, el vuelo de los gallinazos, o por ejemplo estos zapatos que tengo puestos; tienen una suela que, al mojarse, destiñe y deja la huella. Eso me dejó tan pensativa que ya estoy escribiendo un relato que se llama *El ladrón de la huella negra*”.

Mary Luz ilustra sus propios textos. Empezó a dibujar como con la escritura, sin esquemas, sin manual, sin atadura. Pero la necesidad de profundizar más en ambas pasiones la llevó a explorar tutoriales

en YouTube para mejorar sus trazos. Se obsesionó con dibujar ojos. ¡Una casualidad!, dice, pues cuando estaba empeñada en darles vida a las retinas, empezó a asistir al club de lectura para ciegos de Comfenalco. Desde entonces le entró un ansia por compartir con otros la pasión por la literatura y entregar su voz para leerles.

La primera vez que llegó al club de lectura, recuerda, llevaba el libro que hizo con sus propias manos, *Autorretrato de mí misma*. Ese día les leyó a sus nuevos compañeros poemas y algunas de sus notas autobiográficas. Les contó que era una recopilación de lo que ha escrito desde finales de los noventa y que uno de los escritores que más la inspiró a hacerlo fue Pablo Neruda.

Entonces, Memo interviene y apunta: “Para escribir hay que tener perrenque, tener el cuero duro para asimilar las críticas, la incompreensión, la indiferencia, ¿qué significó ese proceso de escribir y contar su propia vida?”. Mary Luz se queda un momento en silencio, medita la respuesta y luego comenta: “Escribir es como conocerse a sí mismo. Escribir se ha vuelto una terapia en la que uno va soltando emociones y pensamientos. El cuaderno ha sido mi más fiel compañero”.

Wilson

En su libro *Carrera con obstáculos. Memorias de Wilson Valdés Granada*, el autor cuenta que debido a una parálisis cerebral, diagnosticada después de los dos años de edad, su sistema motor era muy limitado. Esta noticia afectó mucho a su madre, pero se calmó un poco cuando supo que su parte mental no había sido afectada. Eso significaba, en palabras de la doctora, las cuales cita en su libro, “que cuando esté gran-

de y tenga conciencia de su propia limitación, se va a ayudar a sí mismo y así el proceso de limitación sería mucho más fácil”.

A medida que fue creciendo, Wilson empezó a mostrar un gran interés por los libros, especialmente los de dibujos. Aprendió a leer rápido, y cuando salían a dar una vuelta por la calle, su papá le hacía leer hasta los avisos publicitarios de los negocios. Sus padres, mientras buscaban un colegio adecuado, también le enseñaban a dibujar y a colorear con la mano izquierda.

“Mi tía Cecilia me regaló un montículo de palos de diferentes tamaños y mi padre los pintó de diferentes colores. Con ellos sobre la mesa, fui aprendiendo a formar las vocales y el abecedario, moviéndolos dificultosamente con el puño, parte de mi mano hasta donde llegaba la habilidad en ese entonces...”. Al tiempo que le enseñaban a leer, le regalaron los primeros libros, historias de Mickey Mouse, el pato Donald, Pluto, pero aparte de esas fantásticas historias, empezó a practicar la lectura con enciclopedias.

Sin embargo, cuando Memo le pregunta por los primeros libros que leyó, Wilson olvida los cuentos infantiles y menciona las historias que lo engancharon con la literatura. Habla de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne; *El extranjero*, de Albert Camus; y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Wilson alimentó siempre, con el estímulo de su familia, el entusiasmo por escribir y leer. Permanece atento a sus experiencias, a las vivencias de su familia, a todo lo que lo rodea y lo que lo mueve profundamente, al punto de ir las compilando en relatos, historias, crónicas, como lo hizo con su libro de memorias.

Ordenadas de manera cronológica, en un tono limpio y llano, con el matiz de su voz sosegada, poética, cuenta el día a día de su vida, la emoción que sintió cuando le regalaron el primer computador, las tardes de videojuegos junto a su hermano, la ardua tarea de sus padres por conseguirle un cupo en un colegio, las navidades en casa, el primer viaje a Bogotá, la violenta experiencia del rechazo, la graduación del colegio a pesar de la incredulidad de algunos, su pasión por la hípica, su viaje al mar y la historia de cómo llegó a participar en las actividades de la biblioteca “que me dieron alas”.

Dice Wilson que él llegó a la literatura de forma repentina, cogiendo un libro al azar, pero cuando se unió a los grupos de escritura del Parque Biblioteca Belén, aprendió a profundizar más en temas de géneros y autores. Desde hace 10 años Wilson, junto con su madre, empezó a asistir al taller de escritura Ojos de Poeta, dirigido por Olga Lucía Echeverri. En su libro anota lo que sucedió el primer día: “Saludó a todos (Olga), y al notar que éramos nuevos se dirigió a nosotros para saber de mí, y como mi lenguaje es un poco enredado, mi madre fue quien me presentó, contándoles, además, que yo ya soy bachiller, y que a pesar de mis dificultades físicas y motrices era un buen lector y tenía intereses en la escritura. Ella, de un modo comprensivo y entusiasta, me acogió, supo entender la situación en la que estaba, y me comenzó a tratar como a una persona normal”.

Es el grupo literario en el que Wilson soñó estar. Por eso, llueva, truene o relampaguee, no deja de ir cada sábado. Siempre llega una hora antes; mientras su madre lee libros de pintura, Wilson elige antologías de cuentos y poesía. Y después del taller, prestan li-

bro para llevarlos a casa. “De esa manera, los sábados son sagrados para nosotros y se han convertido en día especial, como si ese encuentro literario fuese una fuente, un manantial donde me nutro y alimento de conocimientos y experiencias muy valiosas con mis compañeros de viaje por las palabras, que son el barco de papel por donde navego en el espejo de agua de mi vida y me acompañan más allá de lo que cualquiera puede imaginar”.

Cuando Memo le pide a Wilson que se describa a sí mismo como lector y escritor, él le cuenta que ha sido un mar de sensaciones. En algunas ocasiones se desanima y quiere dejarlo todo, porque, explica: “No tengo esa misma perspicacia tanto en la lectura como en la escritura que tienen mis compañeros del taller, con quienes he tenido el honor de estar, pero uno tiene que reconocer sus límites, y si es capaz de soslayarlos, ¡maravilloso! Por ahora que la literatura me acepte tal y como soy”.

Cuenta que los escritores que más admira y aprecia “son Héctor Abad Faciolince y su narrativa; Tomás González y toda su obra; la poesía y narrativa de Piedad Bonnett; la poesía de Juan Manuel Roca; toda la literatura de Jorge Luis Borges, como también la rebeldía literaria de Julio Cortázar y el inmortal genio de Juan Rulfo, sin olvidar a José Saramago que me lleva por su Portugal y, por supuesto, el humor de Gabo”.

“Es cierto que ya está a punto de terminar una novela, ¿cómo se llama?, ¿podría darnos una breve sinopsis?”. “Es difícil responder porque no quiero generar expectativas con una novela que puede publicarse o no, con lo complicado que es publicar. Yo creo que tanto preámbulo mata la curiosidad en el lector. Lo que puedo adelantar es que es una novela sobre

los cambios a los que se ven enfrentadas las personas cuando les pasa un suceso que no esperaban”.

Wilson se ha ganado varios reconocimientos en concursos literarios; en 2012, por ejemplo, se llevó el primer puesto del certamen *Belén sí tiene quién le escriba*, organizado por el Parque Biblioteca Belén. Él, para concluir, dice que quiere que lo lean, pero lo que realmente lo motiva a escribir es “vivir otras vidas y otros mundos”. El libro que Wilson publicó en el 2015, como regalo a sus más cercanos amigos, cierra con un poema que describe ese viaje que él emprende cada que abre un libro:

La biblioteca

Voy a la biblioteca donde las palabras
Vuelan en páginas que las salvan del olvido
Donde el silencio arrulla mis oídos
Con la música de las páginas al pasar.
Libros y huellas de quienes se fueron
Dejando el pensamiento que los resucita.
Cada vez que yo abro las puertas del milagro
Me acerco a esa luz
Esperando que sus reflejos
Iluminen mis sueños dormidos.

El arte de leer, escribir y conversar es, definitivamente, una acción social simbólica, cargada de sentido. De ahí que la palabra, como dice el bibliotecólogo Didier Álvarez, no pueda ser impersonal. “El lenguaje se construye en esa frontera entre el otro y el yo. Eso que llamamos realidad, una realidad además construida, tiene su asiento en el lenguaje”.





e

s

r

i

t

u

r

a

g

r

a

l

i

d

a

d

¡LEO a la calle!

27 de octubre de 2018

Claustro Comfama -
San Ignacio

Conversan:

Nevir Escobar Agudelo,
Carolina Calle Vallejo y
Deisy Barbosa Moreno

Modera: Guillermo Cardona

pág.

184

La calle es una selva de cemento, cómo no, pero también es el lugar desde donde se tramán cientos de ideas creativas, iniciativas independientes producidas por ciudadanos que trabajan como fieras incansables convencidas del poderoso efecto transformador del fomento de la lectura, la escritura y la oralidad (LEO). En Medellín son muchas las personas dedicadas a hacer un trabajo silencioso, constante y enfocado en pequeños nichos que surgen de los territorios donde se teje la barriada, el vecindario, la cuadra. Están fuera del foco de los medios, de las pantallas televisivas y de los reflectores. Lo hacen porque aman lo que hacen y porque están convencidos de que en *las palabras se pueden encontrar otras formas de vivir mejor*.

Esta tarde de octubre, cielo nublado y viento frío, en una sala de lectura del Claustro de Comfama de San Ignacio, junto a una larga fila de estantes llenos de libros, discurre el noveno Seminario Abierto del Observatorio. Esta vez se trata de una conversación dedicada a las experiencias que dejaron los Estímulos LEO (Lectura, Escritura y Oralidad), una línea en la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura de la Secretaría de Cultura Ciudadana que surgió en el 2017.

El objetivo de estos recursos es democratizar, promover y fortalecer procesos de LEO en los territorios y ampliar el abanico de actores LEO, para que más personas y proyectos puedan acceder a los recursos públicos. Entre iniciativas de personas naturales, colectivos, organizaciones e instituciones, 49 proyectos han recibido el estímulo durante los últimos dos años. El leer, escribir, conversar y expresarse con el cuerpo han detonado con ímpetu, independencia y estilos únicos en bibliotecas populares o públicas, en

librerías, en universidades, en terrazas, en el ciberespacio y hasta en casas de familia.

Las invitadas, Carolina Calle, Deisy Barbosa y Nevir Escobar, son tres mujeres jóvenes, lúcidas, elocuentes y amantes de los libros; pero las tres, conservando sus particulares matices, tienen mucho más en común. Las enlaza el carisma que destilan cuando comparten sus conocimientos con otras personas. Y saben que hablar de lo que hacen es parte de la clave del poder que tienen las palabras: inspirar. Y es, además, la esencia de este encuentro: construir conocimiento en colectivo. Letra Inquieta, *Cartas sobre la mesa* y *Polinizando Altavista*, comenta Memo para empezar la conversación, “representan la mística de lo que son los Estímulos LEO: los ojos, las manos, los oídos del Plan en el territorio y en las comunidades”.

Antes de empezar la charla con las invitadas, Memo se aventura a contar un chiste literario, de esos que, por escasos, se ha dado a atesorar. Sin empezar ya tiene la sonrisa dibujada y los ojos astutos achicados. “Imagínense que estaban dos amigos conversando, quién sabe de qué tristezas, de qué tragedias, y entonces, uno de ellos le dice al otro: ‘hombre, yo a vos te recomendaría *Las flores del mal*’. Y el hombre le responde: ‘¿De Baudelaire (pronuncia: *debodeleer*)?’. ‘Pues claro, hombre, por eso es que se lo estoy recomendando’” [risas del público]. Memo rompe el hielo.



Carolina Calle, simétricos gestos, traslúcidos, el cabello suelto y lacio, las manos blanquísimas y finas, empezó a escribir cartas desde muy joven. En las horas de clase, durante la época del colegio, le ha-

cía escape al tedio escribiendo cartas a escondidas de los profesores, con un alfabeto secreto, hecho de símbolos, que solo ella y el remitente sabían descifrar. “Carolina podía escribirle una carta diaria a un novio distinto”, lee Memo en voz alta, en la nota publicada sobre el proyecto *Cartas sobre la mesa* en el sitio web del PCLEO. Memo continúa leyendo:

Sus amigas de ese entonces, que ya sabían de su gusto por la escritura y conocían de su habilidad para poner en palabras sus pensamientos, le pedían ayuda para quedar bien con esa persona que les aceleraba las pulsaciones, les ponía a temblar las piernas y a sentir un hormigueo incómodo en el estómago.

Unos años después, Carolina Calle Vallejo, convertida en una periodista encarretada con la crónica, tuvo una idea loca a la que le combinaba muy bien el amor: escribir cartas por encargo. Y así fue como en el 2013 nació *Cartas a la carta*, un proyecto en el que, como ella misma lo dice: *Ni puta ni poeta, pero me alquilo para amar a ratos, zafo nudos de garganta, traduzco silencios y escribo cartas de amor por encargo. Esto es periodismo al servicio del amor* —y el cual daría pie, unos años más tarde, a *Cartas sobre la mesa*.

Estudió Comunicación Social - Periodismo, trabajó en un periódico local escribiendo crónicas, reportajes, perfiles, y fue en ese momento de la vida cuando le surgió la inquietud. Si los periodistas están cubriendo la tragedia, el accidente, el partido de fútbol, el indicador económico, ¿por qué no están cubriendo las historias de amor? Ella alternaba su oficio de cronista con el de mensajera epistolar. Y ahora, aparte de escribir sus propias misivas, ayudaba a pensar, construir y redactar las cartas de otros.

Entonces llegó a una conclusión, comenta tomando el micrófono: “Lo que yo hacía era un periodismo al servicio del amor”.

Hacía lo mismo que como periodista: escuchar, elaborar, escribir, editar y publicar. Por eso dice que *Cartas a la carta* es en realidad una agencia periodística que empezó con un mensaje en Facebook: “Si tiene algo que decir, pero no sabe cómo, cuénteme la historia, escribo cartas por encargo”. Le escribieron de inmediato haciéndole la solicitud y con esa primera carta que escribió por encargo, abrió el blog <https://cartasalacarta.wordpress.com/>. Desde entonces, no ha parado. Hoy día, cuenta, el blog recibe unas dos mil visitas por semana, de 14 países diferentes.

“La gente solicita demasiadas cartas de amor, pero para resolver conflictos. A mí me empezaron a escribir para pedir perdón, para dar una explicación, para confesar algo... Casi todas son para solucionar algo pendiente. Me desbordaron. No tenía ni tengo tiempo para hacer tantas cartas de amor por encargo. De ahí pensé, ¿qué tal si le enseño a la gente a escribir sus propias cartas de amor?”.

Es profesora de periodismo narrativo en la Universidad Pontificia Bolivariana. A sus estudiantes suele ponerles ejercicios de escritura para aflojar la mano, la memoria y el corazón. Diseñando esas actividades, se le ocurrió la idea de hacer un taller en el que la gente pusiera “las cartas sobre la mesa”. La intención era simple pero loable para estos tiempos: aprender, a través de la palabra escrita, a desatar los nudos interiores; a sanar.

Presentó la propuesta a los Estímulos LEO, ganó y fue así, dice, “como pude hacerlo realidad”. Al poco

rato de subir a sus redes sociales la invitación para inscribirse en los talleres, el cupo estaba lleno. Las sesiones se desarrollaron en la Biblioteca Pública El Poblado. Eligió la comuna 14 porque sentía que allá, por ser un lugar que reúne una mayoría de personas de clase alta, hay un prejuicio generalizado, explica, según el cual “nadie se une, los vecinos no se conocen y no hay ese asunto comunitario que sí se ve en otros barrios”.

Dicen que los niños de ahora nacen con el chip, comenta Memo retomando la palabra, “por eso no es extraño que la actitud y la aptitud de estos chicos con la tecnología se haya convertido en una tendencia y esté revolucionando los parámetros que conocemos. Hoy hablamos de *booktuber*, *youtuber*, *book haul*, *IMM (in my mailbox)*, *wrap up* y *unboxing*. Gente dedicada a hablar de libros en redes sociales, el que comparte con sus seguidores el libro que leyó, el que destapa frente a cámara los libros que llegan en una caja misteriosa...”.

Esa gente llamó la atención de Deisy Barbosa, bibliotecóloga y directora de la Corporación Letra Inquieta, quien creó el proyecto de *Semillero de booktubers* para explorar, en Medellín, ese fenómeno que ella había empezado a entender en España, cuando cursaba máster de literatura infantil y juvenil. En una de las clases se enteró de que esa tendencia de los más jóvenes, cada vez más viral, por subir videos a YouTube hablando de libros, era, aunque muchos académicos se mostraran incrédulos, un ejercicio de promoción de lectura.

“En Colombia tenemos mucha experiencia en bibliotecas públicas y en animación a la lectura —explica Deisy Barbosa—, pero somos muy nuevos en el manejo de otras plataformas que nos acerquen a los lectores.

Por esos los *booktubers* fueron mi foco de investigación, y convertirme en una fue todo un reto para mí”.

Dedicó su investigación a explorar el tema en Colombia, para entender por qué los jóvenes hacían esos videos para luego publicarlos en redes sociales, fue a lo más profundo del tema: decidió experimentar por su cuenta lo que significaba pararse frente a una cámara y hablar sobre literatura. Abrió un canal en YouTube, le puso por nombre Letra Inquieta. “Por eso, ahora soy *booktuber*, a los casi 40”, dice mostrando su reiterada sonrisa, rutilante y natural, que hace brillar su tez trigueña.

“A los compañeros que me dicen que me meta a la vaina —interviene Memo—, yo les digo que yo haría *old-tuber*”, el público se ríe a carcajadas.

Más que una práctica académica, ser *booktuber* se le volvió una experiencia de vida, avivándole el gusto por compartir su pasión por los libros. Deisy, metida de lleno en dicha investigación, creó la propuesta del *Semillero de booktubers* con la que ganó un Estímulo LEO. El objetivo de la propuesta era el de fortalecer esa práctica en *lo literario, lo técnico y en la reflexión sobre la responsabilidad que implica influenciar a otros*. “Yo quería formar jóvenes en esos tres ejes para trascender esa idea de hacer por hacer, y de una manera más profunda, contar sus reflexiones sobre lo que están leyendo”, dice Deisy.

La convocatoria para participar del semillero superó el tope esperado y reveló algo que la asombró bastante: era un tema que no solo le interesaba a los más jóvenes, tal como lo creía entonces. Se inscribieron tantas personas mayores de 30, que al final, para poder hacer un filtro y seleccionar a los participantes, tuvieron que abandonar el criterio de la edad y elegir a uno o dos par-

ticipantes por comuna, de esa manera el semillero tuvo un valor agregado: era, en sí mismo, una representación de la ciudad.

Las integrantes de la Colectiva La Enjambre se declaran feministas, por eso no son un colectivo sino una colectiva, no son un enjambre, sino una enjambre. Trascender el lenguaje es un manifiesto con el que quieren demostrar que las palabras también están sujetas a la transformación, que están en constante creación, que se pueden y se deben cuestionar. Allí Nevir Escobar hace las veces de bibliotecóloga y tesorera.

En sus horas libres, generalmente en las noches, se ha dedicado a catalogar de manera voluntaria más de 500 libros que han recibido como donaciones para fundar una nueva biblioteca popular en el sector La Palma, del corregimiento de Altavista. Además de eso, las mañanas de los domingos, junto con los otros cuatro integrantes de *la colectiva*, los dedica a estar allá, haciendo desde promoción de lectura hasta los refrigerios para los 40 niños que participan en el proyecto *Polinizando Altavista*, también ganador de los Estímulos LEO.

“Nuestra intención —dice Memo leyendo en voz alta la misión de La Enjambre— es sensibilizar, fomentar el pensamiento crítico, el disfrute de la diversidad cultural, social y de género, la libertad propia y empoderamiento de la niñez, adolescencia y juventud a través de los procesos culturales en sus territorios”.

Aunque la colectiva, cuenta Nevir, nació en 2017 en un barrio de Bello, decidieron enfocarse en un sector de Altavista, al otro lado del valle, el cual conocieron en una experiencia itinerante como promotores

de lectura. Quedaron muy sacudidos por la situación de esa comunidad. Aunque en el corregimiento existen programas culturales, es un territorio fragmentado por su geografía encañonada y por la violencia urbana de las bandas al margen de la ley que se disputan el control de la zona. Los barrios, aunque sean parte de la misma comuna, están aislados y sus habitantes cohibidos a moverse de un lado a otro.

La Palma es un sector enclavado al borde de una amplia curva de uno de los cerros. Si bien es un paso obligado para adentrarse en el corregimiento, al andar por sus calles uno se entera de su lejanía. Allí, sus habitantes no pueden acceder libremente a la oferta cultural y artística que hay en otros lugares de Altavista. Lo único que pueden permitirse los niños y las niñas es una vieja cancha de arena. No pueden, por ejemplo, ir tranquilamente a la Biblioteca Pública Altavista, que está a pocos minutos caminando.

Respaldados por una lideresa comunitaria del barrio, que les prestó la sala de su casa, la colectiva fundó una biblioteca popular en la que los mismos niños y niñas han participado desde su creación. Cuenta Nevir que una de las primeras actividades que hicieron con ese puñado de niños alborotados y zumbantes, fue lijar y echar color a las cajas de madera recicladas, de esas en las que vienen frutas y legumbres, con las que hicieron los primeros estantes para los libros. “Los chicos han interiorizado que la biblioteca es de ellos, que ellos la crearon, y de esa manera han ido involucrando a sus familias”, dice Nevir, vibrantes ojos azabache, voz lisa y apacible.

Alquilaron un pequeño local, en la misma callejuela de la casa donde vive la lideresa, y allí

trastearon las cajas de madera pintadas con las que armaron los estantes y donde pusieron los libros. “Ellos están tan comprometidos que el logo de La Enjambre, pintado en un mural a pocos pasos de allí, salió de un taller con los niños y las niñas. Entonces, digamos que esta biblioteca popular es de ellos, de la comunidad, esta es una experiencia muy bonita, que ojalá perdure en el tiempo”.

Altavista, apunta Memo, es una zona compleja, difícil desde el punto de vista de la seguridad, alberga comunidades desplazadas de distintas zonas de Antioquia, Chocó, y ahora también de Venezuela. “¿Se refleja eso en la biblioteca que están haciendo?”, le pregunta a Nevir. No solo se evidencia, comenta ella, “es algo que enriquece mucho el aprendizaje, pues la idea es profundizar en sus culturas enfocándonos más en el arte. Con la música, por ejemplo, ellos nos han demostrado que llevan esos ritmos del tambor y el ukelele en la sangre. Esta no es una biblioteca tradicional, es una biblioteca donde se puede hacer bulla, es un espacio liberador”.

Liberador, repite Memo, así deberían ser esos espacios pedagógicos y culturales, y hacerle balance —trasmutar— al sistema represivo de las escuelas plagadas de normas que no les permiten a los niños correr, ensuciarse o gritar. “¿Qué gracia? Como dice Mafalda, *qué gracia tiene ser niño si no dejan ejercer*”.



La Enjambre, Letra Inquieta y *Cartas sobre la mesa* encarnan los planteamientos del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad, pero cada uno tiene unas potencialidades muy particulares. *El Semille-*

ro de *booktubers*, comenta Memo, expresa el concepto de multimodalidad que se viene explorando en los últimos años con las Nuevas Lecturas. Va más allá de la palabra escrita, muestra las posibilidades que ofrecen otros soportes, genera la hipertextualidad, y, además, procura por la formación. “¿Cómo surge esa visión holística del proyecto?”, le pregunta a Deisy.

Deisy guarda silencio por unos segundos, tal vez no había pensado en esa palabra para definir cómo se integraron cada uno de los ejes que tuvo el proyecto. Luego de la pausa, dice que una de las principales razones para formar el semillero fue la de hacer una reflexión colectiva, a nivel de ciudad, sobre el tema de los *booktubers* para entender, reconocer y validar ese ejercicio en el que los jóvenes, según lo que ha podido comprender, promueven y animan a la lectura.

Deisy, además, reunió a expertos en el tema de promoción de lectura y les propuso ponerse en los zapatos de los chicos *booktubers*, es decir, que se grabaran a sí mismos hablando de libros. “Fue un ejercicio muy interesante pues ellos creían que lo que tenían en la cabeza ya era suficiente, pero apenas vieron el lente de la cámara, hasta ahí les llegó todo. Mientras que para los chicos que luego participarían del taller, hablar ante cámara era lo que más les fluía”. La conclusión de esos expertos en promoción de lectura, luego de entender que no era tan fácil como ellos creían, fue que lo que hacían los *booktubers* requería su pericia, incluso más de la que podían imaginarse.

En una segunda fase del proceso, explica Deisy, diferentes organizaciones e instituciones (bibliotecas, librerías, periódicos independientes) se juntaron a discutir el mismo tema: ¿Son o no son promotores

de lectura? Para responder la pregunta vieron videos de los *booktubers* locales más famosos. Luego se dieron cuenta de que estos jóvenes, después de una hora de subir el contenido a la red, ya tenían más de mil vistas y cientos de comentarios. Revisaron varios de estos y vieron que la mayoría no eran frívolos o superficiales, había sugerencias, reflexiones y hasta críticas elaboradas con argumentos. De ese ejercicio resultó un documento teórico, que aún está en proceso de publicación, y que arrojó como una de las conclusiones que los *booktubers* son mediadores de lectura bajo la cultura de la convergencia.

El último eje del proyecto fue la experiencia de formación de jóvenes y adultos que aspiraban a ser *booktubers*. En los encuentros presenciales y virtuales aprendieron sobre los géneros narrativos y las bases para hacer una reseña o una crítica literaria; abordaron las herramientas técnicas necesarias para crear y gestionar un canal en YouTube y reflexionaron sobre la responsabilidad de la incidencia que podrían llegar a tener en otras personas con lo que publicaran.

La Enjambre, por su parte, con la experiencia *Polinizando Altavista*, refleja esa línea del espíritu del Plan, según explica Memo, que busca el acercamiento respetuoso al territorio, que pretende leerlo en sus diferentes ángulos, que además le apuesta a la primera infancia y abarca el ecosistema social de la lectura. “Se expanden, más allá del bibliotecario, a las familias, a los vecinos, a los líderes barriales. ¿Cómo es ese acercamiento con la comunidad?”, le pregunta a Nevir.

“Sabemos que no podemos solucionar todas las problemáticas que tiene una comunidad como Altavista —le responde ella—, donde hay bastante violencia

urbana e intrafamiliar, pero nuestra intención es mostrarles los otros caminos que extiende la lectura. Y esto lo hacemos en la medida que ellos se sientan apropiados del proyecto, cuando dicen, esta es mi biblioteca”.

“No buscar usuarios —complementa Memo— sino protagonistas”. No intentar llenar una biblioteca porque sí, sino motivar a que la gente se apropie de ese espacio y se permita crearlo, explorarlo, fluir en él, convertirlo en un escenario de expresión desde el arte y la palabra. Pero no ha sido fácil vincular a las familias, explica Nevir, por eso desde La Enjambre se piensan actividades abiertas a la comunidad para que todos participen. “En esos momentos les decimos: es que no somos nosotros, no es la Alcaldía, no es La Enjambre, esto es de ustedes, aprópiense de esto que esto va a ser para largo”.

Es una labor que requiere tiempo, paciencia, que implica insistir, despojarse de expectativas. Exige, agrega Memo, “conocer un territorio que está lleno de símbolos, de lugares incluso vedados, ¿cómo se han sentido en ese acercamiento a un territorio que además no es el de ustedes?”.

“El hecho de propender por un espacio de encuentro, de aprendizaje, en un lugar que no lo tenía, nos motiva a seguir. Además, nos da confianza la lideresa, que siempre está pendiente de nosotros, y en caso de que la situación esté complicada, ella nos llama para advertirnos. Pero los mismos personajes que protagonizan ese conflicto, ya saben de nuestro trabajo en la comunidad, y digamos que están respetando ese espacio”.

Cartas sobre la mesa, aunque suceda en otro lugar de la ciudad, aparentemente distante y opuesto a Altavista, es también una respuesta a una pregunta latente, sustancial, del PCLEO. De ahí, dice Memo bromeando, que de la respuesta de Carolina dependerá el futuro de este: “¿Caro, las palabras funcionan?”. “Por supuesto”, responde bondadosa. “Ay, qué descanso —comenta Memo redomado en su chanza—, me volvió el alma al cuerpo”.

“Durante las sesiones, cada participante, desde la palabra, hizo algo por solucionar, restablecer o resolver algo que tenía truncado”, continúa Carolina y empieza a recordar esos casos que más la sacudieron. Hubo una señora, cuenta, que se inscribió para escribirle una carta de agradecimiento a su exmarido, pero después se arrepintió. En cuanto empezaron los primeros ejercicios de escritura para aflojar la mano, la mujer dejó brotar emociones y recuerdos que estaban en la sombra, esperando a que ella los confrontara. Muy pronto, lo que le salió no fue gratitud, sino furia.

“Al final —comenta Carolina recordando sus palabras— la mujer dijo: *La verdad yo no tengo nada que agradecerle, yo no le voy a escribir ninguna carta, no hay nada que hacer. Yo desisto de esa carta*”.

Sin embargo, cuando llegaron los encuentros personalizados, Carolina la motivó a hacer la carta explicándole que no necesariamente iba a enviarla, que escribirla podía ser un ejercicio para sanar. “Al fin nos encontramos, hablamos y eso fue impresionante. Ahí, después de sacar un río de emociones, ella dijo, *realmente yo sí tengo mucho que escribirle*. Llegamos a la conclusión de que lo que ella necesitaba era tener una conversación, pasar de lo escrito a lo oral”.

Hubo muchas historias similares en las que los emisarios se permitieron, luego de mirarse hondo para empezar a escribir, sacar los más profundos sentimientos, agazapados durante años. Escribir fue una catarsis. Una terapia íntima, conducida por la palabra que brotaba espontánea, como si se tratara de un surtidor de recuerdos anquilosados que esperaban el clic que les permitiera salir.

“Otra señora le escribió a su madre, que se murió cuando ella tenía apenas cinco meses de nacida. Era una carta para contarle lo que fue su vida sin ella. Una joven le escribió al padre alcohólico para narrarle el deterioro desde su mirada de hija que lo veía cada día más perdido. Hubo un muchacho que simplemente quería hacerle una carta a su mamá, para su cumpleaños número 50. Y hubo otra que le escribió a su hermano, profundamente triste, porque a pesar de que compartieron el mismo útero, se habían distanciado siendo adultos. Fueron cartas, en general, desprovistas de reproches; llenas de amor, de gratitud, pero también de realidad, eran cartas, en últimas, para sí mismos”.

“¿Qué pensás del correo electrónico?, ¿acabó con el género epistolar?, ¿crees que es importante conservar el formato de la carta impresa?”, le pregunta Memo. “Yo creo que esto es de románticos, pero más allá, independiente del formato, si es correo o si es papel, en últimas es la palabra. Pienso que lo que no puede faltar es ese ejercicio de evacuación, de sanación, y de escritura”, le responde Carolina. Al final, *Cartas sobre la mesa* era más un tomar cartas en el asunto pendiente que tenemos por resolver con la vida misma.

A los ojos de Memo, y como primera síntesis de esta conversación, *Polinizando Altavista* es un ejemplo de lo territorial y lo comunitario; el *Semillero de booktubers*, de la multimodalidad, las múltiples alfabetizaciones y el acceso; y *Cartas sobre la mesa*, de la validez del mensaje del PCLEO: “Las palabras funcionan”. Ahora, dice, se pregunta si cada una de esas características que distingue a las experiencias se irradian en las demás, por ejemplo: ¿cómo se refleja lo territorial y lo comunitario en el *Semillero de booktubers*?

“En el semillero siempre manejamos dos territorios, lo teníamos claro desde que planteamos el proyecto. Un espacio presencial, físico, en el que teníamos uno o dos representantes de cada comuna, lo que nos dio una especie de mapa de ciudad; y el ciberespacio, que es ese otro territorio, que se habita de maneras sorprendentes para quienes no crecimos con eso”.

Comprender a fondo ese nuevo territorio de los jóvenes les hizo, incluso, cambiar el evento final del semillero. “Fue una experiencia preciosa, y más aún el final. Los organizadores nos imaginábamos un cierre superacartonado: auditorio, mesa de inscripción, que los participantes fueran bien elegantes, llevaran a sus familias y recibieran el certificado”. A medida que los talleres avanzaban, se dieron cuenta de que los participantes no querían eso. Lo que se imaginaban como cierre era un reto de lectura en el que pudieran participar personas de cualquier lugar del mundo. Así fue como el 3 de noviembre, de doce del día a ocho de la noche, los *booktubers* del semillero de Letra Inquieta, y de otras latitudes, se conectarían para leer de corrido cuatro historias seleccionadas en colectivo.

En el caso de *Polinizando Altavista*, pregunta Memo mirando a Nevir, “¿cómo ese trabajo comunitario pone en evidencia las palabras que funcionan?, ¿sí alcanzan a moverle el piso a los chicos, chicas y a sus familias?”.

“Sabemos que es un proceso de largo aliento —responde Nevir—, que el cambio no se verá de la noche a la mañana. En ese proceso nos hemos planteado unos momentos: la construcción de la biblioteca y las libretas de la alquimia; unos cuadernos, también hechos por ellos mismos, donde queremos que la palabra quede plasmada, donde van a ir contando sus historias, sus sueños y lo que ellos se imaginan para La Enjambre y para Altavista. Y esas libretas van a estar en esa biblioteca, al lado de los demás libros, para que muchas otras personas también puedan leerlas”.

El último turno en esa ronda de preguntas es para Carolina, “¿puede el tema de la multimodalidad, de la alfabetización diversa, relacionarse con el proyecto *Cartas sobre la mesa*?”.

“Todo partió de un formato físico, la carta, pero ya en este momento se está construyendo un libro digital con las mejores cartas que resultaron del taller, y van a ser ilustradas. Y, además, vamos hacer unas audiocartas y videocartas, pensando en las redes sociales, pero la idea es trascender de la literalidad”, responde Carolina.



Al final de la charla, animadas por Memo, las invitadas hacen un balance sobre lo que significaron los Estímulos LEO para el desarrollo de sus propuestas.

También cuentan sobre esa relación que se tejió con el PCLEO, reflexionan acerca de la importancia de recibir y ampliar estas becas, y dejan algunas sugerencias para las futuras convocatorias. Es el momento de escuchar atentos, de tomar nota, de ampliar las perspectivas de ese Plan que sigue siendo proyecto de ciudad en construcción, pensando en colectivo.

Dice Nevir que en el caso de *Polinizando Altavista* el recurso que recibieron fue aprovechado al máximo. La mayor inversión se hizo en material didáctico, algunos libros, y en los refrigerios para los niños y niñas que asisten a los encuentros; pero en el camino se dieron cuenta de que La Enjambre requiere muchos más recursos, razón por la que están planteándose también otros medios de autogestión para sostenerse en el tiempo.

Quieren llamar la atención en algo: no necesariamente el que un proyecto esté focalizado en una comunidad más pequeña significa que requieran menos recursos, pues, como es el caso de ellos, están empezando desde cero. Tal vez, dice como sugerencia, se deba revisar la posibilidad de asignar los recursos de acuerdo con la complejidad de las propuestas y las necesidades de la comunidad en la que serán desarrolladas.

En el caso del *Semillero de booktubers*, que ganó el tope más alto del estímulo, por ser un proyecto de ciudad, cuenta Deisy que fue como “ganarse la lotería, nos hemos gozado mucho el estímulo”. Además de eso, agrega que el estímulo logró hacer eco a la pregunta académica que tenía Letra Inquieta, pero también hizo eco a ese sueño que tenían varios jóvenes por ser *booktubers*. “La lotería nos la ganamos en términos de reflexiones a nivel de ciudad”.

Ahora, lo que viene para Letra Inquieta es una idea loca, cuenta. Parte del estímulo lo invirtieron en una colección de libros con los que van a hacer una biblioteca sin estantes, o sí, pero no alojado en un lugar específico. “Queremos hacer una biblioteca que está repartida en las de los usuarios, libros que van a rotar de casa en casa a medida que la gente los vaya solicitando. Es una biblioteca gestionada por la comunidad cuya disponibilidad e información podrá encontrarse en internet”, comenta entusiasmada. Lo único que ella cambiaría, comenta, es el tema del tiempo de ejecución de las propuestas, le parece muy poco para la magnitud de proyectos como el suyo, “que el estímulo tenga al menos los seis meses de ejecución efectivos”, concluye.

El Estímulo LEO, para Carolina, fue una señal de vida que le dio sentido a una idea personal que siempre le pareció una locura, especialmente cuando pensaba: “Voy a dar un taller de cartas de amor y fuera de eso tengo un grupo que se llenó para esto”. Dice que por su parte espera que la Secretaría de Cultura siga entregando estos estímulos, “la ciudad los necesita — comenta y apunta como consejo—. No descuiden la opción de las personas naturales para que gente como yo sigamos teniendo estas oportunidades”.

Carolina, Nevir y Deisy tienen mucho en común: la pasión por la lectura, la sensibilidad por las historias de vida, el compromiso por contribuir a la formación ciudadana y la generosidad para compartir su sabiduría. Pero ellas son mucho más que eso, son el reflejo de lo que sucede a diario en muchos lugares de Medellín:

Un libro ilustrado abierto en plena acera; un promotor que juega a hacer voces infantiles para cap-

tar la atención de niños y niñas; un grupo de jóvenes que recorren las calles del barrio para reconocerlas, escucharlas y echarle color a algún muro; una reunión de señoras y señores que se juntan en la cocina de alguno de ellos a preparar platos deliciosos al son de sabrosos cuentos; un campesino que siembra una planta aromática mientras trasmite sin recelo los secretos de la misma; una adolescente que habla sobre un libro frente a una cámara para luego subirlo a internet y abrir un diálogo con un mundo aparentemente intangible; un hombre solitario que vuelve a casa luego de una larga jornada laboral y en vez de caer agotado en la cama saca una libreta y empieza a escribir una carta... En cada una de esas imágenes, y cientos que podrían llenar todas las libretas, se forjan otros mundos que avivan eso que llamamos cultura, y en cada uno de esos momentos, íntimos o colectivos, es donde nace la palabra, la escritura y la oralidad.





Empoderamiento femenino e inclusión social

29 de noviembre de 2018

Casa del Patrimonio

Conversan:

Natalia Duque, Jolyn
Elena Castrillón Baquero y
Andrés Felipe Palacio Pérez

Modera:

Guillermo Cardona

pág. 206

¿Puede el encuentro con el libro emancipar a una persona, a un pequeño grupo o a una sociedad? ¿Bastan las prácticas alrededor de la lectura, la escritura y la oralidad para cambiar paradigmas e incidir en la desigualdad social? ¿Es el empoderamiento femenino el que podrá derribar al patriarcado para descentralizar la biblioteca y desarmar su arquetipo occidental? Las preguntas que se abren en el décimo Seminario Abierto del Observatorio son hondas, son muchas, son complejas y necesarias. Movilizan a nuevos puntos de vista. Crean conocimiento colectivo.

La conversación de esta tarde, en una pequeña y acogedora sala de la Casa del Patrimonio, girará en torno a las conclusiones y aprendizajes de dos investigaciones. Una es sobre los procesos de subjetivación estética de las participantes del Club de Lectura para Mujeres Littera, realizada por Jolyn Elena Castrillón Baquero, Nicolás Uribe, Andrés Felipe Palacio Pérez y Verónica Gómez Arboleda, de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura. Y la otra es sobre la incidencia de las bibliotecas públicas en la desigualdad social, realizada como tesis de doctorado en la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, a cargo de Natalia Duque.

En ambos estudios se evidencia el mensaje del PCLEO: “Encontrar en las palabras muchas maneras de vivir mejor”; el cual tiene un espíritu, “sencillo, pero a la vez contundente —dice Guillermo Cardona, Memo, al empezar—: las palabras funcionan”. Palabras trascendentes que bien pueden estar en los libros como en un diálogo espontáneo, que pueden ser leídas en soledad, en voz alta o interpretadas con el cuerpo, que reflejan, allá donde se mire, tanto el discurrir de la vida cotidiana de una persona como el de una co-

munidad. “Estas prácticas sociales generan procesos transformadores que inciden en la manera como vivimos actualmente y en la clase de lector que queremos proponer”, apunta Memo antes de darle la palabra a los invitados.



Jolyn es psicóloga y docente investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura. En los últimos años le ha llamado la atención, como tema de estudio, la exploración de contextos emergentes en el orden social; situaciones contemporáneas que ha venido identificando a partir de la academia, especialmente con colectivos y poblaciones vulnerables. En ese proceso investigativo ha hecho un acercamiento, “desde los recursos y las potencias, donde aparecen las estéticas sociales”, dice.

Andrés Felipe Palacio no empieza especificando que él también es un psicólogo estudioso. Se salta su presentación para responder a una pregunta que le hizo Memo previo al momento de iniciar el seminario, sobre el impacto de la experiencia de la investigación a nivel personal. Dice que leer autoras de gran envergadura como Virginia Woolf y Alejandra Pizarnik le mostró la veta para entender a la mujer desde la literatura. “Para mí, como investigador, fue el más significativo hallazgo. Fue muy importante comprender que desde la literatura uno puede acercarse a los fenómenos humanos tanto individuales como sociales”.

“Hay ahí algo muy importante desde la ciencia de lo cotidiano y es involucrarse más desde la piel”, comenta Memo.

Nicolás Uribe es psicólogo y psicoanalista de la Universidad San Buenaventura, con 16 años de experiencia en psicología clínica enfocada en la violencia intrafamiliar, la infancia, la adolescencia y la mujer. Cuenta, para complementar lo que dijeron Andrés y Memo, que en la investigación sobre el Club de Lectura Littera lograron comparar los efectos de estos encuentros con la psicoterapia. “Básicamente cumplen la misma función. Y me recuerda a un amigo mío que es psicótico esquizofrénico que dice: para qué ir al psicólogo si para eso está el arte”.

Un club de lectura, como el arte mismo, es otra posibilidad para recrearse y reinventarse desde la palabra, algo que los psicoterapeutas han venido haciendo desde el siglo pasado con la intención de acercarse a sus pacientes a través del juego, del dibujo, del teatro. Al fin, psicólogos y psicoanalistas, comenta Nicolás, se dieron cuenta de que eso de encerrarse en un consultorio con un paciente a esculcar su vida, “a tratar de curarlo”, desde el enfoque científico, no era muy efectivo.

La investigación también les ha permitido cuestionarse si todas las personas requieren de un abordaje científico, o si, por el contrario, las transformaciones sociales surgen de agruparnos, de compartir, de conocer cómo el otro ve la realidad. “Esta investigación arroja resultados sorprendentes —remata Nicolás—; hasta les quitaría la clientela a los psicólogos”.

Natalia se presenta como la madre de dos niños, Matías y Alicia. Es profesora de bibliotecología de la Universidad de Antioquia, y fue en los pasillos de la academia donde se le ocurrió hacer un doctorado. Su intención, más que académica, ha sido una

convicción ética y política por la necesidad de generar otros espacios para hablar de las bibliotecas que no sean los hegemónicos. “Para hablar de la lectura y de la escritura más allá de lo que siempre nos han dicho que son —comenta—, y de las historias convencionales que hemos escuchado en el día a día. Y como por los azares estoy en el mundo académico, en esos espacios muchas veces hay que recurrir a esos títulos para ser escuchado”.

Dice además que, en su caso, hacer un doctorado la ha llevado a preguntarse cómo potenciar todo lo que hoy día tiene el país en materia de LEO. Negarse a que esa investigación se quedara en la universidad, guardada como documento, la impulsó a crear el colectivo Bibliotecas a la Calle.

“Y por eso estoy acá —agrega con ímpetu—, porque a raíz de esa investigación ‘aburrida’ de doctorado, cuyo centro de investigación fue el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, en el mundo real surgió la iniciativa colectiva Bibliotecas a la Calle”.

A propósito, Viviana Mazón, estudiante de último semestre de Bibliotecología, toma la palabra y cuenta que ella está participando en esa investigación, que lleva cuatro años en curso. Cuenta que gracias a esa experiencia fue encontrando los puentes entre la universidad y la vida misma, fue una forma de ver la academia con otros ojos. Por su aporte a la tesis, Viviana fue postulada al premio Medellín Investiga. “Y nos lo ganamos —comenta satisfecha—. Eso fue un golazo muy importante, 10 investigaciones ganadoras, la mayoría eran ciencias exactas. El hecho de que haya ganado una de bibliotecología le da sentido a lo que uno está haciendo”.

Para cerrar las presentaciones, Verónica, investigadora e integrante del Club de Lectura Littera, lee en voz alta una carta que escribió la escritora Geraldine Jewsbury a una amiga llamada Jane en 1849.

Jane Welsh:

Creo que nos acercamos a tiempos mejores, en los que las mujeres tendrán una vida propia, auténtica y normal, sobre la que decidirán ellas mismas. Entonces, quizá, no haya tantos matrimonios, y las mujeres serán educadas para que no lamenten su destino, aunque se queden solteras. Podrán ser amigas y compañeras de una forma que ahora es imposible.

[...] No creo que ni tú ni yo podamos ser consideradas fracasos. Somos indicios de un desarrollo de la feminidad que todavía no ha sido reconocido. Hasta este momento, no tiene medios adecuados para expresarse, pero hemos observado, juzgado y descubierto que las normas actuales sobre las mujeres no nos detendrán, que se necesita algo mejor y más firme.

[...] Vendrán otras mujeres detrás de nosotras que se acercarán más a la plenitud de la medida verdadera de la naturaleza de la mujer. Me veo a mí misma como un débil indicio, un rudimento de idea, de ciertas cualidades y posibilidades superiores que están en las mujeres; y todas las excentricidades, errores, deseos y absurdos que he cometido sólo son las consecuencias de una forma imperfecta, de un desarrollo inmaduro... Creo que existe una mina preciosa de una especie de feminidad que todavía no han soñado los profesores y ensayistas de la educación femenina, y también creo que nosotras pertenecemos a ella.

Geraldine Jewsbury

Tomado de: *De mujer a mujer: cartas entre grandes protagonistas de la historia*. Selección de Mónica Campos Pons. Barcelona: Océano, 2001.



Memo lee en voz alta, acentuada y sólida, una cita del sociólogo sueco Göran Therborn:

La desigualdad es una diferencia que viola algunos supuestos normales mundanos de la igualdad, no necesariamente de manera explícita, o evidente, por tanto, las desigualdades son violaciones de los derechos humanos que impiden a miles de millones de personas alcanzar un desarrollo humano pleno.

Es una verdad dura pero realista, dice Memo para indagar cómo, aunque aparentemente situadas en terrenos diferentes, ambas investigaciones de los académicos invitados a esta conversación se pueden encontrar en el mismo camino.

En el caso de la investigación que adelanta Natalia, se trata precisamente de un análisis juicioso sobre ese tema, pero bajo la pregunta por la incidencia de las bibliotecas públicas en las desigualdades sociales a través de las prácticas de lectura, escritura y oralidad. Sin embargo, como en el caso de Therborn, dicha tesis no trata el tema desde lo cuantitativo. “No es un estudio que diga si la gente va a ganar más plata por ir a la biblioteca o si consiguió carro —dice Memo risueño—, va mucho más allá”.

Fue justo esa displicencia ante la cifra lo que fascinó a Natalia cuando leyó *Los campos de exterminio de la desigualdad* y *La desigualdad mata* del mismo Therborn. En estos textos, el académico habla de la desigualdad en términos socioculturales. Para entenderlo mejor, explica que el hecho de que alguien tenga competencias lectoras no necesariamente tiene que ver con la estratificación social. Una mujer millonaria, aunque no pase necesidades materiales, puede pertenecer a algún tipo de régimen que le prohíba leer o estudiar con libre albedrío.

“Siempre afirmamos que leer es importante. Sí, pero... ¿Y? Esto nos ha permitido encontrar y fortalecer un corpus teórico, de acción social, y bibliotecológico para América Latina; es decir, nosotros hoy podemos pensar que en América Latina sí tenemos otra forma de ver el mundo. Eso implica entender la biblioteca desde otro lugar, que no es la economía”, dice Natalia.

La pregunta, entonces, sería cuál es la manera de *desoccidentalizar* la biblioteca o *latinoamericanizarla*. ¿Es eso posible? Hasta hace poco, a los estudiantes de bibliotecología de la Universidad de Antioquia, según cuenta Natalia, les decían que la biblioteca más antigua databa de 2550 años a. C., pero resulta que 3550 años antes, en Latinoamérica existían comunidades ancestrales que escribían, ¡mil años antes de lo que se ha contado!

Por tanto, no existe una única historia de las bibliotecas. La preocupación que hoy tienen los bibliotecólogos por guardar la información la tenían esas comunidades ancestrales hace miles de años. Natalia lee un fragmento de uno de los manifiestos que ha publi-

cado Bibliotecas a La Calle para responderle a Memo cómo podría pensarse otra propuesta de biblioteca:

Consideramos que la biblioteca debe procurar el desarrollo de una consciencia ética y política respecto al modo en el que establecemos las relaciones y el diálogo con mujeres, hombres, niños, niñas, inclusive con el territorio, con la madre tierra.

Natalia piensa que la biblioteca debe ser también un resguardo de la oralidad, dice que esta debe contar con alternativas que la vinculen con la cultura escrita sin ningún tipo de subordinación. Considera un logro el hecho de que el PCLEO hubiera reconocido, hace dos años, lo oral, pero le inquieta que esté bajo la sombra de la escritura. Entonces pregunta, “¿cuáles son las alternativas que la biblioteca plantea?”. Tal vez el camino, cree, sea el de propiciar acciones y estrategias que den lugar al encuentro de culturas y de comunidades, “algo que el Plan Ciudadano está intentando desarrollar al plantear enfoques diferenciales; los cuales son necesarios y no significan exclusión”, comenta.

“Eso me hace recordar —apunta Memo— que acá en Medellín tenemos una visión un poco más holística sobre el tema de la biblioteca como un lugar de encuentro. Según nos contaron unos pasantes de Barcelona, que vinieron a la ciudad en el marco del convenio de cooperación entre la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín y el programa de Biblioparques de Barcelona, para esa ciudad española, afirmar que la biblioteca también es un lugar para el encuentro comunitario es un sacrilegio”. Y ese giro de lo ortodoxo también se ve en algunos espacios académicos, como es el caso de los investigadores que están estudiando el Club Littera.

Partieron de la pregunta investigativa sobre *cómo se manifiestan las construcciones estéticas sociales derivadas de la experiencia lectora y de escritura en las participantes del club*. Memo destaca que a lo largo del proceso los profesores han estado ahí, sumergidos en las sesiones del club, compartiendo con las participantes, leyendo los libros que ellas leen.

“¿Cómo lograr una investigación objetiva, cuando se rompe el paradigma del investigador que se vincula con el objeto de estudio”, les pregunta?

“Es justamente porque en la investigación cualitativa no se reduce a las personas a la condición de objeto”, le responde Nicolás. Se trata de una investigación sujeto-sujeto y es en ese vínculo donde se permite conocer la subjetividad del otro. Para lograrlo, además de presenciar las sesiones, se hicieron entrevistas y grupos focales. A través del contacto fue que lograron conocer del tema.

En ese sentido, Jolyn llama la atención sobre lo que se entiende por la estética. Una palabra que, de acuerdo con sus deliberaciones, se ha vuelto una noción muy sospechosa, especialmente cuando se interpreta desde el razonamiento clásico. Para ella, la estética también se manifiesta en ámbitos cotidianos y urbanos. “Es la estética puesta en la colectividad humana —declara reflexiva—, en las comunidades sensibles que se encuentran para compartir con una intención: el escenario público. A través de estas acciones pueden hacer pequeñas revoluciones”.

A propósito de las revoluciones mínimas, Nicolás rememora al filósofo Michel Foucault. Parafraseándolo, cuenta que, en una ocasión, al francés le dijeron:

“Usted es un intelectual de escritorio, usted no milita, usted no sale a la calle. Entonces él respondió: No, es que mi trabajo no es ese, si yo logro destruir un mal concepto soy capaz de tumbar un discurso entero. Y ahí hago revolución”. Las mujeres del Club Littera, sintetiza él, logran transformaciones coyunturales en su vida a través de ese ejercicio de la escritura y la lectura.

Como eco a esa declaración, Memo saca de su reserva otra referencia filosófica. Lee:

Hoy, cuando prácticamente ninguna actividad se halla ya vetada a las mujeres, nada establece de modo imperativo el lugar y el orden social. Ahora las vemos con la misma legitimidad de los hombres entregadas al imperativo moderno de definir e inventar, retazo a retazo, su propia vida. Los dos géneros se encuentran en la actualidad en una situación estructural similar en lo que concierne a la construcción del yo por cuanto interviene una cultura que consagra el reinado del gobierno del sí, de la individualidad soberana que dispone de sí misma sin modelo social rector.

El tema de desigualdad no debe reducirse al hombre y a la mujer, dice Natalia. Por eso, pregunta: “¿Qué pasa con las personas que se reconocen como transgénero, o sin género, lesbianas, bisexuales...? Y si se lleva este razonamiento al ámbito de las bibliotecas, ¿qué pasa con esas colecciones que abordan estos temas, no solo desde lo científico, sino desde la posición de los autores que son homosexuales, por ejemplo?”.

Una de las conclusiones a las que ha llegado sobre la incidencia de la biblioteca en la desigualdad, es el potencial de estos dispositivos culturales a la hora de ordenar, de cierto modo, el mundo. Para ello estos

espacios se valen de tecnologías del poder como la lectura, la escritura y la oralidad. Dependiendo de las intenciones que subyacen pueden organizar la sociedad.

La biblioteca, no obstante, también puede ser un aparato ideológico, según Nicolás. En el pasado, los aparatos ideológicos del Estado eran la iglesia y la familia; mientras que ahora, dice el psicólogo, ese papel lo tiene la escuela. Y comenta: “A través de la escuela, le pueden a uno abrir el mundo, pero también cerrárselo”. Nicolás no cree que lo que dice Göran Therborn se aplique totalmente al caso colombiano, pero para ellos como grupo de investigación lo que sí muestra ese nutrido párrafo es lo que ellos están observando en el club: “Por medio de los ejercicios de lectoescritura, los sujetos toman conciencia, pero también pueden reclamar sus cosas. Toman las riendas de su vida y de su destino”.

Los referentes antiguos y tradicionales, con los que un tipo de mujer llegó a construir su identidad, están obsoletos. La mujer actual se enfrenta con su reconstrucción constante, pero se requieren las condiciones sociales para que se origine esa reinención, dice ahora Andrés, sumándose a su compañero. Para él, la cuestión no es solo la literatura y la escritura, es el trasfondo de las mismas. De ahí que Littera se enfoque en leer a mujeres con un pensamiento trascendental, crítico, sensible; lo que responde a esa estética que permite expresar y dar forma al sentimiento humano.

A veces, en las sesiones de psicoterapia, la gente le comenta a Nicolás: “Mi vida es una mierda”. Entonces, él les dice: “Hay que convertir esa mierda en oro”. Y aunque aparentemente imposible, él lo sugiere desde la capacidad alquímica del arte para transmutar

las emociones, confrontar la sombra. No desde la pretensión del artista. Considera que no se requiere ser uno para aventurarse en la creación. Lo que también aplica al arte popular y a la creación comunitaria.

“Dentro de la psicología hay una tendencia muy positivista que tiende a desvalorar todo ese abordaje que se hace en lo social-comunitario; pero para muchos, al contrario, eso que viene de las comunidades y de las agrupaciones tiene mucho más valor que lo que hace la ciencia”, dice Nicolás. Por tanto, cada vez es más necesaria una psicología social comunitaria, ya que intenta no solo estudiar los fenómenos, sino transformarlos.

Memo sugiere que las bibliotecas públicas también construyen estéticas colectivas e individuales, y que un club de lectura también puede incidir en la desigualdad social. “¿Cómo es esa posibilidad de empoderar a la comunidad de la biblioteca para que la sienta como suya?”, pregunta dejando claro que él cree que es en ese acercamiento donde realmente se puede incidir en eso de la desigualdad. Sin embargo, ¿cómo se evidencia el hecho de que la biblioteca es un dispositivo cultural que puede reordenar ese mundo?

Dice Natalia que, si la biblioteca es un proyecto de sociedad, entonces el llamado del colectivo Bibliotecas a la Calle es a *deconstruirla*. En ese aspecto, comenta, “las bibliotecas populares tienen mucho que enseñar gracias a sus metodologías auténticas creadas y pensadas desde el contexto”. Además, porque son construidas y gestionadas por la misma comunidad; y porque allí los libros, aunque sean un pilar, no son el único motivo que convoca a sus visitantes.

Dentro del Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, hay una que según Natalia se ha convertido en una experiencia memorable. Se trata de *Parque al Barrio*, un proyecto que devino tras el cierre del Parque Biblioteca España en septiembre del 2015 debido a las fallas que venía presentando su infraestructura. Pero, a pesar de que se cerraron las puertas de edificio, el proyecto bibliotecario continuó. Cuenta Natalia que para ella esa experiencia es inefable. “Ellos desdibujaron la idea de biblioteca, descentraron las colecciones, los servicios, la imagen del bibliotecario”.

En definitiva, hay que descentrar el trabajo bibliotecario para que la relación con la biblioteca sea natural. El ejemplo de esto lo ha dado el equipo de *Parque al Barrio*, que empezó a meterse en la vida cotidiana del barrio mismo. La gente les ha abierto las puertas de sus casas, ofrecieron la sala, la terraza, la cocina...

“En *Parque al Barrio* —comenta Memo—, los préstamos se hacen en la calle; mientras en las bibliotecas no dejan comer, no dejan entrar mascotas, allá llega la gente con la paleta en la mano, chupando mango, y con el perro y el gato. Aun así, las colecciones han sufrido menos, es decir, están mejor conservadas en ese sistema que con toda la parafernalia del espacio regulado”.

Es necesario reflexionar sobre cómo se han representado esos imaginarios de la lectura y de la biblioteca, comenta Nicolás. Generalmente a los niños se les trasmite el estereotipo de que todo esto es aburridor, porque en la biblioteca no se puede hablar, no se puede correr, porque hay que ser silencioso de modo que nadie note la presencia del otro. “Lo más preocupante —continúa el profesor— es que en mu-

chas ocasiones se les lleva a la biblioteca como si se tratara de un castigo”.

Una manera de resarcirlo, dice, sería atrayendo a los niños a estos espacios a través de la promoción de la lectura, de la oralidad, de los cuentos narrados en voz alta. A la cuestión, Andrés toma la palabra para agregar que la lectoescritura es una forma de emancipación, pero esta no puede ser posible si no se entiende el valor real de la misma.

Viviana, la estudiante de bibliotecología, se suma diciendo que, ante todo, hay que preguntarse ¿qué biblioteca para cuál territorio? De ahí la importancia de que esta sea construida desde la base por la misma comunidad, que es la que mejor conoce sus propias necesidades. Las bibliotecas deberían ser reflejo del entorno y estar concatenadas con la cultura del lugar donde son erigidas.

“A la pregunta, ¿y si las bibliotecas desaparecieran? —complementa Natalia leyendo otro punto del manifiesto de Bibliotecas a la Calle— En vez de un parque verde, y poco rentable, tendríamos más casas, vías, centros comerciales, calles, basura, más de lo mismo que hoy nos enseguece, y es por eso que las bibliotecas son una posibilidad, el otro lugar. Las bibliotecas hoy son un milagro maravilloso porque nadie las necesita hasta que las encuentra”.

Carolina Lema, bibliotecóloga del Parque Biblioteca León de Greiff, La Ladera, asistente al seminario, cuenta que, para los wiwas, una comunidad indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, el tabaco es muy importante, pero solo lo fuman los hombres. “Entonces dirían, qué machistas. Ellos explican que es una

planta de poder, que da fuerza, y que las mujeres ya la tienen”. Por eso, continúa, “es muy importante entender el contexto, para no hacer lecturas apresuradas, basadas en el lente personal que mira según lo que ha leído, según como se le ha formado”.

De acuerdo con su experiencia, no es tan fácil pensar que el hecho de estar o trabajar en una biblioteca asegure una emancipación total del individuo. De eso se dio cuenta, con mucha claridad, en una ocasión en la que, con motivo de la despedida de fin de año, se le propuso al equipo de trabajo de la biblioteca ir a un paseo de un día para otro, y varias compañeras, mujeres ciudadanas, modernas, avezadas lectoras, dijeron que no podían ir porque sus parejas no se los permitían.

Cada experiencia bibliotecaria será distinta cuando responda a su contexto, de ahí lo vital, como decía Viviana, de preguntarse para cuál territorio se piensan esas “tecnologías de poder”, como llamaron antes a la lectura, la escritura y la oralidad. *Parque al Barrio* ha demostrado, desarrollando la pedagogía de la *itinerancia*, qué pasa cuando se descentraliza una biblioteca para acoplarse a una realidad. En vez de caminar por una interminable hilera de anaqueles, los integrantes del equipo bibliotecario se han dedicado a recorrer las calles del barrio, a visitar la gente, a quedarse hasta tarde, en la noche, en sus parques públicos.

“Y si vuelve la infraestructura, ¿qué pasaría con esta experiencia tan potente?”, pregunta Natalia. Para ella, otro ejemplo de proyectos que están pensando en el contexto es el programa *Otras formas de leer*, también del Sistema de Bibliotecas Públicas, el cual está enfocado en desarrollar actividades y estrategias LEO para personas con discapacidad. Sin embargo, comen-

ta, “sería muy necesario empezar a identificar los tipos de discapacidad para pensar qué servicios, para qué usuarios y para qué lectores. Es muy importante, en ese caso, rescatar el enfoque, no generalizar”.

“En pocas palabras, ¿cuál es la incidencia de la biblioteca en eso de la desigualdad social, puede perpetuarla o puede revolucionarla?”, le pregunta Memo a Natalia. Ella les responde que eso depende del lenguaje político que esté tras esas tecnologías de poder. Agrega que es una pregunta que requiere responder otras: ¿adónde estamos llevando esos análisis, estos discursos?, ¿cómo estamos discutiendo los temas bibliotecológicos en las facultades de educación?, ¿quiénes están participando en esos procesos dentro de la academia?, ¿quiénes lo lideran en las bibliotecas...?

El tema es mucho más amplio, está más allá de cómo se incluye a los usuarios y de las colecciones, “tiene qué ver —comenta Viviana apoyando lo que dice Natalia— con la idea de mundo y de ser humano que estamos queriendo construir, formar o deformar”.

Si se quiere un caso específico, este puede ser *Parque al Barrio*. Dice Memo que, si se compara esta experiencia con el Parque Biblioteca España cuando la infraestructura estaba abierta al público, uno notaría una disminución en la desigualdad social por el solo hecho de que el programa ha llegado a lugares con comunidades que, por las condiciones sociales, no hubieran podido llegar hasta la biblioteca. Dice Yesid Shera, teórico social de la bibliotecología: “La sociedad ha determinado lo que ha sido la biblioteca del pasado, es la sociedad la que determinará lo que será la biblioteca del futuro”.

Y en el caso de Littera, “¿se podría extrapolar esa capacidad terapéutica a cualquier otro club de lectura?”, pregunta Memo.

Es muy probable, responde el grupo de psicólogos, pero tal afirmación requiere conocer la esencia de estos espacios, que sean una práctica social construida de manera autónoma, que sea libre y que les permita desarrollar, a los participantes, una posición, un pensamiento. Según Jolyn, “un club de lectura es una comunidad de base que permite esas posibilidades; en el caso de Littera, ese desarrollo de la autonomía de las participantes se refleja en sus acciones diarias y en la relación con quienes tienen a su alrededor”.

Nicolás, por su parte, nos recuerda que la desigualdad es estructural, por lo tanto, dice, se deben emprender acciones para que esta no sea tan amplia. “Se requieren siglos para cambiar la mentalidad de un pueblo, por lo que conviene no caer en el idealismo ni en la ingenuidad al pensar que con los clubes de lectura y con las bibliotecas va a desaparecer esa desigualdad”, dice.

Se podría afirmar que todos los presentes son conscientes de esto, que nuestro hacer no pretende cambiar la realidad social de la noche a la mañana, ni siquiera el PCLEO tiene ese objetivo. En varias ocasiones Memo lo ha dicho, sabemos que no vamos a cambiar el mundo, pero sí podemos afirmar que hemos podido impulsar el cambio del mundo de alguien. Al menos quienes estamos reunidos en esta tarde fría de noviembre, hablando del poder que tienen las palabras, mientras afuera cae una lluvia menuda que hace brillar las pálidas fachadas de las casonas de Prado, somos el vivo reflejo de eso, de pequeños mundos que buscan florecer en la lectura, la escritura y la oralidad.

“Hay una frase del Che Guevara que dice que el avance real de una sociedad debe medirse por el último hombre”, concluye Memo refiriéndose a todas esas generaciones de niños que llegan como esponjas al Sistema de Bibliotecas, niños y niñas para quienes cada día, decenas de crédulos promotores de lectura, crean otros universos posibles, enseñan nuevos caminos, abren con sus voces entusiastas la fantástica posibilidad de encontrar en las palabras muchas maneras de vivir mejor.



Índice

P Á G . 1 2 >

Encontremos en las palabras muchas maneras de vivir mejor

Prólogo

Santiago Pérez Valencia

P Á G . 2 0 >

Cultivar la tierra y la palabra

Seminario realizado en febrero, en la Biblioteca Santa Elena.

• Invitados:

Óscar Atehortúa

María Cristina Álvarez

P Á G . 4 4 >

Palabras que sanan

Seminario realizado en marzo, en el Centro Penitenciario Bellavista.

• Invitados:

Róbinson Úsuga y dos internos

P Á G . 5 8 >

La historia de cómo llegaron los libros a las comunas de Medellín

Seminario realizado en abril, en el Parque Biblioteca Doce de Octubre,

Gabriel García Márquez

• Invitados:

Gladys Eugenia López

Luis Bernardo Yepes Osorio

P Á G . 8 0 >

Los escritores tienen la palabra

Seminario realizado en mayo en el marco de Días del Libro, en Carlos E.

Restrepo

• Invitados:

Marcela Velásquez Guiral

Cristian Romero

Juan David Pascuales

P Á G . 1 0 0 >

Palabras que se pintan, se cantan y se escriben

Seminario realizado en junio, en Casa Morada.

• Invitados:

Julián Sánchez

Mike

Jheison Ríos

P Á G . 1 1 8 >

Palabras menores de edad

Seminario realizado en julio, en el marco de la Parada Juvenil de la Lectura, en la Unidad Deportiva María Luisa Calle.

• Invitados:

Harold Salinas

Nicolás Chalavazis

P Á G . 1 4 4 >

Literatura 2.0

Seminario realizado en agosto en el cerro Nutibara

• Invitados:

Lucas Vargas

Alejandra Restrepo

P Á G . 1 6 4 >

Muchas formas de leer, escribir y conversar

Seminario realizado en septiembre, en el marco de la Fiesta del Libro y la Cultura, en el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe.

• Invitados:

Mary Luna

Mónica Giraldo

Wilson Valdés

Nelson Pérez

P Á G . 1 8 4 >

¡LEO a la calle!

Seminario realizado en octubre en el Claustro Comfama - San Ignacio.

• Invitados:

Nevir Escobar Agudelo

Carolina Calle Vallejo

Deisy Barbosa Moreno

P Á G . 2 0 6 >

Empoderamiento femenino e inclusión social

Seminario realizado en noviembre en la Casa del Patrimonio.

• Invitados:

Natalia Duque

Jolyn Elena Castrillón Baquero

Andrés Felipe Palacio Pérez

**La colección Observatorio tiene más libros a tu disposición,
descárgalos aquí:**

<http://bibliotecamedellin.gov.co/plan-lectura/observatorio/>

*Este libro se terminó de imprimir en
Bogotá, Colombia, en octubre de 2019.*

• • •

Apoya:



Una publicación de:



Alcaldía de Medellín

